



*La visita del Monarca español  
al Rey de Suecia, en Estocolmo*

Don Alfonso, á su llegada frente al Palacio Real de Estocolmo, es recibido en el desembarcadero por el Rey Gustavo V y el Príncipe Sigvard de Suecia, que después de darle la bienvenida, le acompañan hasta la regia mansión, durante la reciente visita oficial de nuestro Monarca á la Corte sueca (Fot. Agencia Gráfica)

# Perspectivas de Estocolmo, la bella capital sueca



Estocolmo.—Vista general del magnífico edificio de la Casa Ayuntamiento de la capital, inaugurada en 1923, en cuyos soberbios salones ha sido recibido nuestro Monarca en la recepción solemne celebrada días pasados durante su estancia en Suecia en viaje oficial, para devolver la visita al Rey Gustavo V



Un aspecto del puerto interior de la capital de Suecia. Al fondo, en el centro, el soberbio palacio del Parlamento; á la derecha, la Opera. Los barcos atracados en primer término son pequeñas naves que hacen el servicio de viajeros en el archipiélago de Estocolmo

Con motivo de la estancia de nuestro Monarca en Suecia — correspondiendo á la cordial visita que el Soberano de esta nación hizo á nuestra Patria— adquiere actualidad la publicación de estas bellas perspectivas de Estocolmo, la gran ciudad que es en Europa un modelo de urbe moderna.

Aunque tan alejada de nosotros, Suecia, país abierto á todo avance de la civilización y regida por una Monarquía que es espejo de doctrina constitucional y de amor al pueblo, ha mantenido siempre con España cordiales relaciones políticas y comerciales que ahora, con motivo de la visita de nuestro Rey, adquirirán mayor intensidad y de la que ya es prueba que merece nuestra mejor gratitud el que el Gobierno sueco haya decretado obligatoria la enseñanza del idioma español en las Universidades de aquella nación.

## La doctora Concepción Aleixandre

## Un paladín glorioso del feminismo español

## LOS VIEJOS PREJUICIOS

JUNTO al volante de un artilugio aéreo, golpeando el teclado de una máquina de escribir, tiznando las hojas del cuadernillo con los rasgos taquigráficos, vistiendo la severa toga en los tribunales ó el blanquísimo blusón de enfermera; en las clínicas, bufetes, laboratorios, despachos, Universidades y bibliotecas, en todas partes la mujer comparte junto al hombre el trajín y los afanes de la vida moderna.

Las sombras espesas de los viejos prejuicios han dejado paso á estos días de ahora cuajados de ópimas promesas. Una nueva conciencia más llena de justicia y de equidad llama á los sexos á la tarea común sin clasificación degradante, ni pugilatos mezquinos. La mujer no es el frívolo juguete ni la bestia de carga. En este viaje del vivir ella tiene su reparto de dolores, de alegrías y de trabajos junto al hombre. La eliminación egoísta de antaño se va convirtiendo en una grata colaboración. Y así la tarea del hombre gana en gracia y alegría, y la de la mujer en fuerza, confianza y gratitud.

## LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

Las calles de la ciudad, á ciertas horas del día, se llenan de bandadas de muchachitas estudiantes. Junto al bolso que guarda los livianos utensilios indispensables á la coquetería femenina, llevan las señoritas montones de libros ó carpetas con apuntes. Y la *girl* moderna portea, junto al tratado de Derecho ó de Fisiología, la carta de retórica sentimental del novio ó pretendiente.

Y á nadie que no tenga un espíritu cerril y retardatario le extraña estos avances femeninos. Pero esto que hoy es vulgar y que ha sido impuesto por la marcha inexorable del progreso humano, tuvo su iniciación y comienzo hace bastantes años. La lucha por la emancipación de la mujer ha tenido sus paladines gloriosos en épocas en que un gesto, un alarde de independencia femeninos, eran motivo de escándalo ó de burla, dos formas de defensa contra todo lo que rompe lo tradicional ó consuetudinario.

En España fué la precursora una mujer ilustre, de fuerte voluntad y de inteligencia prócer, cuyo nombre suena gratamente en todos los oídos: D.<sup>a</sup> Concepción Aleixandre, de la cual ha dicho un sagaz cronista:

«Concepción Aleixandre es un apóstol que ejerce una misión de consuelo, un alma de mujer que irradia luz en torno suyo, un espíritu delicado y sutil, lleno de dulzura, en el cual se hermanan la ciencia y la bondad para sanar las dolencias del cuerpo y las tristezas del alma.»

LA MÉDICA D.<sup>a</sup> MARTINA CASTELLS. LA EXTRAÑEZA QUE CAUSABA Á LAS GENTES. UNA PREGUNTA DE D. ENRIQUE FERRER Y VIÑERTA

—¿La doctora Aleixandre?

—Pase usted. Tenga la bondad de aguardar un momento.

Estoy en un despachito limpio, con sus estantes llenos de libros y la mesa atestada de papeles. Los sillones y sillitas están cubiertos con paños blanquíssimos, que los resguardan durante la canícula de los sutiles ataques del polvo.

Doña Concepción Aleixandre está frente á mí con su sonrisa bondadosa é inteligente, que llena de optimismo y de confianza todo lo que la rodea. Con sencillez y naturalidad encantadoras comienza su charla con el reporter.

—Yo soy valenciana—arguye la doctora Aleixandre—. En Valencia estudié la carrera de Medicina desde 1883 á 1889. Había cursado ya la de Maestra, que abandoné por la de Medicina.

—¿Fue usted la primera médica española?

—No, señor. Antes que yo ejerció la carrera en España una mujer inteligentísima y muy culta, D.<sup>a</sup> Martina Castells, de Barcelona, que se doctoró en Madrid.

—¿Encontró usted obstáculos ó dificultades en sus tiempos de estudiante? ¿No causaba extrañeza en aquellos tiempos su *gesto*?

—Ya lo creo! No comprendían mi afición á una cosa tan ajena á lo que se creía la misión de la mujer en aquella época. Mis amigas estaban escandalizadas por lo que creían mi audacia. Y me decían: «¿Qué barbaridad! Pero, mujer, ¿para qué estudias si no vas á ejercer?»

Creían sinceramente, lo mismo mis jóvenes amigas que las señoras de más edad, que para mí era eso de estudiar Medicina una coquetería ó deseo femenino de originalidad, y que al acabar los estudios yo volvería á los trapos ó á la vida sedentaria del hogar. Y esta creencia no sólo estaba arraigada en las niñas... Verá usted: un día, estando yo en el último año de la carrera, iba yo, con otros estudiantes, acompañando hacia la clínica á nuestro profesor D. Enrique Ferrer y Viñerta, rector entonces de la Universidad de Valencia. En el camino, como si le obsesionara una idea, se para D. Enrique, se encara conmigo, y me dice: «¿Para qué estudias tú?» Y como si se respondiera: «¿Y todo para luego encerrarte en tu casa á zurcir calcetines!»

—¡Ah, no señor!—arguí yo con rapidez—. ¡Yo le aseguro á usted, don Enrique, que si en este momento me dijeran que no iba á ejercer, no estudiaba!

—Lo mismo en mi vida de estudiante que después, cuando ejercí la carrera—añade la doctora Aleixandre—, no he encontrado obstáculos ni dificultades. Mis condiscípulos, igual que mis compañeros de Hospital, se han portado conmigo con una consideración, una delicadeza y una caballerosidad admirables. Hoy, que estoy lejos de la juventud, quiero dedicarles este recuerdo. Para mí no tuvieron todos más que palabras de aliento y una cortesía encantadora.

UNA VIDA DE ESFUERZOS INTELIGENTES. LA PEDANTERÍA ES INSOPORTABLE. EL DEBER CUMPLIDO

—¿Qué maestros tuvo usted?

—A Cajal, D. Amalio Gimeno, doctor Penset y Moliner.

—Y el público, ¿qué idea tenía de usted y de su trabajo?

—Al principio mucha gente se creía que yo era un tipo de bachillera ó marisabidilla, cargada de petulancia y de suficiencia. Cuando se acercaban á mí rectificaban este juicio equivocado. Yo, lo que más amo es la sencillez y la naturalidad, y todo lo hinchado y presuntuoso me hastía. El tipo de pedante es insoportable, pues cuanto más se avanza en el conocimiento, más cuenta se va dando una de lo poco que sabe.

—¿Quiere usted darme algunos datos de su carrera?

—Yo vine á doctorarme á Madrid á los veintitrés años.—Hace una pausa, saca de un cajón una revista, y dice:—Aquí, en esta hoja, tiene usted los datos principales. Usted verá si alguno le puede interesar.

Yo cojo el periódico y copio de *Le Correspondant Médical* las siguientes líneas:

«Terminados en Valencia los estudios de la licenciatura, la señorita Aleixandre se trasladó á Madrid, para cursar el doctorado; y entonces comenzó á ejercer la profesión, visitando gratuitamente muchos enfermos de aquella terrible epidemia gripal, si bien se dedicó con preferencia (como ha seguido haciéndolo después) á la especialidad ginecológica. A la vez asistía con gran asiduidad á las clínicas del Hospital de la Princesa.

En 1891 se nombró á la doctora Aleixandre médica agregada de dicho Hospital, donde ha prestado excelentes servicios. Aquel mismo año intervenía en las tareas del Congreso médico-farmacéutico regional de Valencia, siendo nombrada presidenta honoraria de la Sección de Medicina pública y de especialidades.

La Sociedad Ginecológica Española, una de las Corporaciones libres que registran más gloriosa historia en nuestro país, la eligió socia de número en 1892, y á ella presentó la doctora Aleixandre algunos interesantes trabajos, tomando parte en varias discusiones.



DOÑA CONCEPCION ALEIXANDRE

Ilustre doctora (Fot. Calvache)

Por la misma época intervenía en las tareas del Congreso Pedagógico de Madrid.

En 1895, el Instituto Médico valenciano la confirió el título de socia honoraria por una Memoria acerca de la *meningitis tuberculosa*.

Desde 1902, la doctora Aleixandre es médica de la Beneficencia Provincial, agregada á la Casa Maternidad é Inclusa de Madrid.

En el XIV Congreso Internacional de Medicina (1903) terció asiduamente en los debates de la Sección de Ginecología, y presentó una Memoria sobre *las cardiopatías en la gestación*, que fué muy celebrada.

Por último, ha leído en la Sociedad Ginecológica el discurso inaugural, eligiendo como tema *El ginecólogo ante la sociedad*. Este trabajo mereció unánimes elogios de la Prensa política y, sobre todo, de la profesional, y algún periódico, como *Madrid Médico*, se honró publicándolo íntegro.

He aquí un trozo del discurso de la señorita Aleixandre:

«El ginecólogo debe saber despertar la fe, hija de la confianza ilimitada, la dulce esperanza de las enfermas. Ha de interrogar para ello, con delicadeza suma, únicamente en lo que considere preciso para el perfecto conocimiento de la enfermedad, sin detenerse en fraseos ni explicaciones que puedan mortificar ni molestar á la paciente, y hasta en ocasiones ha de adivinar lo que aquella no diga.»

—¿Y está usted satisfecha?—pregunto, por último, á la mujer admirable que lanzó en España la espléndida semilla del feminismo en su aspecto más noble.

—Sí, señor. He trabajado mucho, mucho; pero estoy contenta. Para mí, mis enfermos son como algo que me pertenece. He cumplido con mi deber, y he sentido satisfacciones que han compensado mis pasadas fatigas. Y siempre es un gran consuelo, créame usted, pensar que tiene una por ahí muchas almas agradecidas, aunque yo, al hacer el bien, creo que no se debe esperar otra recompensa que la alegría que produce el bien mismo.

—¿Y qué opina usted del actual movimiento feminista en España?

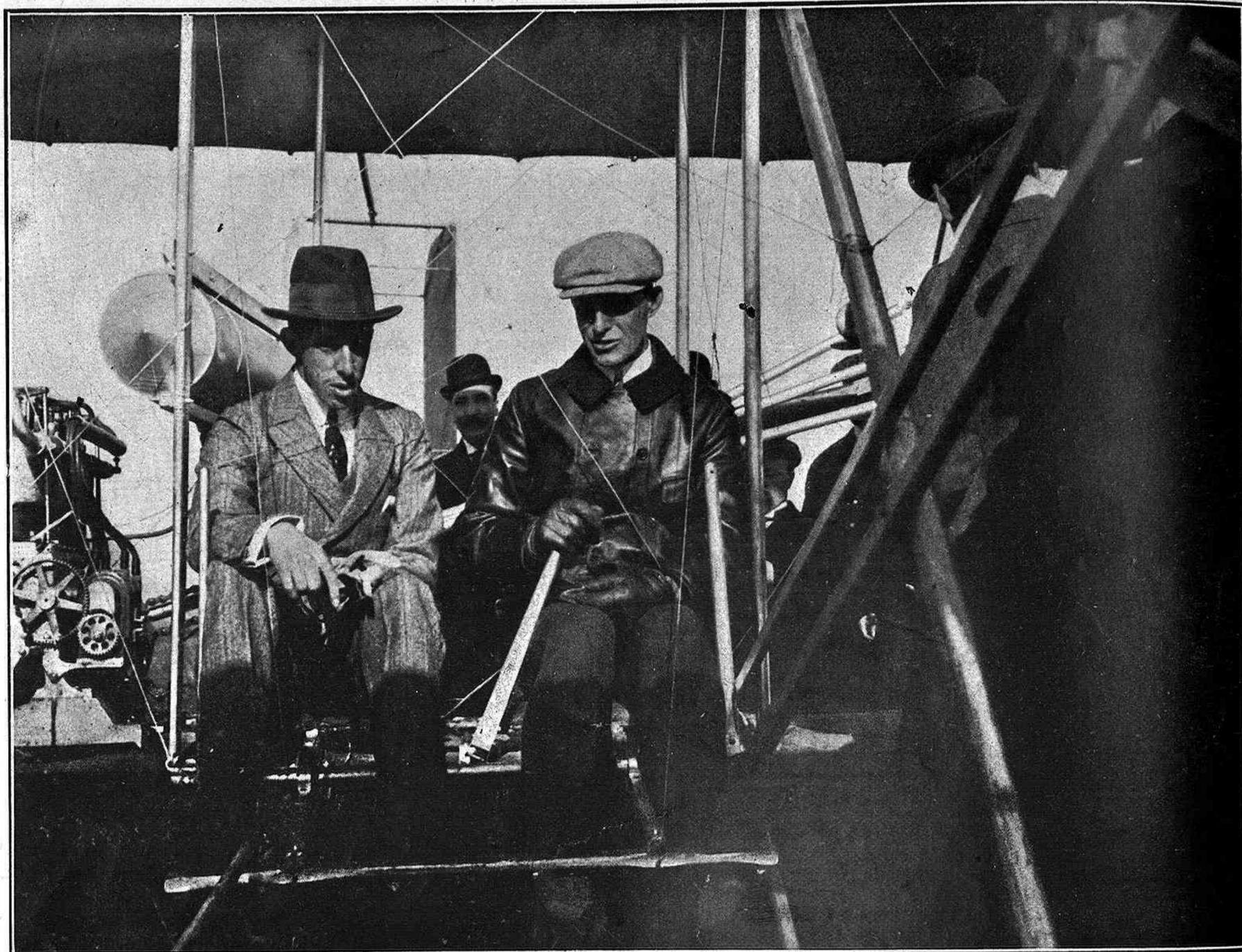
—Yo á eso no le llamo «feminismo». El avance de la mujer en la vida moderna se llama progreso, civilización y cultura. Yo veo con gran simpatía y cariño cómo la mujer, sin perder su feminidad, va conquistando los derechos que le pertenecen.

Y sus pupilas brillan detrás de los limpios cristales de sus gafas, y en ellas se refleja el talento, la dulzura y la bondad de esta mujer ilustre.

JULIO ROMANO

# MAGNATES EN AVIÓN

(DATOS PARA LA HISTORIA DE LA NAVEGACION AEREA)



S. M. Don Alfonso XIII, Rey de España, fue el primer Monarca que voló, dando así una prueba más de su intrepidez, de su amor al progreso y de su alta calidad deportiva



EDUARDO HERRIOT

Ministro francés, entusiasta aviador que ha hecho multitud de viajes aéreos

La muerte trágica del ministro francés de Comercio trae a la memoria los nombres de muchos altos personajes que intrépidamente se lanzaron al espacio en aeronaves, unos por absoluta necesidad y otros por mero convencimiento de que será la del aire la vía que los hombres recorran en lo porvenir.

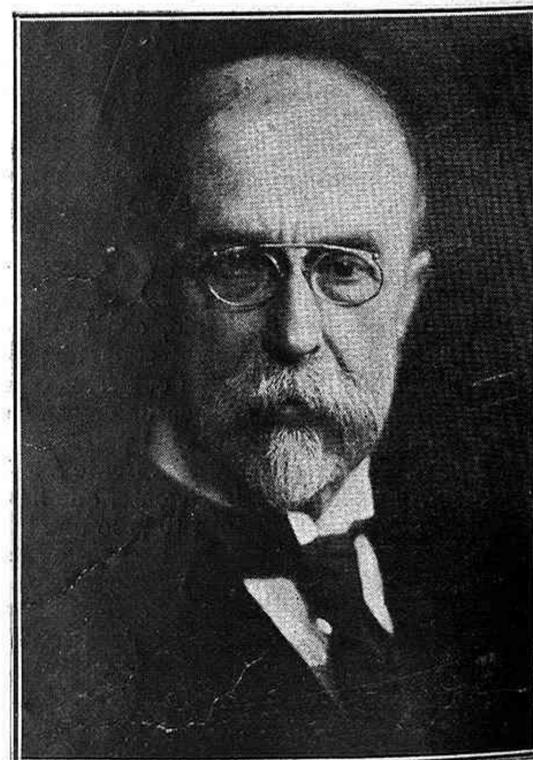
¿Quién fue el primer monarca que voló?, pregunta una escritora francesa.

La respuesta es fácil: el primer monarca que voló fue Alfonso XIII, nuestro Rey, que recibió el bautismo del aire en 1913, llevando como piloto a Paul Tissandier, actual vicepresidente del Aero Club de Francia y secretario de la Federación Aeronáutica Internacional.

La guerra hizo usar ese medio de locomoción, desde 1914, a muchos magnates; los de más alto relieve de todos ellos fueron los Reyes de Bélgica, Alberto I e Isabel, que, haciendo vida de campaña, se sirvieron muchas veces de los aviones militares para trasladarse rápidamente de unos puntos del frente a otros.

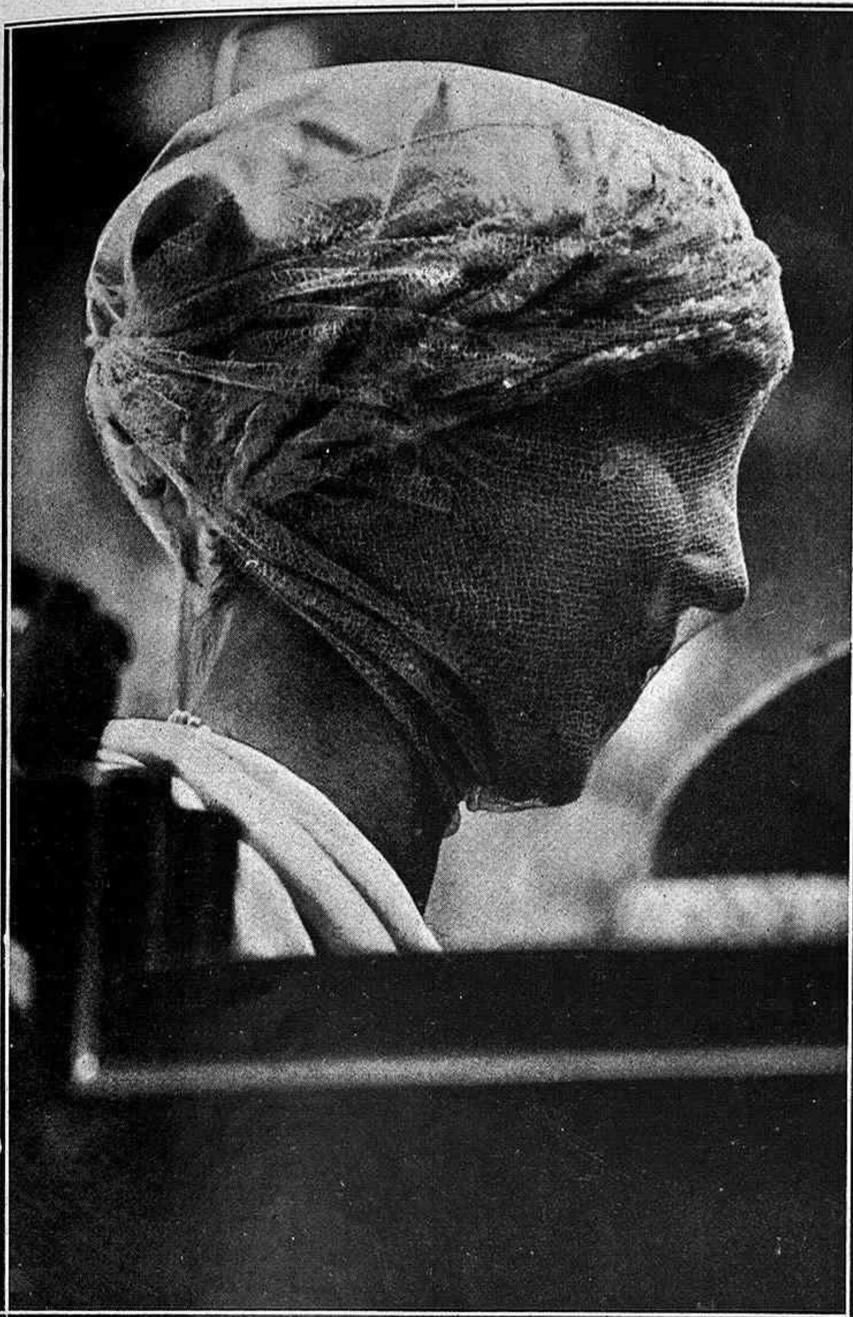
El más importante viaje aéreo de los Reyes belgas fue el que hicieron en 1922 de Bruselas a Marruecos. Cuentan que al regresar de él y aterrizar en el aeropuerto de Le Bourget, de París, Alberto I exclamó: «¡Ahora sí que no hay Pirineos!»

En ese viaje, la Reina Isabel llevó la misma toaleta que en la época en que volaba en aviones de guerra: casco de cuero, combinación fo-

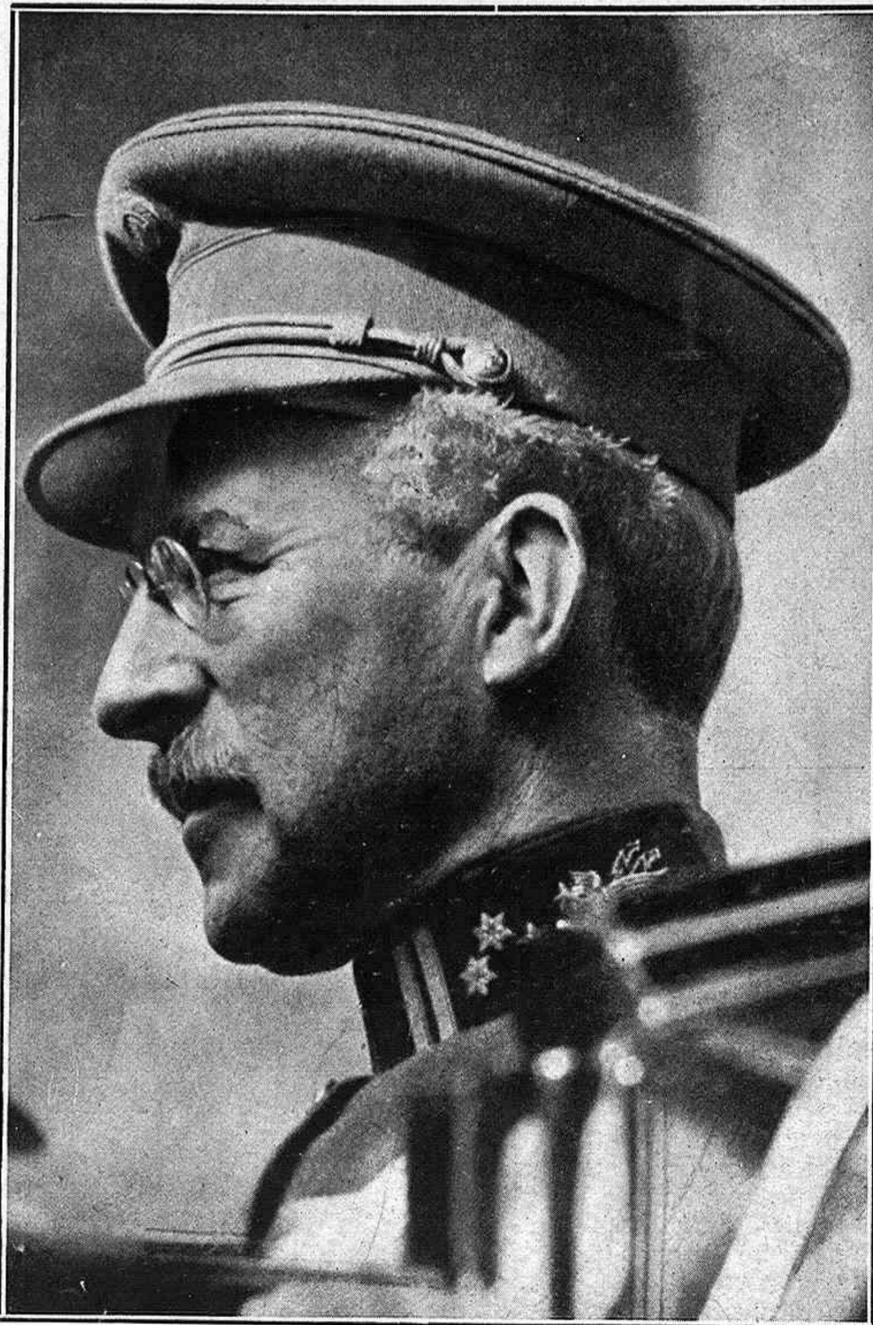


T. G. MAZARYK

Presidente de la República de Checoslovaquia, que viaja habitualmente en avión



S. M. LA REINA ISABEL DE BELGICA  
Que como enfermera voló constantemente durante la guerra



S. M. EL REY ALBERTO I DE BELGICA  
Aviador durante la guerra, que ha continuado volando después

rrada y guantes con manopla. El príncipe heredero de Bélgica voló también durante la guerra y ha seguido volando después. Como él vuela toda la familia real.

Mazaryk, el presidente de la república de Checoslovaquia, voló también, no obstante sus setenta y cinco años, para inaugurar una línea aérea establecida en su país que enlazaba con la de París, Praga, Varsovia.

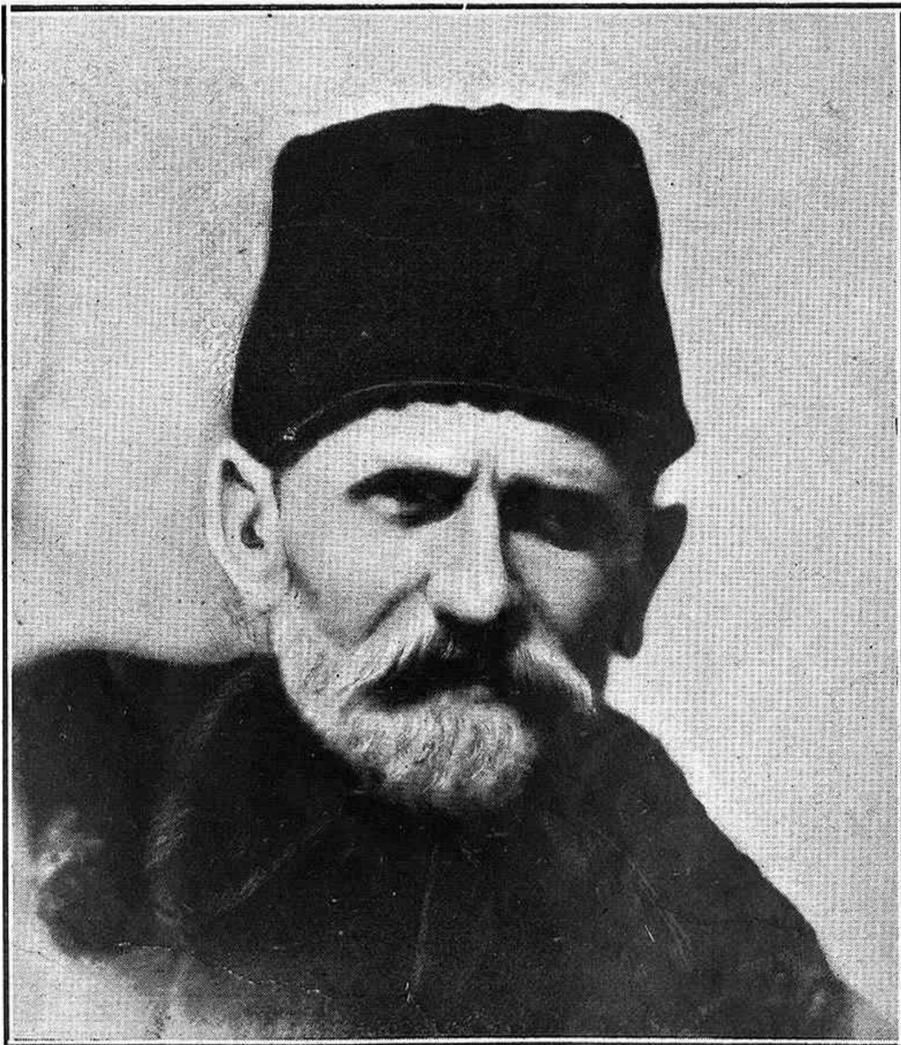
El presidente de Polonia, Stanislas Wojciechowsky, usaba constantemente el avión para trasladarse de Varsovia á Cracovia.

Los monarcas escandinavos usan habitualmente el avión como medio de transporte, y el príncipe heredero de Suecia es especialista en viajes rápidos. En uno de sus viajes hizo, en una hora y cuarenta minutos, el recorrido de Amsterdam á París, y para regresar salió de París por la mañana y llegó á Estocolmo á la hora de almorzar.

El príncipe dinamarqués Kund hizo el viaje de Copenhague á París, para inaugurar el pabellón danés de la Exposición de Artes decorativas, muy rápidamente, utilizando el avión.

El Rey de Italia no ha volado aún; pero Mussolini vuela, en cambio, con mucha frecuencia, y sus constantes viajes en avión han contribuido mucho á su popularidad.

Tampoco ha volado el Rey de



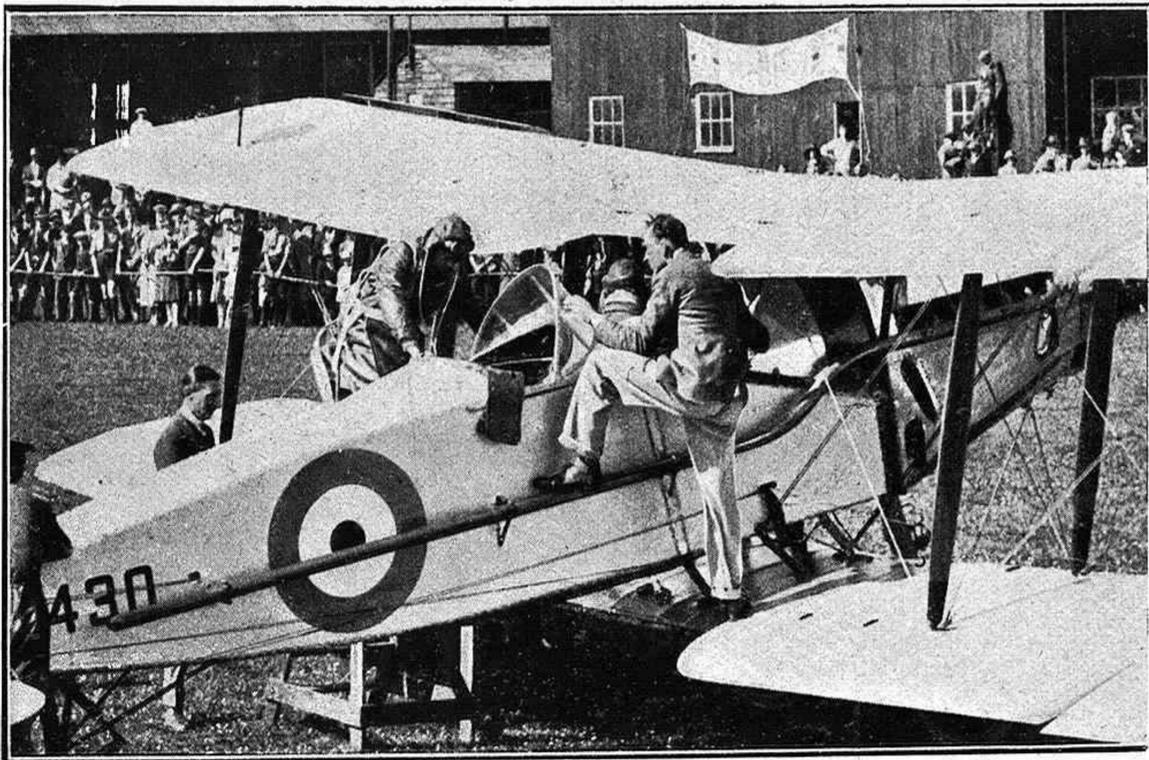
STANISLAS WOJCIECHOWSKY  
Presidente de la República de Polonia, que utiliza el avión casi tan frecuentemente como el auto

Inglaterra; pero, en cambio, el príncipe de Gales tiene avión propio, que utiliza mucho, y el ministro de la Aviación inglés, sir Septon Brancker, ha hecho viajes larguísimos, verdaderos *raids*: de Londres á Egipto, de Londres á las Indias; ha dado en Benares el bautismo del aire á una princesa india, y ha hecho un vuelo de gran deporte sobre el macizo del Himalaya.

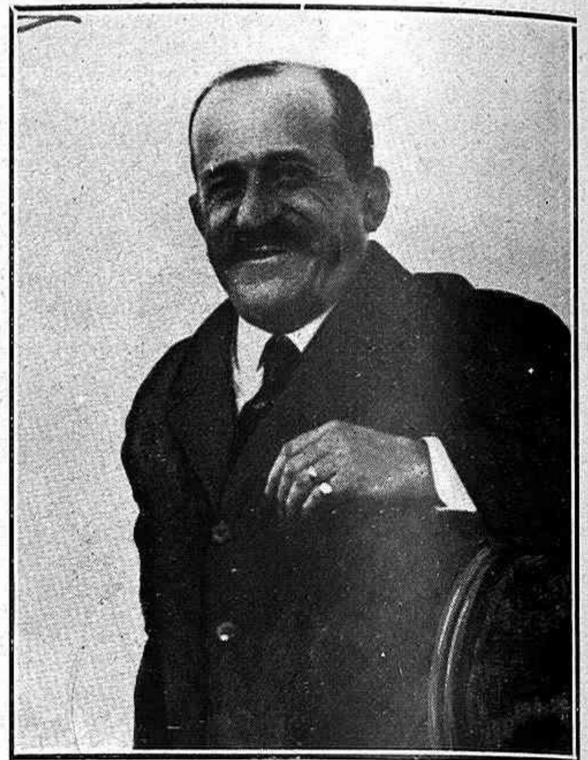
En Rusia, los ministros rojos utilizan el avión como los de otros países el automóvil: no sienten el peligro, y hace dos años, cuando se hicieron maniobras de bombardeo de Petrogrado por escuadras aéreas, dos ministros volaron como bombarderos y presenciaron desde el aire el magnífico espectáculo.

En España, ningún ministro, puesto en el trance de hacerlo, ha retrocedido ante la necesidad de volar; pero los viajes en avión que han despertado mayor interés han sido los del general Primo de Rivera, alguno de los cuales pudo ser funesto. Uno de los militares que, sin ser aviadores, utilizan más la vía aérea es el general Sanjurjo, que desde hace mucho tiempo hace el viaje en avión siempre que viene á la Península.

Los ministros alemanes vuelan, como los rusos, constante y habitualmente. Ciertamente Alemania es uno de los países en que las líneas aéreas han logrado mayor desarrollo y más grande actividad, y el



El Príncipe de Gales tiene avión propio y vuela en él con mucha frecuencia



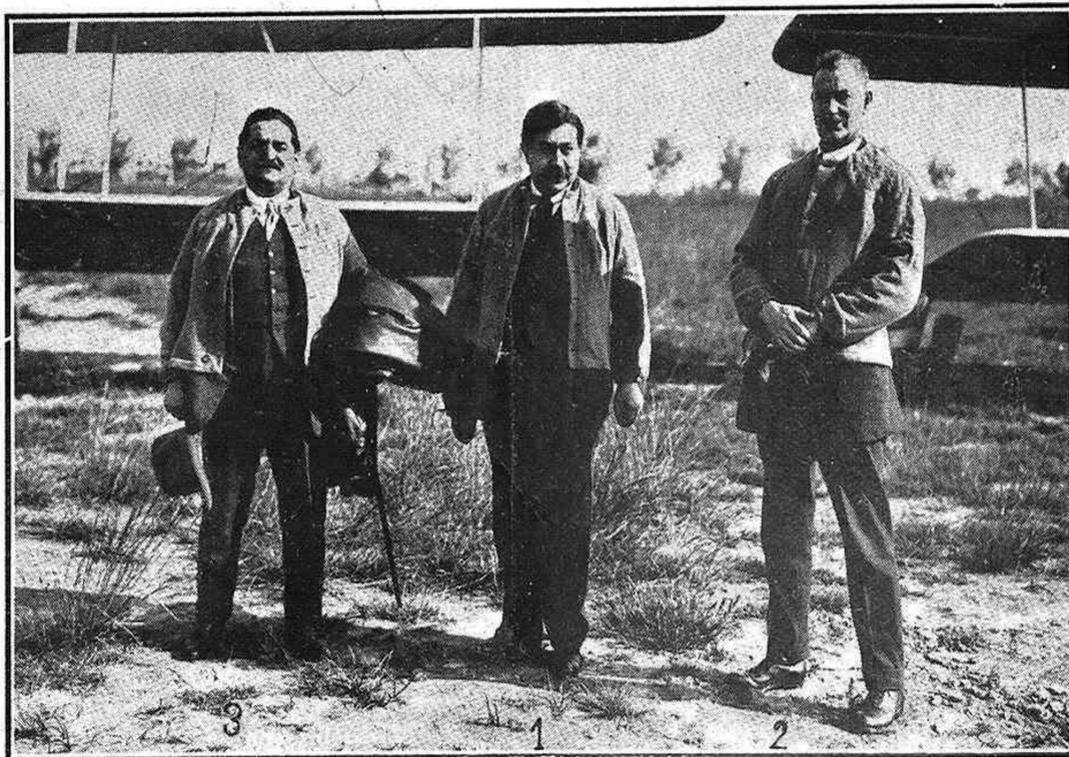
El conde de Romanones fué también muchas veces pasajero de avión

avión parece destinado á ser muy pronto el medio más preferentemente usual de locomoción.

Los ministros franceses vuelan mucho también, sobre todo desde hace nueve años, época de inauguración de las grandes líneas aéreas que parten de París.

La línea París-Londres la inauguró Etienne Flaudin, subsecretario de Aeronáutica; cierto que para él la aviación no era cosa nueva, porque el ministro había sido piloto durante la guerra. M. Flaudin sigue cultivando el avión como deporte, y en uno de sus viajes, de París á Reims, le acompañaron su mujer y una hija suya de once años.

Laurent Eynac, sucesor de Flaudin en la subsecretaría, fué también piloto durante la guerra



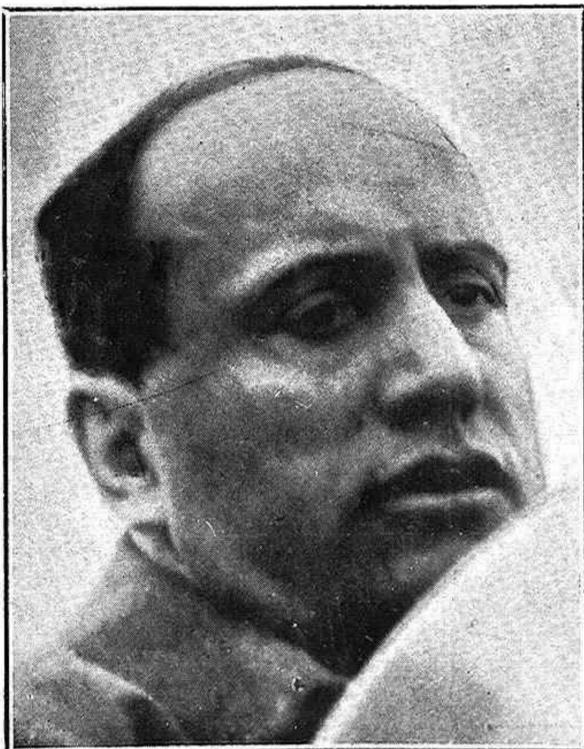
M. Painlevé (1), su jefe de gabinete militar, general Jacquemot (2), y el subsecretario de aeronáutica, M. Laurent Eynac

y es un entusiasta de la aviación: no solamente viaja siempre en avión, sino que interviene personalmente en muchos ensayos de aparatos.

Ha volado ya más de 42.000 kilómetros, y es, además, un propagandista entusiasta: él convenció á Painlevé para que hiciera en avión su viaje á Casablanca, como Painlevé convenció á Eduardo Herriot para hacer juntos, en avión, el viaje de París á Lyon.

Otro ministro francés entusiasta de la aviación, que la practica con fortuna, es Alberto Ser-raut.

Quizá el único que no sentía entusiasmo por ese modo de locomoción—paradojas de la vida!—era el ministro de Comercio, que ha tenido tan trágico fin.



Mussolini es otro constante viajero en avión



El Príncipe heredero de Suecia cultiva con igual entusiasmo todos los deportes y es también intrépido aviador

## El patriota y el poeta

MAURICE  
BARRÉS

IMPRESIÓN DE TOLEDO

**M**AURICE Barrés, el gran escritor galo que amó a España y pidió al Greco «el secreto de Toledo», ha merecido de Francia un monumento nacional, que será inaugurado con la mayor solemnidad el domingo 23 de Septiembre.

El monumento está situado en lo alto de la colina Sion-Vaudemont, y la ceremonia inaugural será presidida por el presidente del Consejo, M. Raymond Poincaré, que pronunciará un discurso. Antes que él exaltarán al gran escritor y gran patriota, Paul Bourget, en nombre de la Academia de Francia; M. Moreau, en nombre del Instituto; M. Desyré Jersy, en nombre de la «Liga de los patriotas», y M. Oberkich, subsecretario de Estado; Paul Vautim, alcalde de Metz, y Monseñor Lagico, en nombre de Alsacia y Lorena.

Más que al gran literato, tan merecedor de él, el homenaje será al gran patriota: Barrés fué, efectivamente, uno de los hombres más prestigiosos del nacionalismo francés, al que llegó por una elaboración mental, más que afectiva, que él mismo expuso muy claramente. «La meditación y el análisis, dijo, me han hecho ver la tierra y los muertos; es decir, la patria constituyendo el fundamento de nuestra personalidad y nutriendo nuestra individualidad».

Enalteció así la patria frente al egoísmo imperante, y en momentos críticos para su patria hizo oír su voz cálida, de verbo a veces pomposo, pero siempre fiel a la idea, y logró ser escuchado.

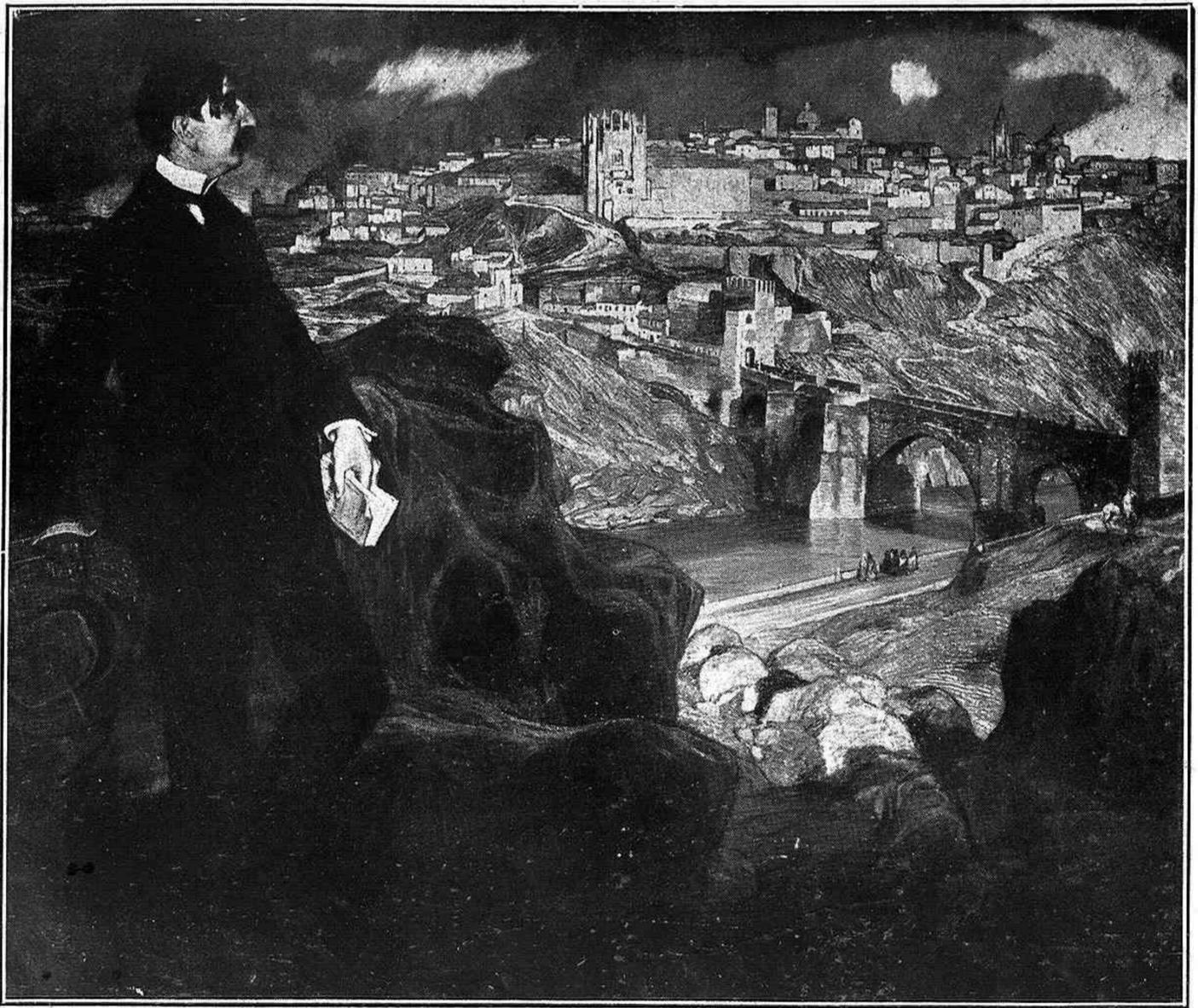
Ante esa obra de patriotismo, su labor literaria, con ser tan copiosa y valer tanto, resulta oscurecida un instante, y es al patriota y no al escritor a quien los franceses elevan un monumento con el alto adjetivo de «nacional».

Paul Bourget, sin embargo, hablará seguramente del escritor y tal vez cite las páginas bellas que dedicó a Toledo, y que tan reciamente pintan el cuerpo y el espíritu de la vieja ciudad.

Nos complace hoy, como homenaje al gran artista, evocar aquellas impresiones. He aquí cómo vió a Toledo Barrés, a quien el admirable pincel de Zuloaga retrató, sobre las rocas de la Virgen del Valle, recibiendo la impresión que transcribe en su texto:

## FRENTE A LA CIUDAD

«Para tomar una vista de conjunto de Toledo, a la caída de la tarde, gusto de bajar por el Arrabal, pasar bajo la puerta de Cambrón y franquear el Tajo por el puente de San Martín. He aquí, a mi derecha, la Vega. Es necesario ver con qué orgullo esta tierra indigente ó negligente sostiene sus pobres ramos campesinos. Es el orgullo de los paletos sobre sus asnos. Estamos realmente en el país en que *arrogante* se escucha siempre como un elogio. El apiñado rebaño de cabras devastadoras, vuelve a la ciudad haciendo sonar sus mil campanillas mientras los cabritillos se rezagan. Todo se funde en la luz. El paisaje despliega hasta el infinito un color leonado; no es una nube verde sobre un suelo rojizo. Esta tierra desollada, emociona del mismo modo que un Velázquez ó un Greco: el mismo matiz y



«Maurice Barrés contempla Toledo en un atardecer, desde la Virgen del Valle», cuadro de Zuloaga

la misma soberbia. Todo expresa una voluntad implacable de ser belleza.

Me interno en un caos de rocas en que forman anfiteatro los famosos cigarales, pobres huertos parecidos a las casas de campo de los marseleses. Son cerca de doscientos, todos cercados con piedras secas, con una casita en el centro y un mezquino follaje roído por el polvo. Esta tarde las retamas exhalan un olor débil. A lo largo de las pendientes rocosas, a que llaman aquí rodaderos, me encamino a la Virgen del Valle, ermita pequeña situada en la orilla izquierda frente a la ciudad.

Desde esta capilla se abarca en una mirada la vasta roca que sostiene a Toledo, y a la que abraza el Tajo. La imperial Toledo se amontona en plena luz sobre esa montaña dura, de que no cubre más que la cima. Los restos de sus palacios corren ampliamente al Tajo, dejándola allá arriba en una admirable posición de orgullosa arruinada.

¿Cómo reproducir los amplios movimientos monocromos de esta tierra violácea y ocrosa? Sería necesario señalar su color y sus curvas y luego hacer perceptibles también sus partes lisas, pesadas, en que ningún edificio es notable; pero que tienen precisamente la belleza de los grandes espacios lisos en arquitectura.

La enorme roca que sostiene una ciudad tan gloriosa es magníficamente proporcionada para servir de montura a tal diamante, y se recibe una impresión de plenitud y de fuerza viendo sus pendientes anchas y decididas, sus asperezas negras que baña el río.

Las casas se alzan en lo alto de la roca y se recortan sobre el cielo. Sus muros, de un blanco fuerte, tienen un aspecto oriental, mientras que los tejados se confunden con la inmensa coloración violeta de toda la montaña. Aquel grandioso amontonamiento, donde asombran, mezclados con los campanarios de las iglesias y las terrazas de los Monasterios tantos minaretes de mezquitas, está dominado por el Alcázar

Construído con un estilo pesado, proclama: «No me interesa ser bello. Me basta con que los malvados tiemblen y los buenos se tranquilicen.»

En el centro del cuadro, la catedral, como un cuerpo excesivamente pesado, imprime a la montaña una especie de flexión, de la que corre al río un rastro de casas; pero a la derecha y a la izquierda el zócalo potente perdura desnudo, y se ve su granito bajo los escombros, que se deslizan realmente.

Claridad, inmovilidad, he ahí las dos virtudes de esa decoración en que San Juan de los Reyes, hijo de un voto de los Reyes Católicos, está al fondo, alzado de un cierto modo tan orgulloso, que le encuentro, si no la semejanza, la calidad, al menos, de una lanza de estandarte.

A la hora del crepúsculo es cuando Toledo, visto desde la Virgen del Valle, se hace extraordinario. Cuando el potente soporte granítico de la ciudad está ya completamente en el violeta, los últimos rayos que pasan por encima de las Sierras iluminan Toledo con una llama amarilla en que se mezclan raras sombras. Pronto las montañas se sumergen en el negro, y se recortan sobre el cielo rojo que inflama la ciudad, y luego, extinguiéndose, la deja en sombras. Las luces, una a una, como lamparillas ante santas Vírgenes, tachonan los muros. Una emoción de belleza me invade. Un cascabel lejano, el trote de un mulo, y, además, los domingos, algunas bocanadas de música conmueven todas mis potencias intelectuales.

Renuncio a seguir los Toledos sucesivos, cuyas magnificencias furtivas se encaminan a la inmovilidad nocturna. Sería necesaria el alma apasionada de un Delacroix para recoger y fijar en un segundo la mutabilidad del cielo, de los terrenos, de los edificios, y después, en su abismo, el Tajo.

Comprendo, por lo menos, lo que nos dice esa puesta del sol sobre Toledo; reúne todas las formas, todos los colores, todos los ensueños, para hablarnos de una verdadera vida, a la que nos creemos predestinados y que aún nos falta conquistar...

Quando volvemos a Toledo suenan sobre la ciudad algunas campanas llamando a la Catedral a los personajes del Greco.

MAURICE BARRÉS



He aquí los elegantes de 1804 y 1807, que imitaban á Jorge Brummel, «Rey de los Bellos», en todo, copiando sus vestidos, adoptando sus actitudes y plagiando sus impertinencias

(Estampas de una Revista mundana de la época)

**H**ACE ahora ciento cincuenta años que nació en Londres Jorge-Bryan Brummel, árbitro de las elegancias de su tiempo y de todos los tiempos... Inglaterra celebra este aniversario... Pero Brummel no fué un hombre de Inglaterra tan sólo... Brummel fué una gran figura del mundo... Es bien, por lo tanto, que todos le recordemos en esta fecha al menos, ya que no en todo instante, como habría de convenir á la traza y á la dignidad de las actuales generaciones demasiado arbitrarias, cuando no demasiado ambiguas, en cuanto á esa segunda naturaleza que prestan al hombre su educación, su buen gusto y su porte...

•••••

Jorge Brummel no heredó su ingénita aristocracia, pero sí el bienestar necesario para conservarla, sin que las durezas de la vida la agostaran en flor... De su abuelo, confitero establecido en Bury-Street, y de su padre, empleado en las oficinas de la Tesorería, recibió Brummel, durante su vida de estudiante, espléndidas pensiones, y más tarde una fortuna personal no inferior á treinta mil libras esterlinas... Ya en 1790 era Brummel, entre los alumnos de Eton, modelo de distinción; y al pasar á Oxford, pocos años después, su fama de elegancia, de audacia y de originalidad, inquietaba á la juventud de Londres... Un día, por una de esas casualidades cuyo secreto pertenece al destino, Brummel se encontró frente á frente con el príncipe heredero del trono de Inglaterra, que había de ser el Jorge Cuarto de la Historia... De la entrevista,

## PARIS

# LA SOMBRA DE BRUMMEL

en la que Brummel hizo alarde de su talento y de su despreocupación, nació la amistad que inmediatamente consagró al «Rey de los Bellos»... Tenía éste entonces dieciséis años... El Príncipe le invitó á su mesa con frecuencia, y le hizo ingresar en el regimiento de húsares que él mandaba... En Eton y en Oxford, Brummel había dejado malos recuerdos en lo concerniente á disciplina y laboriosidad... No fué mejor su conducta en el Ejército... Se cuenta de él que, por efecto de su poca asiduidad y de su constante distracción, no acertaba nunca á reconocer su compañía, cuando le era necesario ponerse al frente de los soldados. Sólo recordaba que uno de sus hombres tenía una formidable nariz, escandalosamente roja, y para hallar su puesto de formación galopaba ante las tropas hasta dar con esa nariz indicadora... Pese á todo, el gran elegante ascendió muy de prisa, y al cumplir los dieciocho años era ya capitán... Pero las obligaciones

que la carrera militar le imponía desagradaban á Jorge Brummel, y como por aquel tiempo entrara en posesión de su fortuna, resolvió dimitir, para consagrarse exclusivamente á la vida mundana. Se instaló en Chesterfield-Street, en una casa de soltero puesta con lujo sobrio y depurado gusto, y allí, sin derroches excesivos ni ostentosos alardes, ofreció fiestas y banquetes, que todo Londres comentó, y de los que el Príncipe de Gales fué, durante mucho tiempo, asiduo concurrente... Dió Brummel á estas reuniones carácter de verdaderas asambleas, de lo que los ingleses llaman «alta vida», y en ellas se adoptaron reformas y se crearon orientaciones nuevas, tanto en lo concerniente á indumentaria como á reglas de cortesía y deberes sociales, que, por encima de todos los intereses y aun de la vida misma, constituyen, para el perfecto *gentleman*, la salvaguardia de su buen nombre...

Eran por aquel entonces, en Francia, los tiempos de la Revolución, y la juventud inglesa sufría la influencia demagógica del país vecino, hasta el punto de aceptar los muchachos más elegantes de Londres las afectadas negligencias del vestido que mostraban, en París, Marat, Desmoulin y Vergniaud... Brummel cerró el camino á ese ejemplo, que estimaba lamentable; y al establecer las normas primordiales del vestido cuidó especialmente de la corbata, cuya abolición ó cuyo relajamiento eran características de la indumentaria revolucionaria. En este punto de la historia, y como bandera de la etiqueta conservadora, fué inventada por el «Rey de los Bellos» la corbata almidonada que había de subs-

tituir á las tenues muselinas: era una corbata que sólo podía servir una vez, y á condición de que el lazo quedara bien hecho en el primer intento. Una mañana, el ayuda de cámara de Brummel salió del cuarto de su señor llevando un brazo de tiras de batista nuevas y apenas arrugadas... —¿Qué es eso?...—preguntó un amigo del gran elegante, que entraba. —Esto—respondió el criado solemnemente—son nuestras equivocaciones de hoy...

Maestro indiscutido, Brummel reinó en vida sobre las vanidades de su época, y aun reina sobre nuestras vanidades... Si Londres sigue siendo metrópoli de la elegancia masculina, y si el *gentleman* británico es aun más completo caballero que el *gentilhomme* francés y que el hidalgo español, es porque aun flota en las brumas del Támesis y aun divaga en torno á la vieja abadía de Westminster la sombra altiva, exquisita y noble, con nobleza ingénita, de Jorge Brummel...

¿Cuál era su secreto?... Una fórmula de comprensión sencilla y de práctica difícil... Brummel conocía el punto exacto de equilibrio entre el lujo y la sencillez... Evitaba todo defecto y evitaba, al mismo tiempo, todo lo que pudiera llamar la atención... Tenía en su apostura y en su atavío la perfección y la sobriedad de las obras maestras... Una pincelada más sobre el lienzo, una insistencia del escoplo sobre la piedra, y la obra de arte deja de ser *ella*... Brummel acertaba á ser *él*, siempre, en la impecable ponderación de su ser natural y de su ser artificial, tan bien acordados, que no parecían sino un solo ser excepcionalmente completo...

Como todos los grandes vencedores, Brummel quiso ir, en su carrera triunfal, demasiado lejos... Había llegado al dominio de sus contemporáneos merced á una exaltación de los prejuicios convertidos en leyes de existencia, y logrado esto, creyó tener bastante fuerza, por sí mismo, para desdeñar esos mismos prejuicios que habían sido sus mejores armas... El «Rey de los Bellos» se tornó impertinente, y á las veces agresivo... Sus amigos fieles supieron perdonar tales extravagancias; pero sus enemigos hallaron pretextos para denigrarle, y el Príncipe de Gales dejó de acudir á sus fiestas y le borró de la lista de sus invitados... Cuando esto ocurrió, Brummel no era ya rico. Las treinta mil libras de su herencia habían pasado á la gaveta de los sastres y de los joyeros de Londres, y después de vender la mayoría de sus muebles y sus colecciones para pagar sus deudas, el «Rey de los Bellos» se encontró con un menguado haber de mil guineas...



El Rey de Inglaterra Jorge IV, que era Príncipe de Gales cuando Brummel reinaba en Londres como árbitro de las elegancias, y que fué compañero de diversiones y discípulo del gran «Bello»

Abandonó Londres, pasó el Canal, y fué á establecerse en Calais, donde alquiló una casa y la amuebló fastuosamente aún con las ruinas de su perdida grandeza... En Calais, y durante catorce años, Brummel vivió de la generosidad de sus buenos amigos... Por Septiembre de 1821, el rey de Inglaterra, que no era sino el príncipe compañero de diversiones de Brummel en otro tiempo, desembarcó en Calais... Brummel acudió al muelle para saludar á su antiguo protector; pero Jorge IV fingió no reconocer á su caído favorito...

Desde aquel día, el árbitro de las elegancias puso como contera á su bastón un pequeño busto de marfil, retrato y regalo del olvidadizo monarca.

1830... Brummel, quincuagenario, vió desaparecer á muchos de los amigos que le socorrían, y fué olvidado por los demás... La miseria amenazó al gran elegante que, pese á todo, seguía siéndolo... Entonces Wellington acudió en socorro del hombre que, en plena decadencia, era todavía encarnación del orgullo inglés... Se creó, para Brummel, una plaza de cónsul británico en Caen... Brummel desempeñó su cargo durante breve tiempo, y un día escribió á su ministro haciéndole observar que para nada necesitaba Inglaterra un consulado en semejante ciudad... El ministro suprimió la plaza, y Brummel, desamparado, volvió á Calais, donde un acreedor impaciente le hizo encarcelar por deudas... La noticia llegó á Londres, y se abrió una suscripción pública para liberar al encanecido «Rey de los Bellos»... Brummel salió de la cárcel cansado y enfermo... Le recogieron, por caridad, las monjas de un convento, y en ese refugio acabó su existencia, el 29 de Marzo de 1840, el hombre que había reinado sobre la vanidad de sus contemporáneos, y que poco antes de morir declaró ante sus últimos admiradores que habían acudido para visitarle:

—¡Nunca he sido feliz hasta ahora!...

Había recorrido los palacios y había sojuzgado las grandezas sin hallar la dicha que le aguardaba, á la postre, en una humilde celda, bajo el techo de un asilo de pobres...

•••••

¡Sombra de Brummel!... ¡Sombra que aún flota en las nieblas del Támesis y domina, desde su altura de ingénita y perdu-

rible aristocracia, la vulgaridad de las generaciones actuales, incapaces de personalidad, oportunistas, calculadoras y gregarias!

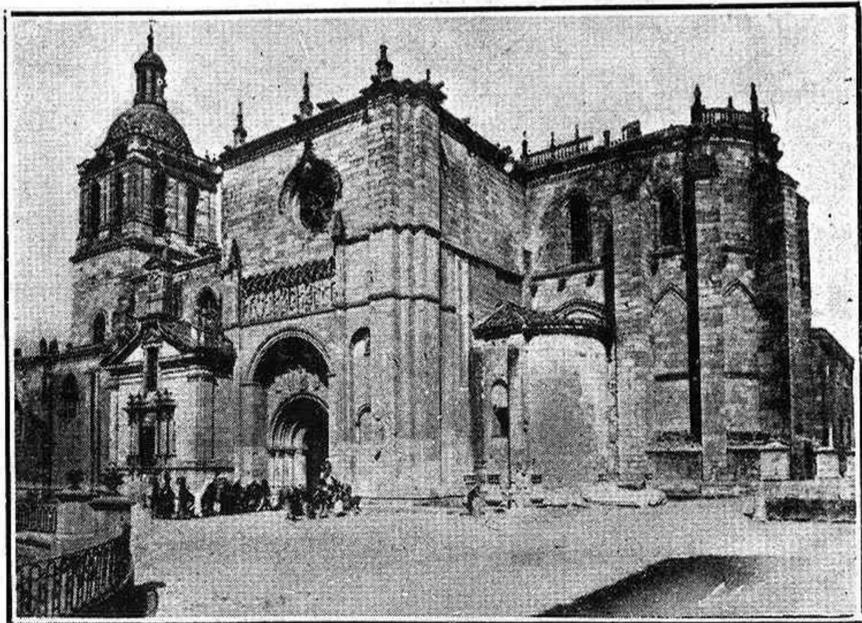
ANTONIO G. DE LINARES  
París, 1928.



El Brummel moderno

## PUEBLOS FRONTERIZOS

## CIUDAD RODRIGO, LA HEROICA



La Catedral



Capilla de Cerralbo

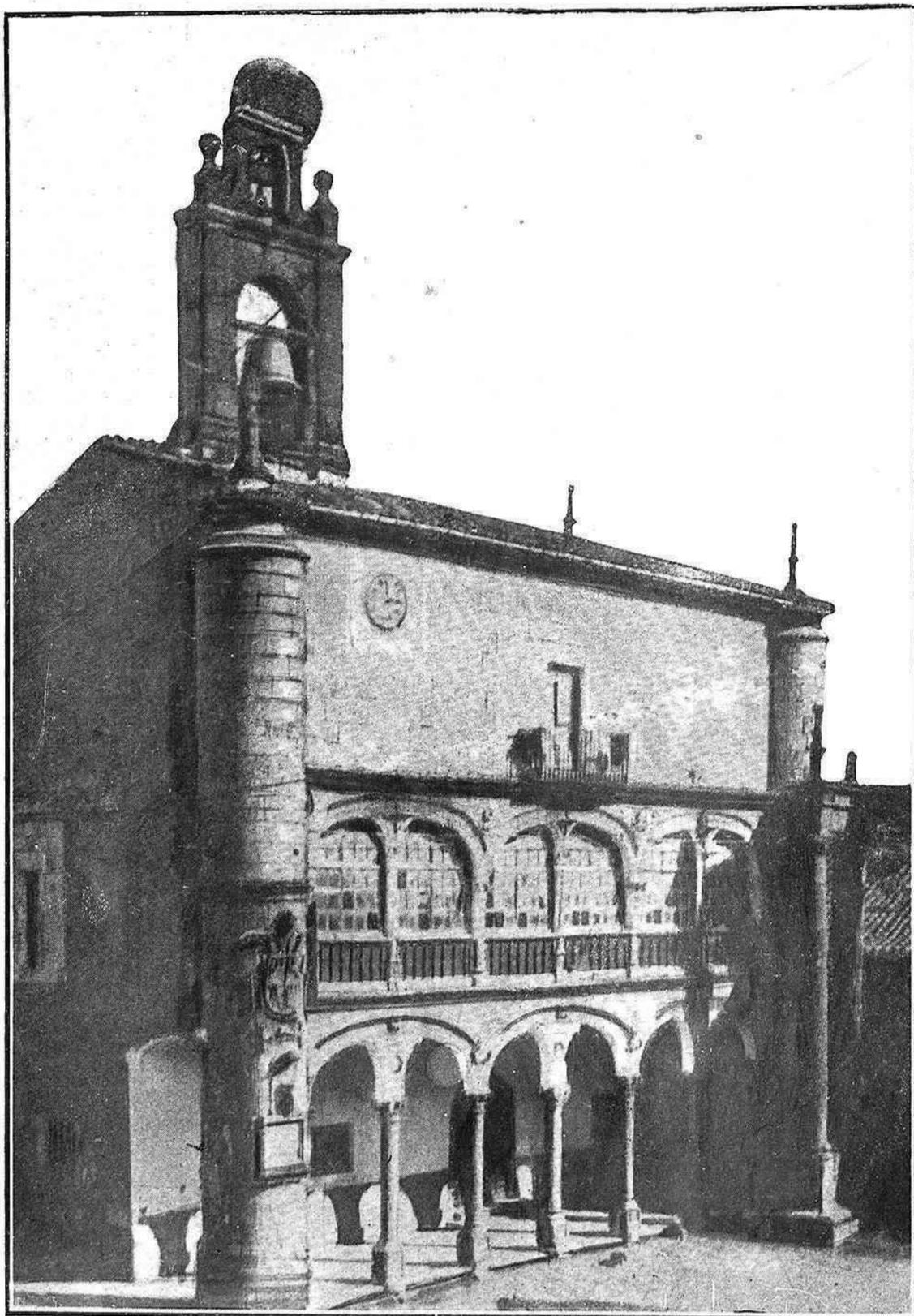
**D**IFÍCIL sería encontrar en España otro pueblo de tan limitada extensión que supere, ó siquiera iguale en interés histórico, á este de Ciudad Rodrigo, que pertenece á la provincia de Salamanca, y cuenta con una población de unos 9.000 habitantes.

Situado en una altura, á orillas del río Agueda, á veintidós kilómetros de la frontera de Portugal, esta circunstancia, más que ninguna otra, ha determinado su importancia en cuanto á sucesos históricos se refiere.

De su remoto origen sólo se sabe, por referencias de algunos historiadores, que en el lugar que hoy ocupa estuvo anteriormente la Mirobriga céltica, que, según Plinio, era ciudad estipendiaria de la provincia Lusitana en tiempos de los romanos.

Hasta el siglo XII, en que, hallándola desierta, mandó repoblarla el conde Rodrigo González, de cuyo nombre se dió el de Ciudad Rodrigo á la nueva población, no comienza á conocerse su verdadera historia, fundada en datos ridículos. De aquellos lejanos tiempos se sabe que, sorprendida poco después por Rodríguez de Castro, al frente de los musulmanes, fué nuevamente arruinada, y en 1160, reedificada otra vez por Fernando II de León, el cual erigió también el Obispado.

En 1179 pretendió Alfonso I de Portugal anexionarla á sus dominios; pero gracias á la tenaz resistencia que opuso el



El Ayuntamiento

reino de León, hubo de desistir de su empeño. Sin embargo, tiempo después, cuando Enrique II de Castilla veíase asediado por los demás monarcas de la Península Ibérica, el de Portugal logró apoderarse de Ciudad Rodrigo; pero al poco tiempo fué recuperada por aquél. En ella se reunieron las huestes castellanas que en 1385 habían de invadir la nación vecina, y muy posteriormente, en 1661, también de allí partió el duque de Osuna con el propósito de invadir el territorio portugués.

De muchos otros episodios bélicos fué escenario Ciudad Rodrigo, y en ella, por la circunstancia de ser ciudad fronteriza, efectuáronse varias bodas entre personas reales españolas y portuguesas y celebráronse conferencias entre soberanos de ambos países.

En 1705 lograron apoderarse de la plaza los partidarios del archiduque de Austria, siendo recuperada dos años después por las tropas de Felipe V.

Durante la guerra de la Independencia fué también teatro de importantes acontecimientos, cuyo primer episodio fué el asesinato del gobernador de la Plaza, D. Luis Martínez de Ariza, por suponersele amigo de Godoy y desleal á la causa española. En sus cercanías combatieron tenazmente á los franceses los guerrilleros Julián Sánchez y Juan Martín *el Empeinado*.

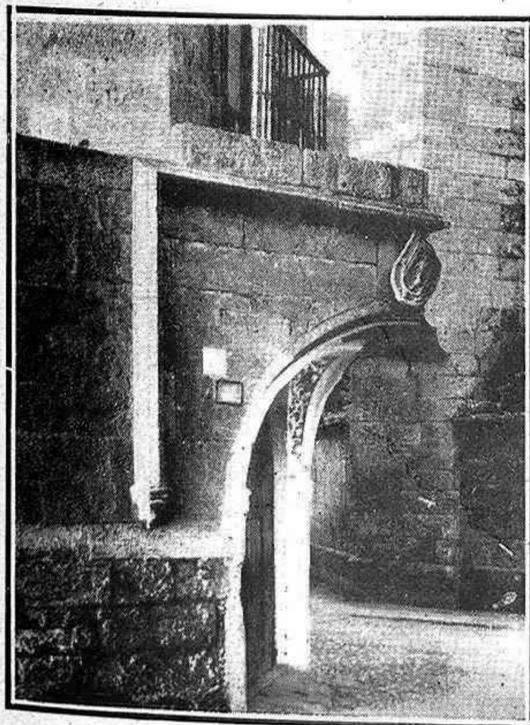
Por su proximidad á la frontera portuguesa,

tenían los franceses decidido empeño en apoderarse de Ciudad Rodrigo, para dirigirse más fácilmente al vecino reino. No pudiendo lograrlo en el primer intento, reanudaron la tentativa en 1809-1810, siendo gobernador de la plaza D. Andrés Pérez de Herrasti, quien, después de una heroica defensa, vióse obligado á capitular con todos los honores de la guerra, aunque los franceses no cumplieron después lo estipulado. En agosto del año siguiente quisieron los españoles recobrar la plaza, y al efecto, Wellington y Julián Sánchez la pusieron sitio, y formalizado éste en 1812, la asaltaron el 19 de dicho mes, quedando en poder de los aliados. Por esta hazaña, una de las más gloriosas que registra la historia de la guerra de la Independencia, concedióse á Wellington el título de duque de Ciudad Rodrigo.

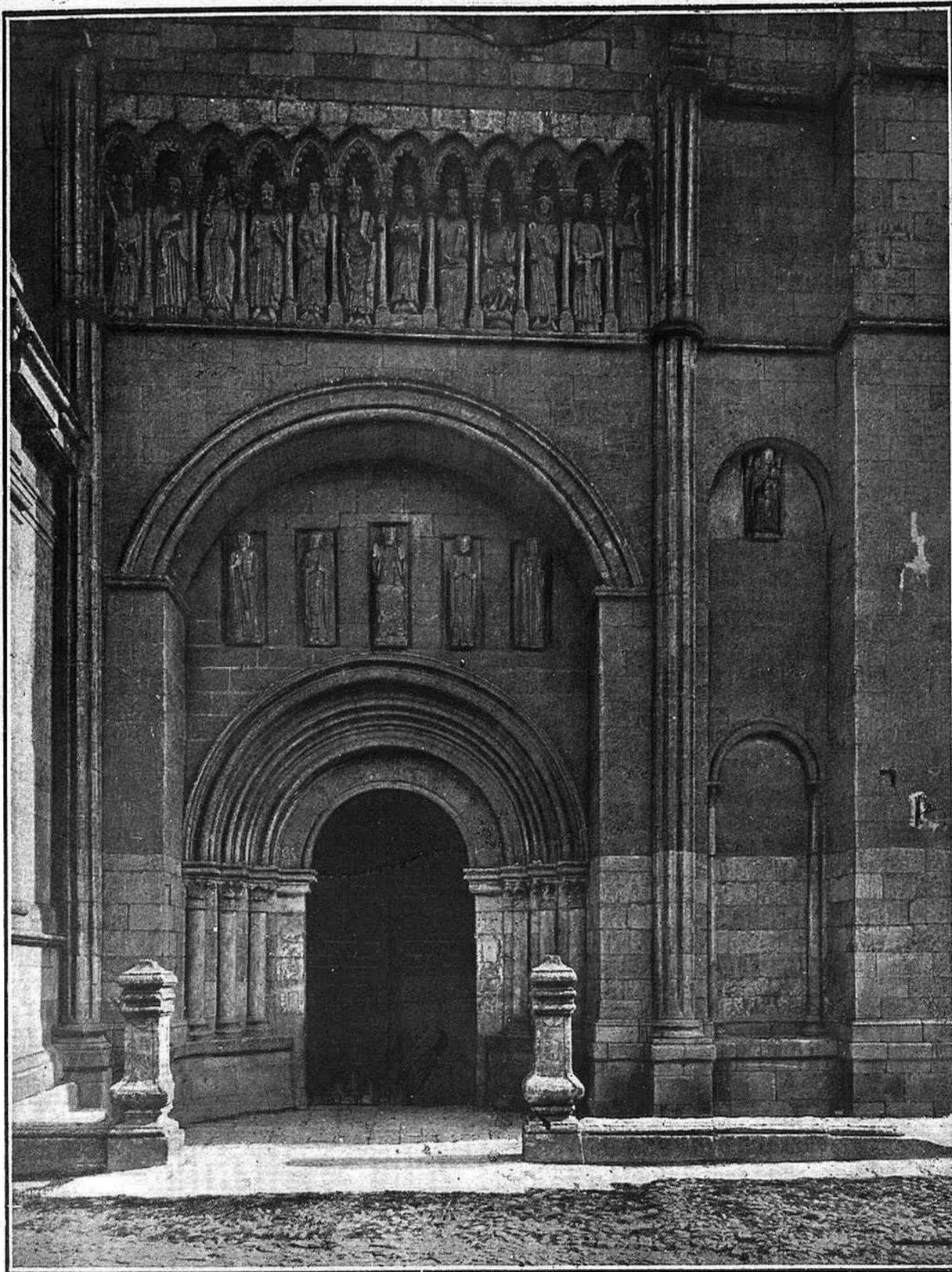
•••••

De la muralla y fortificaciones que para defensa de la plaza se construyeron en diferentes épocas, subsisten aún algunos trozos de la época romana y de los tiempos de Fernando II, y baluartes y reductos de los de Felipe V. Entre las fortificaciones descuella el antiguo alcázar, con almenas, barbacana, torre y torreón cuadrados.

Dos calles principales atraviesan la ciudad, formando cruz y dividiéndola en cuatro barrios. De las puertas de acceso, las más importantes



Casa de la condesa de Canillero



Portada de la fachada de Poniente de la Catedral de Ciudad Rodrigo

son las del Conde y de la Colada, que conduce á la plaza por empuñada calle.

Sus casas son, en general, de modesto aspecto, y muchas de ellas ostentan blasones, recuerdo de la nobleza que en ellas residiera. De estas antiguas casas señoriales son las principales la del conde de Montarco, que data del siglo xv, y la de los condes de Canillero, también de respetable antigüedad.

Extramuros existen los arrabales de San Francisco y Santa María.

De todos los edificios subsistentes, el más importante es la Catedral, que fundó Fernando II de León. Su planta pertenece al tipo románico, y consta de tres naves, un crucero y tres ábsides semicirculares, reconstruido el central en el siglo xvi por el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo.

La fachada principal tiene un bello pórtico semejante al de la Catedral de Zamora. Toda la decoración es muy artística, especialmente la de los capiteles. De las tres puertas, las llamadas de las Amajuelas y de las Cadenas, que corresponden al Norte y Mediodía, son francamente románicas, y la principal es uno de los más bellos ejemplares que existen en nuestro país de la transición ojival.

El claustro de este mismo carácter, con muchos elementos arcaicos, tiene también labores platerescas.

De las obras de arte que abundan en la Cate-

dral destaca la sillaría del Coro, notabilísima obra labrada por manos de un gran artista, y que con el bello claustro y la portada principal, profusamente esculpida, pueden considerarse como lo mejor de cuanto en este orden existe en España.

Detrás de la Catedral se encuentra la Capilla de Cerralbo, erigida en 1588, á expensas del cardenal Francisco Pacheco, primer arzobispo de Burgos. Convertida esta bella capilla en polvorín durante la guerra de la Independencia, sufrió sensibles deterioros á causa de una explosión de pólvora.

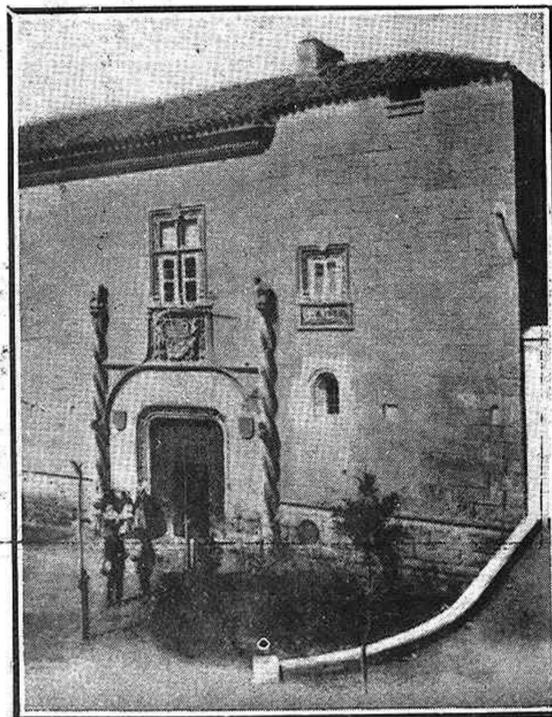
Otro edificio notable es la Casa Consistorial, que se levanta en la plaza Mayor, cuya construcción es del siglo xiv, y tiene un hermoso pórtico y galería con tres arcos sostenidos por pilares con adornos platerescos.

Hay en Ciudad Rodrigo otros edificios notables, entre los que merecen mención el Seminario, construido por el obispo Cayetano Cuadrillero en 1769; el convento de Santa Clara, el Hospital de la Pasión y el Monasterio de la Caridad. También es una obra notable el puente de piedra que hay sobre el Agueda.

El interés de Ciudad Rodrigo como plaza militar no hay para qué encomiarlo, puesto que los he-

chos históricos que desde las más remotas épocas se desarrollaron en su recinto bien lo demuestran.

E. CONTRERAS y CAMARGO



Palacio de la condesa de Montarco



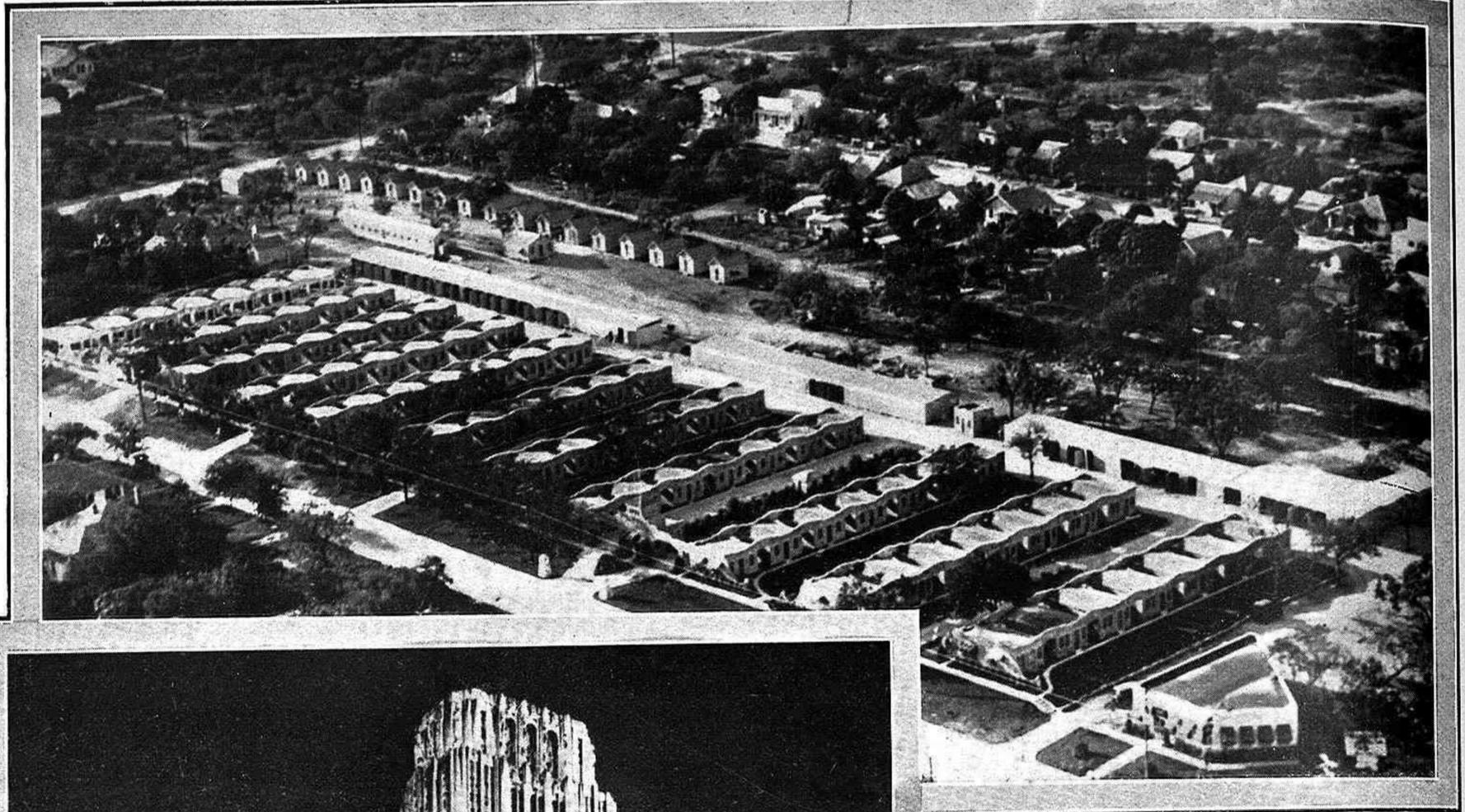
Fragmento del cuadro «Las meninas», original de Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado

# FIGURAS DE LA PANTALLA

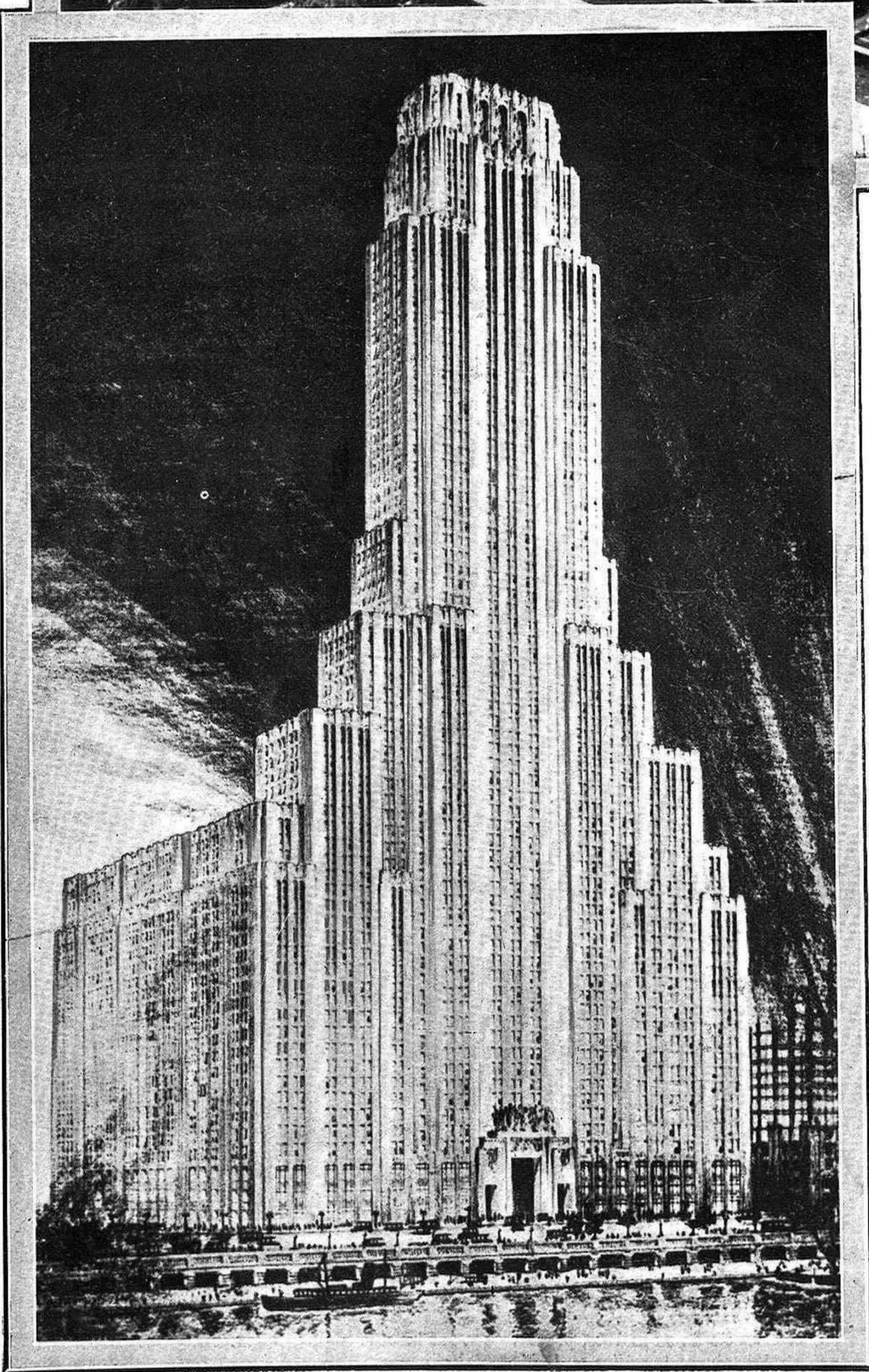


DOLORES DEL RIO

«Estrella» mejicana, que alcanzó rápidamente en Hollywood aquella categoría por esa gracia morena y ese encanto indefinible de su rostro, es ahora tema de actualidad, no tanto por sus éxitos de artista como por el divorcio de su marido, promovido á sus instancias, que ha constituido uno de los escándalos de la farándula cinematográfica en la Meca del «film»



Una ciudad desarrollada horizontalmente, puede dar base equivocada respecto a la cantidad de superficie terrestre que necesita un hombre para vivir



## CALCULOS SIN BASE

(CONTRA EL PESIMISMO CIENTÍFICO)

Los sabios son, en general, hombres lúgubres. Benavente y Rusiñol nos lo denunciaron hace tiempo, y ellos lo demuestran, andando, todos los días.

Todos los días, en efecto, nos repiten, quitándole su clásica sobriedad griega, el *memento* de los cartujos: *Morir habemus*

Claro está que hemos de morir; pero, ¡diantrel, no es cosa de estar pensando siempre en esa lamentable fatalidad.

Ahora han sido Nordmann, el famoso astrónomo del Observatorio de París, tan sugestivo escritor hasta cuando habla del *Más allá*, y otro sabio menos notorio, pero no menos aterrador, los encargados de alargarnos la cara. Nordmann nos anuncia—¡una vez más!—que de un momento a otro el Sol puede apagarse y dejarnos sin luz y sin «calefacción central»; el otro sabio ha calculado que llegará un momento en que cada hombre sólo podrá disponer de un metro cuadrado de superficie terrestre. ¡Menos mal que se ha quedado ahí! Prolongando el cálculo, podría haber llegado a un centímetro cuadrado, superficie más aterradora aún, pero igualmente lógica, aplicando a la tierra disponible aquella previsión logarítmica de Malthus, tan pasada de moda para las provisiones, que sólo la recuerda hoy la literatura ácrata.

Los sabios, para llegar a esas conclusiones terroríficas, siguen el mismo sistema que los vaudevillistas franceses: parten de un principio más ó menos lógico y edifican sobre él todo un artificio lógico; la diferencia está en que los vaudevillistas lo hacen para alegrarnos la vida, y Nordmann y sus colegas para engendraros la ictericia, por lo menos.

Ahora mismo, al astrónomo francés le ha salido inmediatamente un corrector español, imita-

Una ciudad desarrollada verticalmente, multiplica la superficie habitable y echa por tierra los cálculos



Tampoco puede preocuparnos la falta de textiles. No hemos llegado aún a la indumentaria de Adán y Eva; pero las muchachas van apro-

ximándose rápidamente a ella. Sin llegar a tanto, puede reconocerse la inutilidad de muchas prendas de vestir

dor de Bartrina, que en lugar de preguntarle: «¿Y si luego resulta que no hay cielo?», le pregunta: «¿Y si luego resulta que no hay electrones?»

Si no hay electrones, y todo pudiera ser, porque los electrones no pasan de ser una hipótesis explicativa, las consecuencias a que llega Nordmann son absolutamente arbitrarias, y el terrible apagón ni será tan probable, ni menos aún tan inminente como el astrónomo supone: tenemos luz y calefacción para rato.

Pero, aun dando por hecho que haya electrones, sería necesario, para aterrarse con razón, tener la seguridad de que el mismo amenguamiento del número de ellos, entre otras causas, no variaría las condiciones actuales de su actividad: los sabios tienen, entre otros, el feo vicio de considerar al mundo inmutable, en el momento en que ellos y la pretensión de que á ellos les ha confiado ya todos sus secretos.

Cuando Malthus lanzó su frase, por ejemplo, calculó sus dos progresiones—de los seres humanos y de las subsistencias de que podrían disponer—partiendo de dos hipótesis igualmente inadmisibles: la invariabilidad cuantitativa de los alimentos que el hombre necesita consumir y la pérdida definitiva de los alimentos consumidos.

Al comenzar la guerra europea, un sabio español—por excepción, optimista—demostró, por  $a + b$ , que el hombre no necesita para vivir más alimento que un higo diario. Si Malthus hubiese contado con esa sobriedad, no hubiera podido construir su sistema, y no nos dolerían sus consecuencias en la dramaturgia radical.

Con la superficie terrestre ocurre al-



En las playas «mundanas», las gentes prescinden de toda ropa y... prescinden, también, de la clásica caseta. Ahora, cruzan las calles en el mismo traje con que penetran en el mar

go parecido: para hacer el cálculo sería necesario considerarla ya definitivamente estabilizada, y esa estabilización es aún más difícil que la monetaria. La Tierra cambia constantemente de configuración y, por consecuencia, de extensión: las montañas se truecan en abismos; en los mares surgen ó desaparecen islas; todo es inevitable, y no hay modo de fundar sobre esa inestabilidad ningún cálculo sólido y definitivo.

Pero, además, el hombre ha encontrado—ya hace días!—la fórmula para multiplicar el terreno de que puede disponer: aun hay rutinarios que proclaman la fórmula de «cada hombre una casa»; pero los caseros, que opinan, naturalmente, de otro modo, en vez de desarrollar sus construcciones en sentido horizontal, las desarrollan en sentido vertical: una casa de un piso tiene, por ejemplo, 10 metros cuadrados; es decir, el terreno que corresponde á 10 hombres, según el sapientísimo cálculo; una casa de 25 pisos, construída sobre el mismo solar, tiene 250 metros cuadrados; sin aumentar la superficie terrestre, se puede, pues, multiplicar, poco menos que indefinidamente, la superficie de que cada ciudadano puede disponer. Esa superficie no es de tierra laborable; pero con menos del metro cuadrado podría cada hombre tener su higuero diario: las higueras pueden ser cultivadas en macetas.

Las modas modernas demuestran que hubiera sido ridículo temer el agotamiento de los textiles. Un traje cortito y escotadito, desbarata todos los cálculos y con perspectivas más agradables que las elucubraciones de los sabios.

## CUENTOS DE «LA ESFERA»

## UNA AVENTURIA EN EL TREN



Frente al mar en el que misteriosamente velaba una luna grande, redonda...

De cuantos formábamos la *peña del café* Regium, Rafael Adsuar era el más alegre y optimista. Tenía un contentamiento á las veces insultante, amplio, que parecía rebozarle alma adentro impetuosamente.

Era uno de esos hombres atléticos, de simpática infantilidad y extrañamente dóciles y buenos; uno de los pocos seres en los que uno confía siempre y de pronto y del que jamás recela ni el más desconfiado ni el más tímido. Sin hablar, con la mirada sólo, invitaba á uno á toda confianza y á toda confidencia.

No recuerdo haberle oído nunca una queja ni una lamentación ni un duro apóstrofe. Es más: cuando en la tertulia suscitábase alguna conversación que pudiera ser enojosa para alguien ó surgía un diálogo un poco fuerte, sus graciosas y oportunas interrupciones tronaban toda plática, que, insensiblemente, cambiaba de tema y de tono, hábilmente encauzada por él.

Paco Rendueles, que entre otras muchas manías tenía la de poner motes á todos, dió en llamar á Rafael por esto «el poder moderador».

Su misma parla graciosa, jocunda, un poco viva y cordial siempre, se traslucía de sus cartas. Unas cartas extensas escritas con ancha letra clara, en cortos renglones, entre amplios y generosos espacios y grandes márgenes de papel, con que nos regalaba en sus largos viajes por España, «para no perder contacto», como él decía.

Cuando por necesidades de su carrera tenía que ausentarse de Madrid, que era con frecuencia, nos escribió siempre. Enviaba las cartas indistintamente á uno cualquiera ó al café. Y todas empezaban así: «Queridos todos, amigos.» Y luego, sus impresiones, certeras y agudas, colmadas de observaciones felices, de juicios evidentes, de sagacidades insospechadas.

Yo le decía muchas veces que escribiera para periódicos ó revistas porque tenía indudables condiciones de escritor y cultura; pero él sonreía siempre; y ya, al mucho insistir mío ó de cualquiera, nos prometía hacerlo á la primera vez que le ocurriera algo sensacional ó que viese co-

sas realmente originales. «A mí, que no me ha pasado nunca nada, alguna vez me pasará algo... Y entonces haré un libro ó una novela»—decía bromeando.

Realmente, para Adsuar, la vida era una cosa muy amable, muy divertida, y la placeaba con regustada fruición. Nunca llegó á inquietarle ni á preocuparle nada. «Yo no sé qué es eso de estar intranquilo», nos confesaba una vez. Y debía ser verdad. Porque en diez ó doce años que sin interrupción veníamos reuniéndonos en la hora de atardecer y después de la cena en el café, no se le vió nunca triste, ni pensativo, ni mudaba su sana color morena, ni cansados sus ojos grandes, pardos, de vivacidad continua, ni le sorprendimos nunca un gesto de hastío, ni un ademán de cansancio.

—«Eres un profesor de energía», que decía Rubén—le dije yo muchas veces.

Y él sonreía satisfecho, con honda ufanía saludable que no tenía empaque, engreimiento ni presunción.

—¡He nacido así! ¿Qué le voy á hacer?—solía exclamar.

Hasta que un día...

•••••

Se despidió de nosotros como tantas veces y nos prometió, como siempre, el escribirnos. Pero no lo hizo.

Su silencio, interpretado como posible consecuencia de una enfermedad suya, nos intranquilizó algo, y pedimos noticias á su casa. Fuí yo

precisamente, e n nombre mío y de los amigos, á saber de él. Me recibió su mujer. Una muchachita delgada, vivaz, elegantísima. Tenía una nariz aguileña y un mentón pronunciadísimo: un perfil judaico. Una frente demasiado ancha y demasiado pálida. Unas cejas grandes, juntas, ásperas. Y unos ojos negrísimo, de mirar extraño; las pupilas parecían tener insospechadas profundidades y un brillo mortecino y remoto que inquietaba.

Los cabellos, alborotados, crespos, un poco enmarañados, caían graciosamente sobre la

frente y detrás de las orejas de rosados lóbulos, de las que pendían sendos aretes de oro grandes y finos. Acaso sin proponérselo, sus actitudes y gestos tenían cierta apariencia de animalejo inédito. Su silueta, su aspecto, eran terriblemente interesantes.

Me recibió con educada cortesía, pero fríamente. Cuando le expliqué la razón de mi visita, sonrió de un modo enigmático, desconcertante para mí, y exclamó:

—¡Oh! No se apuren ustedes. Está perfectamente bien. En estos momentos se divierte enormemente...

Esperamos entonces unos días á ver si llegaban noticias de él; pero no se recibió ni una simple tarjeta postal suya. A los dos meses de mi visita, al anochecido, un día se presentó en el café. Venía visiblemente cambiado. Su alegría habitual había desaparecido. Su locuacidad, extinguida, habíase trastrocado en un raro hermetismo insospechado.

Era otro hombre. Un hombre colmado de recelos, de pesimismo, de amplias desconfianzas. Le preguntamos todos y en diferentes ocasiones; pero para todos tuvo un idéntico hermetismo y ciertas repetidas evasivas.

Pasó de esto algún tiempo, y un anochecido, al despedirnos como siempre para ir cada uno á cenar á su casa, Adsuar me cogió del brazo y salimos del café juntos. Recuerdo que era una noche de otoño, templada y colmada de animación en las calles, donde grandes charcos de luz salpicaban reflejos y rompían sombras.

Estaba un poco nervioso. Me apretó casi hasta hacerme daño el brazo y me preguntó:

—¿Tienes prisa?... ¿Quieres oírme?...

Confieso que tenía prisa y apetito. Pero también tenía una gran curiosidad por oírle. Adivinaba una amplia confesión que me explicara su cambio radical de idiosincrasia...

—Estoy á tu disposición, Rafael. Manda en mí como en ti mismo.

Me apretó aún más el brazo y anduvimos en silencio un buen trecho. Yo no quería romper su hermetismo en el que probablemente ordenara recuerdos y recordara gestos y actitudes.

Insensiblemente le seguía sin percatarme de adónde íbamos. El caminaba distraídamente, sin rumbo. Así dimos en una calleja solitaria, estrecha, torcida y en cuesta. Una de esas calles por la de Segovia, íntegras en su anacrónica vetustez, que parecen retener el espíritu remoto de unos cuantos siglos idos...

Todo era silencio en torno nuestro. Un viejo farol desleía pobremente su débil luz en anchas tinieblas propicias á todo. Me detuve de pronto y miré en mi redor, más por curiosidad que por recelo.

Adsuar entonces, como quien recobra la normalidad y el sosiego, tras terrible pesadilla, me volvió á preguntar de pronto:

—Oye. ¿Tú crees en la transmigración de las almas? ¿En espiritismos? ¿Crees en el desdoblamiento de la personalidad?

—Creo—dije simplemente.

—Pues te voy á contar lo que me ha ocurrido en mi último viaje.

Hizo una pausa breve y reanudó en seguida el diálogo.

—Como sabes, yo estoy casado. Me uní á mi mujer convencido de mi amor. La adoro y la adoraba. Es decir. Nos adorábamos. Mi mujer no es de esas mujeres que obligan al marido á tener que soportar el matrimonio, sino la verdadera, leal compañera, auténtico amigo y confidente... Además, es muy inteligente y á mi lado logró aprender muchas cosas de ingeniería... ¡Ya lo creo! A las veces sabía más que muchos sobeestantes y ayudantes...

Marcó un silencio breve y reanudó así la charla:

—Yo la llevaba en muchos de mis viajes. En este último no podía. Se trataba de hacer el replanteo del ferrocarril á Soto de Val Mojado y teníamos que acampar en pleno monte y tirar nos unas cuantas leguas por terreno abrupto, á caballo, después de muchas horas de tren. Prácticamente era imposible y molesto para ella el viaje. Como siempre, me acompañó hasta la estación. Cogí uno de esos departamento pequeños, de tres asientos, y acomodé mis maletas. Subió al tren ella conmigo y estuvimos largo tiempo los dos solos. Tanto, que por poco nos arranca el tren con ella. «No sé qué me pasa, que no quisiera dejarte por nada solo. Tengo unas ansias locas de ir contigo—me decía—, que no las puedo contener...» «Me da miedo este viaje... ¿Quién pudiera ir contigo!»—exclamó una y otra vez... «Si pudiera ir en espíritu!»

Me lo había dicho con un ansia, con un ímpetu apasionadísimo. Yo la daba las razones por las que era imposible realizar su deseo. Y en esto, la salida. Se bajó del tren precipitadamente, dejándome solo. El convoy partió con lenta marcha y yo en la ventanilla la dije adiós hasta perder de vista la estación con su muchedumbre apiñada, agitando pañuelos y sombreros, con los brazos en alto. Entonces me volví hacia el asiento. Al volverme di un grito sin poderlo remediar. Una mujer estaba sentada tranquilamente en mi asiento. ¿Cómo y cuándo entró? No lo sé. Hasta el último instante estuvimos mi mujer y yo solos en el departamento. No la vimos entrar. ¡Y allí estaba!

Hizo otra pausa, menos breve.

Se detuvo unos instantes. Luego, Adsuar se quitó el sombrero y se pasó una mano por la frente. Al fin reanudó la conversación.

—Aquella mujer me miró sonriendo y exclamó: «¿Qué le sucede? ¿Por qué esa cara de asombro?» Tardé no poco en contestar, y me creí en la obligación de esconder mi estupor bajo una galantería: «Me sorprende, me asombra su belleza...» Rió ella otra vez, de más y mejor gana, y me dió las gracias. Me senté junto á ella sin saber por qué, y abrimos un ancho silencio...

Pasaron dos, cuatro, cinco estaciones. No sé. Y entonces ella me habló: «¿Me da esos polvos que toma usted para el estómago? Me duele á mí también un poco...» Esto me sorprendió más. ¿Por qué diablos sabía aquella mujer que yo tomaba después de las comidas unos polvos para el estómago, si no habíamos hablado ni una palabra, ni mi mujer en la estación me había hecho sobre tal particular advertencia alguna? El caso es que me incorporé, cogí la maleta y sin decir palabra empecé á buscar el paquete. «Ahí no lo encontrará usted—me dijo la desconocida—. Busque en el maletín de mano. A la izquierda. Debajo de la muda que lleva...» Entonces no pude contenerme y la pregunté desconfiadamente:

—¿Es usted amiga de mi mujer? ¿Estaba usted en casa cuando Raquel me preparó el equipaje?

La intrusa sonrió.

—No, señor—me dijo al cabo.

Yo, naturalmente, no lo creí. Pero al mismo tiempo, pensando bien y examinándola, no la recordaba de nada. Las amigas de mi mujer eran todas conocidas de mí. ¿Quién era, pues, aquella mujer que sabía tan nimios pero exactos detalles, sin conocerla yo, sin haberla visto nunca?

Pasé al coche restaurant para cenar. Tras mí, mi desconocida compañera. Otra sorpresa me esperaba. Ella cogió la botella de vino, me dió un vaso y el resto lo llenó de agua. ¡Lo que día á día hacía mi mujer!

En fin, renuncié á seguir contándote detalles. Los cuidados, los mimos, las atenciones todas de mi mujer, algunas pueriles, otras tontas, otras ineficaces, aquella mujer las tenía conmigo. Exactamente.

—Es curioso...—exclamé.

—Lo curioso es que sabía mi vida toda entera. Os conocía á vosotros y me llamaba por mi nombre con extraña familiaridad y confianza...

—Bueno. ¿Y al término del viaje, qué?

—¡Ah! Se vino al hotel conmigo. Como una cosa lógica, convenida, natural.

—Bueno... Pero... en el viaje...—pregunté yo maliciosamente.

—Nada. No habíamos dicho nada. Yo no sabía ni adónde iba, ni siquiera cómo se llamaba.

—¿Y entonces?

—Llegamos al hotel, y con graciosa desenvoltura pidió ella una habitación para «un matrimonio». Ella subió delante, el mozo detrás y yo tras ellos. Todo sin picardía, sin un previo acuerdo, sin querer yo y sintiéndome arrastrado en pos de ella, que era lo más extraordinario.

Llegamos á la habitación, se despojó de sus ropas y se quedó desnuda impudicamente.

—¿Qué? ¿Ya no te gusto?—me dijo riendo alegremente, incitadoramente, rebosando sensualidad y picardía.

—¿Cómo ya?... ¡Si no la he visto á usted nunca! ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama? ¿Por qué me ha metido en este lío? Soy un hombre formal, soy...

No sabía ya lo que decía, ni lo que era, ni quién era yo mismo. Ella seguía ofreciéndoseme y riendo. Riendo de un modo nuevo en mis oídos. Gratamente, seductoramente...

En fin, te diré que estuvimos juntos en el hotel dos semanas. Que fui tres días al campo y me volví con mis planos al hotel, llamado, empujado no sé por qué ni por quién. En el hotel estaba ella esperándome. Estuvimos tres meses juntos. Sólo salíamos á última hora de la tarde y por la noche, frente al mar, en el que misteriosamente velaba una luna grande, redonda, que nos bañaba de su luz lechosa y nos sumía en amplios éxtasis.

—¿Y cómo acabó?—pregunté entonces.

—Mal.

—¿Se enteró tu mujer?

—Verás... Terminado el estudio de los planos; hechas unas concesiones y unos cálculos impresionables, dispuse de un día acabar la aventura tan extraña y volverme á Madrid. Se lo dije á ella y no se inmutó. Hasta le pareció bien. Hice la maleta y me fui á la estación. Nada me dió de acompañarme. Pero fui otra vez de nuevo sorprendido cuando, imaginándomela en el andén, la encontré á mi lado en el departamento, ya el tren en marcha. Me resigné. Empecé á temer por cuantas complicaciones y disgustos aquello podía traerme. Temí por mi mujer; tuve asco de mí, de mi flaqueza estúpida, de mi sumisión para aquella mujer extraña y dominadora que me había seducido; así, seducido; no te rías..., de un modo inaudito. Empecé á sentirme molesto á su lado y á decirle cosas desagradables; cuanto más la decía, más se reía... Hablamos luego de muchas cosas y hasta hicimos infinidad de proyectos, que yo sabía no había de cumplir. Y no te canso más. Llegamos á la estación. Al entrar en el andén yo asomé la cabeza buscando á mi mujer. Detrás de mí, la otra. La sentía cómo me oprimía el cuerpo, cómo se echaba sobre mí. Divisé á mi mujer. La grité alborozado. Mi mujer me miró tristemente, dolorosamente, como nunca me había mirado. Corrió tras el coche, y al apearme reparé en que iba de negro.

—¿Quién ha muerto?—pregunté.

—Nuestro amor—me respondió.

—Pero, ¿qué dices?—inquirí.

Y, chico, me contó todo lo sucedido, toda mi aventura, con todos, absolutamente con todos los pormenores. ¡Hasta la conversación que la otra y yo trajimos en el tren, ya de regreso! ¡Hasta las últimas palabras que la otra me dijo al exclamar yo: «¡Ahí está mi mujer!...» ¿Verdad que todo esto es muy extraño?

—Sí. Es muy extraño...

E. ESTEVEZ-ORTEGA

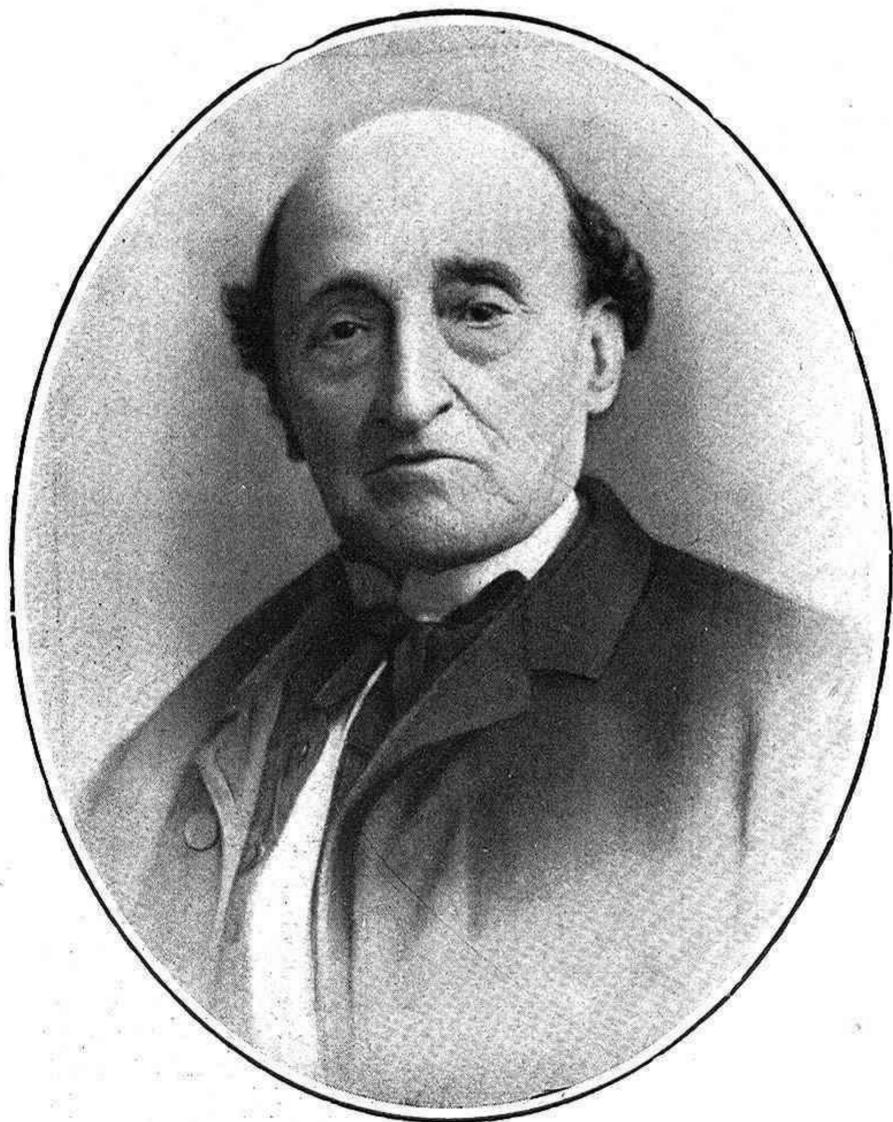
(Dibujos de Quesada Hoyos)



Hice la maleta y me fui á la estación

PATOLOGIA TEATRAL

UN BUEN CAMINO Y UN BUEN REMEDIO



DON JOSE VALERO

Que pudo ser fundador del Teatro Nacional, y defendió su vejez haciendo funciones dobles en teatros populares



DON ANTONIO VICO

Que también buscó en el teatro popular, y en el gran repertorio, el pan de sus últimos años de luchador

No es mal principio! Dos Compañías de buena traza: la que comenzó á actuar en Es-lava y la propietaria del Reina Victoria, han inaugurado sus campañas teatrales con obras de repertorio: *Cuento de amor*, de Benavente, y *Casa de muñecas*, de Ibsen.

Para sentirse completamente optimista ante ese hecho, basta con aceptarle no como acontecimiento aislado, circunstancial y sin trascendencia, sino como programa. Así es justo hacerlo, además, después de leer las acertadas palabras de Sassone, que publicó LA ESFERA hace

ocho días, y que reflejan un «estado de opinión». Concuerdan con opiniones mías, no de ahora, cuando el mal está enormemente agravado por la cronicidad, sino de mucho antes, cuando se iniciaba y hubiese sido fácil de curar. Son juicios lógicos que no hacen sino descubrir en la



Una escena de «Cuento de amor», comedia de Benavente inspirada en Shakespeare

vida artística una ley biológica natural; las obras, como los seres rápida y copiosamente gastados, tienen vida efímera.

No es sólo, efectivamente, el afán estrenista el que determina la rapidez con que las obras rápidamente producidas se agotan rápidamente. Cuando, por casualidad, entre ellas surge alguna de mayor fuerza, si no real, por lo menos relativa, y adecuada á los gustos del público, se sostiene y perdura; pero ese caso es absolutamente excepcional; las obras sucumben por débiles y, además, porque, como apunta muy oportunamente Sassone, obligan á los actores á ser débiles también.

Quizás, efectivamente, no es todo pereza en la repetición constante de los mismos gestos y de las mismas actitudes en la obra de nuestros cómicos eminentes; las Empresas y los autores, apresurándose, no les dan tiempo para bucear en los papeles nuevos, y han de atenerse á lo más externo de ellos. No suelen tener esos papeles mucho que desentrañar, es evidente; pero si aun eso poco queda desconocido, la monotonía que, con falaces apariencias de novedad nos agobia, es también perfectamente natural.

Sassone, que piensa así, no parece muy dis-

puesto á estrenar. Ricardo Calvo declaró también que tiene obras nuevas; pero no piensa estrenarlas, y á poco que ese ejemplo fuese seguido, sería posible una selección cuidadosa de las obras por las Empresas y, consecuentemente, una selección de su labor por los autores mismos.

Con la primera bastaría para alejar del teatro á muchos excelentes padres de familia, probos funcionarios, inteligentes industriales y posibles agrónomos, tal vez, á quienes Dios no llama por el camino del teatro, que ni aun siendo llamados, serían los elegidos y se empeñan en seguir hollándole.

Estoy seguro de que todos mis lectores repiten ahora en su imaginación nombres muy conocidos de autores personalmente tan simpáticos y con tantas amistades teatrales que anualmente hemos de soportar sus obras, aunque de antemano, desde el día mismo de su lectura, sepan actores y empresarios que hacerlas resultará no una tarea inútil, sino un trabajo perjudicial, puesto que en él se dilapidará esfuerzo y dinero.

¿Por qué ocurre eso? Probablemente no faltará quien culpe á la crítica, pero injustamente; aquí, por múltiples razones de que ya he hablado muy insistentemente, la crítica no tiene la menor eficacia. Ni puede influir en los gustos del público, ni menos en la orientación de los autores, que suponen siempre el menor juicio adverso, fruto de una inquina personal.

—Pero, ¿qué has hecho á Fulano para que te trate tan mal?—suelen decirles sus amigos cuando por casualidad una crítica no es completamente encomiástica, y ellos no pueden responder, como sería justo:

—«Le he hecho... esa comedia»—porque entre los comediógrafos el narcisismo es un vicio fundamental.

No obstante él, podríamos confiar en que los autores depurarían su obra antes de ofrecerla á la luz pública; tendrían que seguir forzosamente el consejo que les mandó hace muchos lustros, inútilmente, tener sus obras guardadas durante algunos meses y leerlas después, antes de publicarlas. Actualmente hay autores que rehacen sus obras durante los ensayos, porque ni siquiera tuvieron tiempo de leerlas cuando, fragmentariamente muchas veces, las fueron enviando á la copistería. Vistas á mayor distancia, con perspectiva diferente, aún les parecerían más necesitadas de corrección, y tal vez alguna incorregible.

•••••

Pero Sassone y Ricardo Calvo ven para esos males un remedio: el Teatro Nacional, que «por fuerza—dice el director de Eslava—había de ser el regulador y el que marcara un camino á todos, principalmente al público, que seguiría los derroteros señalados por las grandes obras nacionales y extranjeras».

Pero... (hay un pero) Sassone añade: «Hasta ahora, todo lo que se ha pensado respecto á este tema es vicioso.» Y Calvo dijo, cuando *Julio Romano* le preguntó:

—¿Qué opina usted del Teatro Nacional?

—Que es una necesidad su formación, y que sería facilísimo..., siempre que no hablaran los periódicos de este asunto.»

¡Pobres periódicos! Ciertamente hablando del Teatro Nacional han expuesto opiniones muy diversas, fruto natural de conceptos muy distintos; pero sólo discutiendo esos conceptos diversos, convenciendo á los equivocados y alentando á los acertadores, podría llegarse á un acuerdo que facilitara la creación.

Por de pronto, Sassone y Calvo coinciden ya en un concepto que, á mi juicio, es el exacto; es precisamente el mismo que hace veinte años sostuve en *Nuevo Mundo*, después de estudiar el tema «sobre el vivo», analizando directamente, y á través de las Memorias de sus grandes figuras y de las opiniones, que dos revolucionarios, Antoine y Luque Poe, me expusieron en la *Comédie française*. El Teatro Nacional no puede ser un teatro de ensayo, sino un teatro eminentemente conservador. Como un museo viviente de arte escénico, semejante en su función á las grandes pinacotecas.

Pero no hablemos ahora de ese asunto para que Ricardo Calvo no nos lo tome á mal. Pien-

so, además, como el actor, que la creación del Teatro Nacional sería cosa fácil. Calvo dice valientemente: —«¿No lo hago vivir yo solo? Con que me dieran á mí nada más que *el dedo meñique*, me bastaba.»

María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza pudieron decir lo mismo hace algunos años. Antes, al mismo tiempo ó después que ellos pudieron decirlo Valero, Vico, el mismo Miguel Muñoz, cuando paseaban por el mundo la bandera del gran teatro español.

Y no cito á Valero, Vico y Muñoz por un sólo motivo; los tres, haciendo tal vez de necesidad virtud, pero acertando, á mi juicio, señalaron otra característica del Teatro Nacional con sus campañas populares; aquellas temporadas con funciones dobles en que hacían seis ó siete actos con dos tonos diversos en una misma noche.

Por cierto que un actor se quejaba estos días de que la duplicidad de funciones—tarde y noche—era imposible de resistir.

¡Tristes vejez las de Valero, Vico y Muñoz, que requerían de ellos mayor resistencia aún!

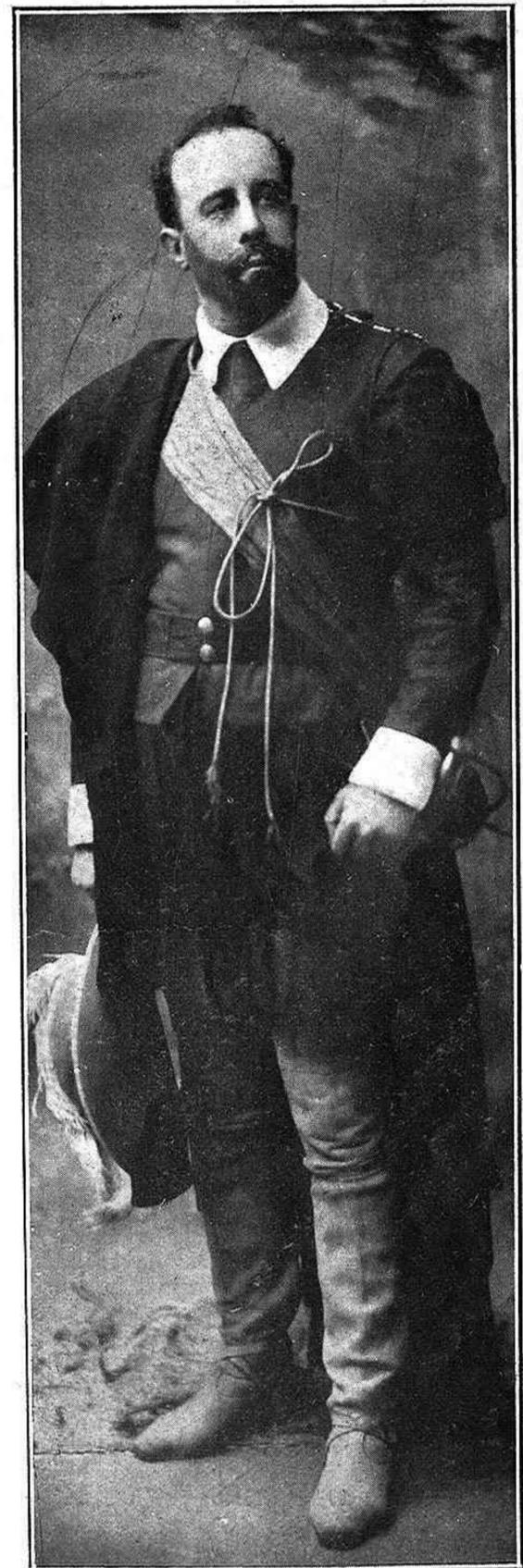
Pero ese de las funciones vespertinas es otro tema interesante.

ALEJANDRO MIQUIS



JOSEFINA DIAZ

Que ha interpretado muy acertadamente la protagonista de «Casa de muñecas»



MIGUEL MUÑOZ

Que durante algunos años representó en los teatros de América, y luego en España, el gran repertorio clásico y romántico



## A U N C I P R É S

*En tu callada soledad meditas  
como el pino de Heine.*

*Tú quisieras  
que el amor te abrasara; tú ya sabes  
que es el amor la única quimera  
que sustenta y fecunda nuestra vida;  
piensas en el amor; pero en tus yertas  
ramas sin fruto, sin rumor ni aroma,  
la roja savia del amor no alienta.*

*En tu callada soledad meditas  
como el pino de Heine.*

*Triste, sueñas  
con un claro vergel inmarcesible,  
todo lleno de sol y de palmeras.*

*¡Las palmeras y el sol! Ardientes símbolos  
de una pasión fragante.*

*Sí; eso añoras,  
solitario, silente y pensativo;  
pero no puede ser; tú eres la sombra  
de la muerte; por eso, pobre árbol,  
remembrando al amor, sufres y lloras.*

*Tu misión es soñar.*

*Tú, siendo estéril,  
apetecés la vida; tú, en las noches  
vagas y misteriosas en que el disco  
de la luna te cubre de fulgores  
plateados, te crees un blanco almendro  
—¡oh, la flauta de Pan, á cuyos sonos  
hasta la misma muerte es generosa!—  
que el amor, al pasar, llenó de flores.*

*Fernando LÓPEZ MARTÍN*

(Fot. de Mendoza Ussia)

# LAS CIUDADES BELLAS

## VENECIA Y AMSTERDAM



La Basílica de San Marcos, en Venecia (siglos X al XV). Maravilloso templo bizantino que llena uno de los frentes de la magnífica Plaza de su nombre

### I. - Venecia

NADA más socorrido ni, generalmente, más contrario a la verdad que los tópicos literarios y, sobre todo, que los tópicos periodísticos. Corren como axiomas, aunque sólo sean caprichos de la fantasía ó errores lamentables de interpretación, y se aferran á los espíritus con fuerza muy difícil de destruir.

Uno de ellos, muy repetido durante los últimos meses, porque ha sido necesario hablar todos los días de Amsterdam, es el que consiste en llamar á la ciudad de Holanda «la Venecia del

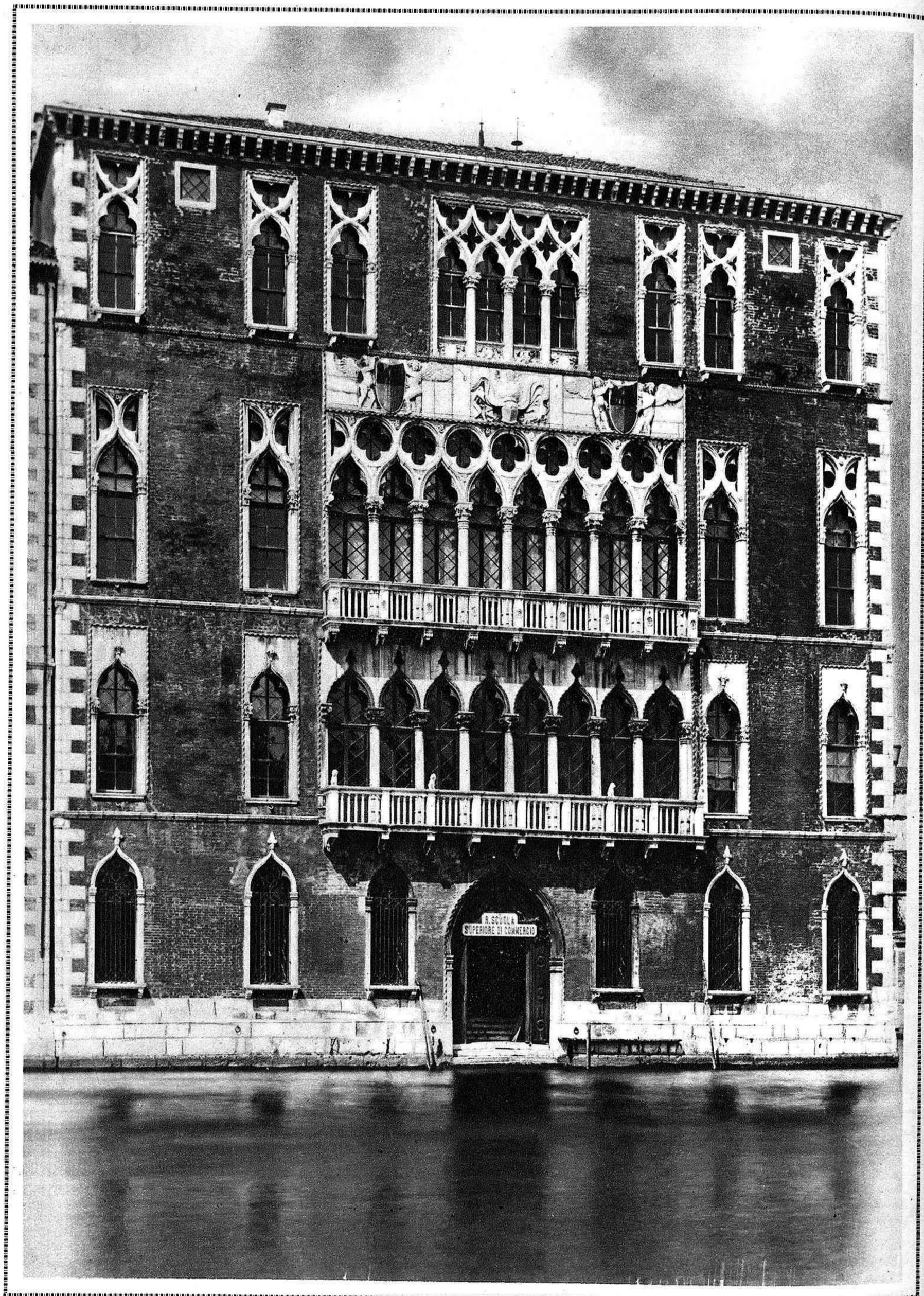
Norte», sin duda porque en una y otra ciudad, como en muchas más, holandesas también, hay canales.

Evidentemente, es una semejanza; pero sobre ella dominan tantas diferencias, que vale la pena de retirar de la circulación la manoseada frase y buscar para Amsterdam otro sobrenombre más apropiado.

Más que una descripción minuciosa, detallada y comparativa de ambas ciudades, puede servir, de seguro, para destruir el cliché, la comparación de imágenes de una y otra urbe. Aun sin poblirlas de personajes coevos de sus construcciones,

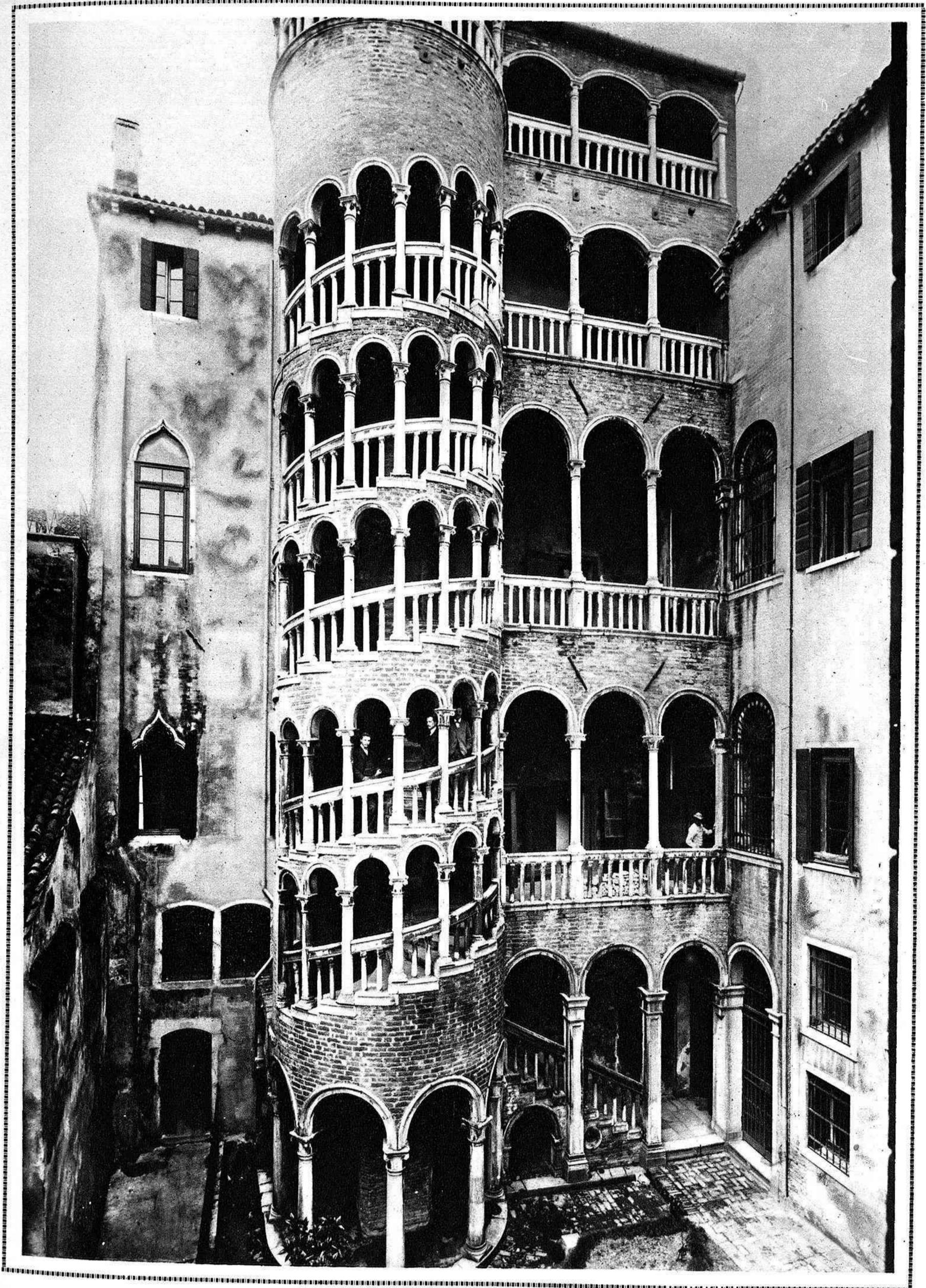
tan diferentes también, resultan suficientemente distintas para que los canales puedan ser tenidos por un detalle sin importancia. Venecia es Venecia y Amsterdam, Amsterdam, dos ciudades con vidas muy intensas, pero con modalidades, dentro de esa intensidad, muy diferentes.

Taine compara el arte de los pintores venecianos con el de Rembrandt; los encuentra admirables en igual grado, un poco menos que el de Miguel Angel y el de Rubens; pero esencialmente diversos, siendo el primero «la belleza de la voluptuosidad y de la dicha», y el segundo «el sentimiento trágico de la verdad, la intensidad do-



## *Las ciudades bellas*

Palacio Foscari, en el Canal grande de Venecia (siglo XIV) Uno de los edificios más característicos de la Venecia histórica, es actualmente Escuela de Comercio



*Las ciudades bellas*

La escalera del Palacio Bobolo, en Venecia (siglo XV).  
Bellísima muestra de la arquitectura veneciana



*Las ciudades bellas*



El puente de Rialto, sobre el Canal grande de Venecia

El Canal grande es como el gran boulevard de Venecia: la arteria principal por la que cruza toda la vida de la ciudad



El Palacio Pissaro, en el Canal grande de Venecia. Otro interesantísimo recuerdo de la Venecia trágica



Detalle de uno de los «ríos» venecianos

lorosa, la pintura audaz del fango y de la figura humana, la poesía de la turbada luz septentrional».

Esas esencias diferentes de ambas pinturas no son, si á Taine nos acogemos, sino «representaciones abreviadas de los sentimientos públicos, de las pasiones dominantes en el tiempo y en el país en que nacieron». Recordándolas se concibe bien que con canales ó sin ellos, Amsterdam no sea Venecia. Frutos de fuerzas naturales muy diferentes, como las pinturas que pueden simbolizarlas, y antes que ellas han de ser esencialmente distintas también.

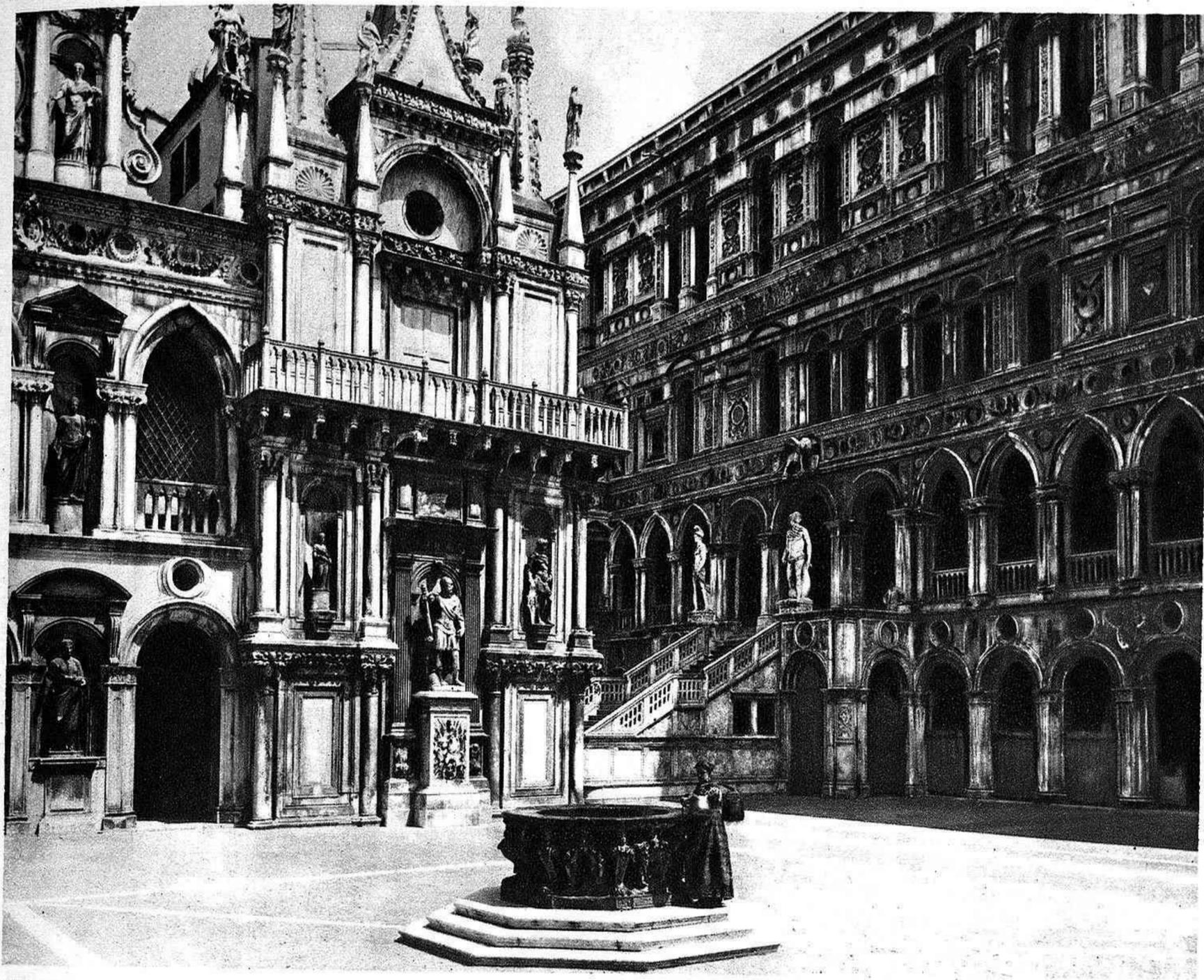
La luminosidad de Ticiano, de Carpaccio, de Tintoretto y de Veronés, son tan naturalmente hijas del Adriático, como lo son las sombras recias y los contrastes rudos de los pintores septentrionales de los mares nórdicos. Esas son también las diferencias entre las dos Venecias del lugar común.

San Marcos, el Gran Canal, el palacio de los Dux, el palacio Foscari, los admirables monumentos que ilustran estas páginas, no tienen semejantes en Amsterdam, y nuestros lectores podrán verlo cuando en número próximo reproduzcamos lo más notable de la ciudad holandesa, buscándolo preferentemente en la ciudad vieja, y no en la nueva, menos fiel, ciertamente, á la tradición. Amsterdam es una ciudad tan pura y bellamente nórdica, como Venecia una ciudad meridional; son por eso fundamentalmente distintas, y sólo una apreciación demasiado superficial ha podido unirles en una frase hecha.

El Gran Canal de Venecia, bordeado por palacios históricos que unen á su belleza sus tradiciones y sus leyendas, que hacen al viajero que los contempla revivir imaginativamente una



Otro detalle de los «ríos» de Venecia



Detalle del Palacio ducal de Venecia, con la escalera de Hércules

vida de una intensidad sin segundo, no tiene rival ni puede ser fácilmente parangonado con paraje alguno en que se desarrolle una vida actual tan agitada y llena de animación.

Al pie de los palacios más vistosos, construcciones portentosas del XIII y del XIV, anidan los cafés y las trattorias modernas, y en el canal mismo, junto a las tradicionales góndolas negras, que tan extraña impresión producen al viajero al verlas alineadas, como ómnibus y coches de servicio público, frente a la escalinata de la estación, surcan las aguas las barcas tranvías y las gasolineras rapidísimas, que alteran excesivamente la tranquilidad de las aguas, sacándolas del ensueño que secularmente conservaron sus embarcaciones habituales.

El palacio Pessaro, el palacio Foscarini, el Bobolo, el que habitó Wagner, el que fué residencia de D. Carlos de Borbón, el pretendiente a la Corona de España..., tantos y tantos otros, dan a la vía acuática su carácter único.

La plaza de San Marcos, con la portentosa basílica en el fondo y el detonante campanil a la izquierda, dejando ver apenas el palacio, es también un espectáculo que raya en el prodigio, y al que añaden su nota moderna de color las



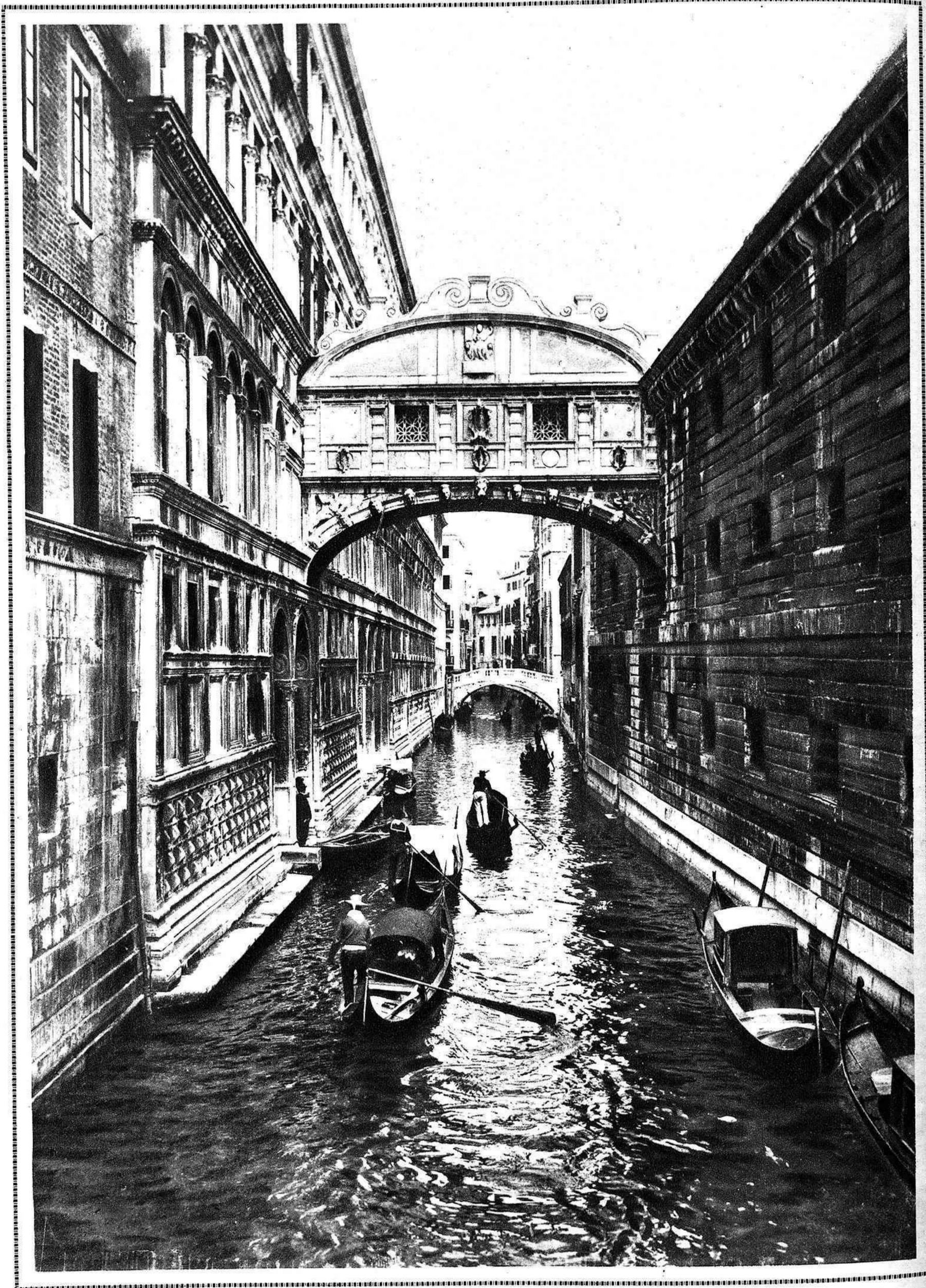
La Plaza de San Marcos y el Palacio ducal, vistos desde el mar

palomas, los vendedores de grano para alimentarlas y los fotógrafos, á cuya voz parecen obedecer; hay en la ciudad del Adriático un hotel que tiene su entrada principal por uno de los «ríos», como allí llaman á los canalillos que surcan la ciudad; pero tiene otra sobre un estrecho pasadizo, siempre en sombras, y á cuyo final hay una cortina rústica. Al alzarla aparece ante el viajero, como en mutación escénica de una magia muy artística, aquel admirable espectáculo, tanto más bello cuanto más hiere el sol las cúpulas de la basílica...

Detrás de ella, donde el agua dejó algún espacio, plazas, ó mejor plazoletas, que unen callejas estrechas, más llenas aún de trattorias que de misterio; y en plazas y calles, la airosa silueta de las menestras de Venecia, que no han dejado nunca de lucir el mantoncillo de crespón negro, resucitado hace algunos meses por las muchachas madrileñas... Nada que semeje á Amsterdam, con sus Cafés siempre en sombra, para espiar, sin ser visto, á los que pasan.

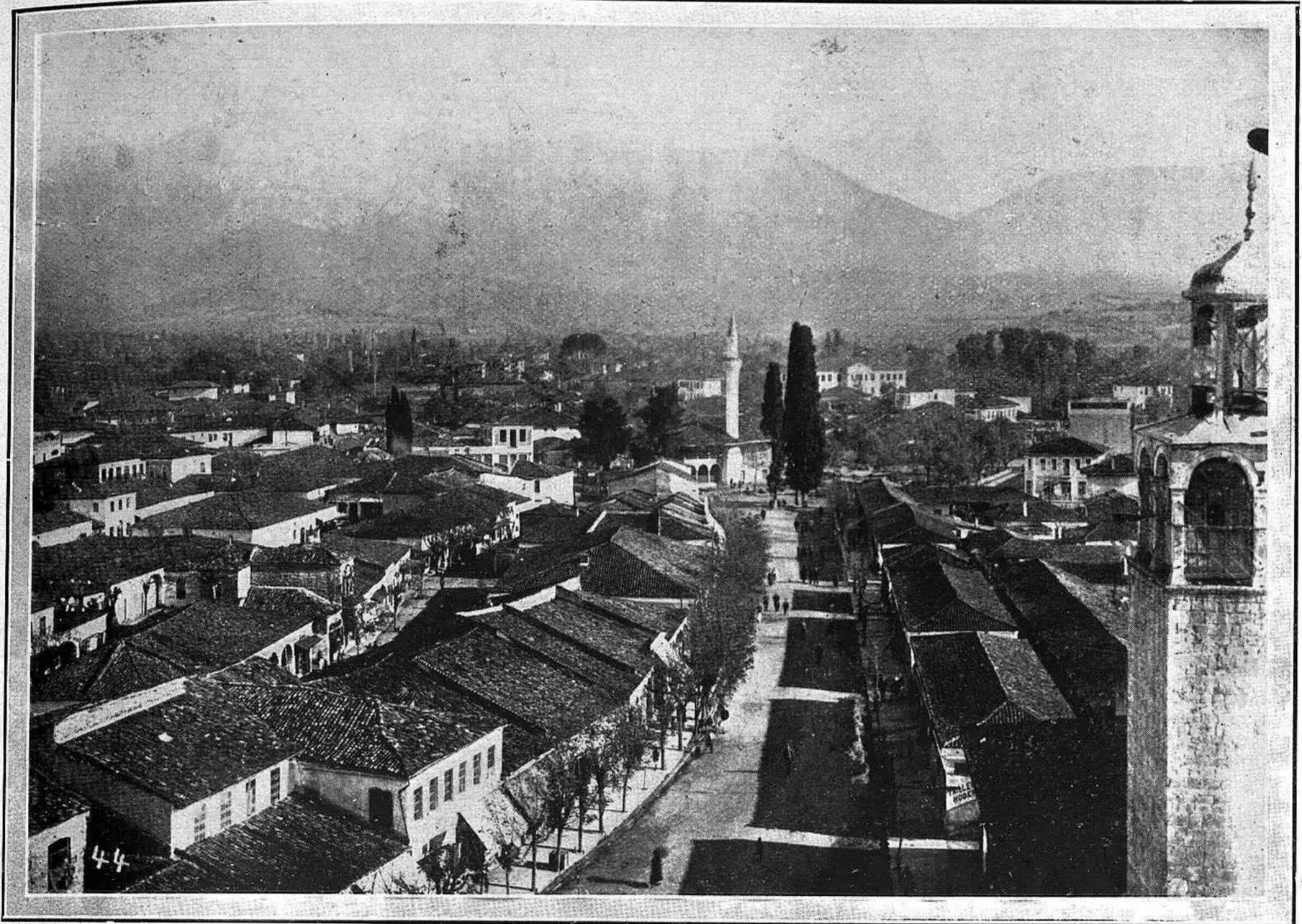
No intentemos una descripción de Venecia, tan prodigada en libros muy corrientes; no los superaríamos ni lograríamos hacerla más evocadora que las imágenes reproductoras de sus pasajes bellísimos.

D. T.



## *Las ciudades bellas*

El puente de los Suspiros, que une, en Venecia, el Palacio ducal con las prisiones. Perdurable recuerdo de los tiempos trágicos de la más intensa vida veneciana



Vista general de Tirana, la capital de Albania, donde ha sido proclamado

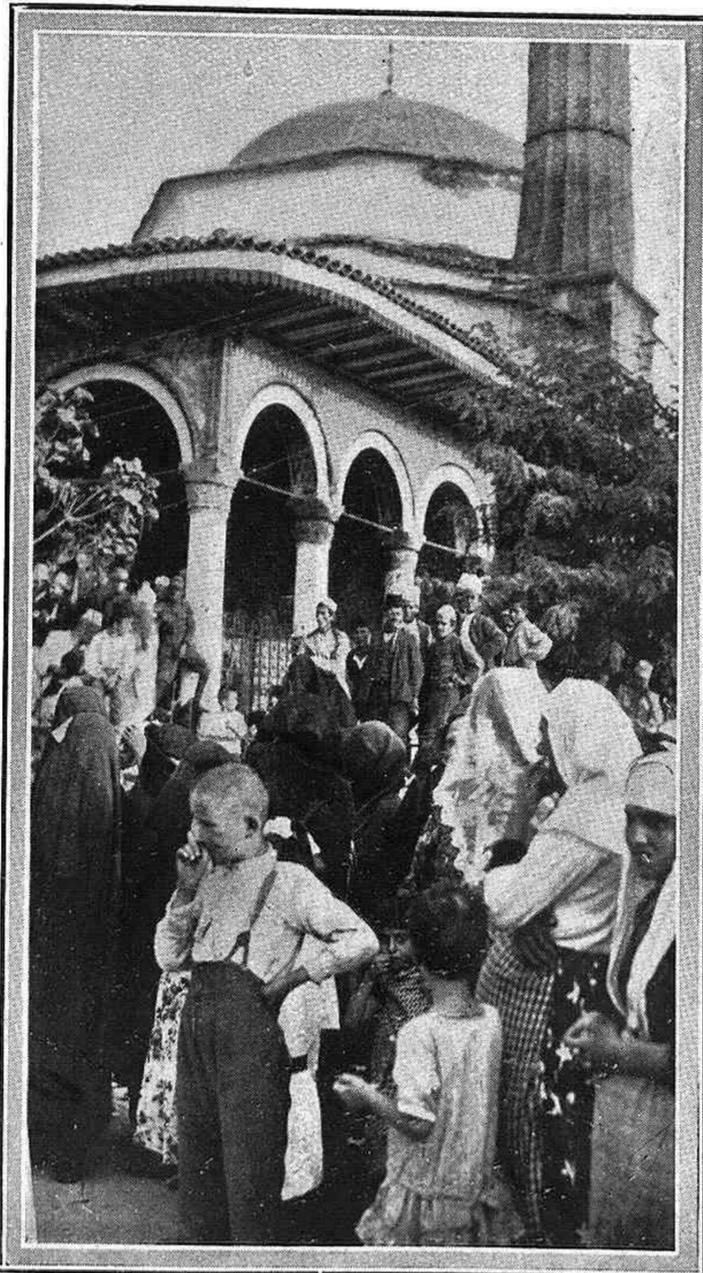
## Cómo se transforma un pueblo europeo

No en vano cambia un país de régimen político; la transformación de Albania en Monarquía ha hecho que se dirijan á aquel pueblo las miradas de los menos curiosos.

¿Cómo será Albania? ¿Cuál será la traza de sus ciudades y de sus edificios? ¿Cuál será la característica de sus usos y costumbres? ¿A qué tipo corresponderá su indumentaria?

Encabezamos esta información con una vista general de Tirana, la capital de Albania, donde ha sido proclamado Zogú I. Su calle principal no da idea, naturalmente, de una gran ciudad á la moderna, con espléndidos edificios públicos y privados, sino de una modestísima ciudad provinciana, y la vista de la calle del Bazar, la más frecuentada de Tirana, donde se encuentran las tiendas, típicamente orientales, demuestra que aquella calle principal es perfectamente típica y característica también.

Detalle perfectamente claro de los comercios de Tirana puede verse así mismo en dos de nuestros grabados. En muchos de esos comercios, modestísimos algunos, pero en todos los cuales es posible encontrar bellas piezas de arte oriental, perfectamente auténticas, se oye aún hablar un castellano con léxico y prosodia primitivos. Son ecos de aquellos mercaderes turcos, tan ostentosos, á veces, en sus bazares, y que conser-



recientemente Rey Zogú I. En el centro, la calle principal de la ciudad

## El advenimiento de Zogú I : nuevo Rey de Albania :

van, heredado y conservado como una sacra tradición familiar, el idioma de los expulsados de Castilla.

Las gentes albanesas, que en otra de nuestras ilustraciones aguardan el paso del cortejo consecutivo á la proclamación, no muestran en su indumentaria caracteres excesivamente orientales. No son sólo los uniformes militares, algunos de los cuales puede verse al fondo de nuestro grabado, los que han igualado el vestir de las gentes. Sólo en las clases más humildes de pueblos poco en comunicación con los grandes centros de población, se conservan aún aquellos trajes típicos de los diversos países, tan bellos á veces, y cuya desaparición justifica la creación, tan en boga hoy, de los museos del traje.

Lo que más perdura de la indumentaria clásica, es la que tiene carácter más marcadamente religioso; el turbante, que lleva en sí el sudario con que el que lo lleva ha de ser enterrado, domina aún, cubriendo, sobre todo, las cabezas de los ancianos. Uno de los grupos que publicamos está formado por musulmanes; muchos de ellos llevan

aún el turbante, otros llevan el fez blanco. Todos tienen distintivo, que corresponden á las distintas regiones del país.

El pueblo albanés esperando el paso del cortejo real el día de la proclamación del nuevo Monarca



Grupo de musulmanes albaneses, con el traje nacional, cuya nota típica es el fez blanco, con ligeras modificaciones según las regiones

Este grupo es, quizás, el que mejor muestra lo típico de la etnografía de Albania y brinda a un antropólogo interesantes temas de estudio que podrían ser completados, aun dentro sólo de los documentos que integran esta información, en algunas de las figuras de mujeres que forman el grupo de mujeres que figura en primer término, entre las que aguardan el paso del cortejo, y en un vendedor viejo que aparece bajo el arco de su tienda, en la calle del Bazar.

Más difícil sería penetrar en las costumbres albanesas, un poco herméticas aún, como co-

rresponde a las razas pobladoras de aquel país, y que también van asimilando elementos de otros países y de otras civilizaciones.

En el Museo del Ejército, de París, puede verse el atavío de un soldado albanés pretérito. Nada queda en los uniformes actuales ni en los armamentos en uso de aquella pintoresca indumentaria, ni de aquellas armas que hicieron famosos a los guerreros albanos, principales componentes de los ejércitos turcos.

Alí Bajá quiso en 1822 resucitar la nacionalidad albanesa; pero si pudo hacerlo en las leyes,

no logró hacerlo en la realidad: alguien ha dicho que los albaneses no tienen el sentimiento de patria hasta que viven lejos de la suya; quizá esa opinión es consecuencia de que las más ardientes propagandas nacionalistas han sido hechas siempre en el Extranjero por albaneses residentes fuera de su país.

El hecho, por otra parte, no es sorprendente. De Albania puede decirse, con razón, que no es, ó por lo menos no ha sido, una unidad política, sino una entidad etnográfica, y el área de distribución de ella abarca pueblos distintos. No



Calle del Bazar, en Tirana, donde puede apreciarse la forma pintoresca como se instalan los tenderetes del pequeño comercio



Típicos soportales de Tirana, en el barrio del Bazar,

donde los modestos industriales instalan su comercio

sólo en la comarca al suroeste de Turquía, á que los turcos llaman *Kiperi*, viven los albaneses: tienen también *habitat* propia en Grecia y en el sur de Italia, sobre todo; pero también viven en Servia y en Macedonia.

Si á esto se une las condiciones en que viven en su territorio propio, sin grandes núcleos de población, con muy marcadas diferencias de usos y costumbres, y el abismo que separa á católicos y musulmanes, y al espíritu de independencia, que aun en los tiempos en que más absoluto parecía el dominio turco, permitía á las tribus montañosas gobernarse por sí solas, se comprenderá que haya sido necesario mucho tiempo para que arraiguen los sentimientos nacionalistas. Ahora, sin embargo, parece llegado el momento de la existencia real de la nacionalidad albanesa, y Zogú I sabrá, seguramente, afirmarla de un modo definitivo: ese propósito en él y esa creencia en sus súbditos parecen haber influido muy poderosamente en el advenimiento del régimen monárquico y en la proclamación del nuevo rey.

Será interesante ahora conocer si la nueva forma de Gobierno hace desaparecer ó conserva en Albania las asambleas de ancianos, á que llamaban *adet* ó las *Kuvent*, á que cada familia enviaba un representante, y que eran las encargadas, dentro de cada tribu, de los asuntos de carácter general menos ó más importantes respectivamente.

Sus resoluciones en pleitos y contiendas entre particulares no tenían, sin embargo, eficacia; por cima de ellas se alzaba siempre, como acción de un Tribunal Supremo que sólo tenía existencia en la tradición, la *vendeta* que ejercían, según los casos, los individuos, las familias ó la tribu. La costumbre tenía un arraigo tal, que pudo decirse que el 75 por 100 de la mortalidad en Albania tenía esa causa.



ZOGU I

Bajo cuya égida parece que cambiarán los destinos de Albania

Una descripción, no muy vieja, pinta á los albaneses con «gorro blanco y turbante, chaleco blanco sin botones, una fustanela y pantalón blanco también y siempre con arma».

Sus casas, á veces, tienen aspecto de fortalezas; son entonces de piedra y con troneras en lugar de ventanas. Las que no son así, más modernas en general, se acomodan bien al gusto griego, y son más generalmente de maderas ó de ladrillos.

Las primeras corresponden mejor á las tradiciones guerreras de la raza; las segundas á sus ocupaciones actuales dominantes, que son la agricultura y la ganadería.

Estas son más propicias para que Albania llegue á ser un gran pueblo.

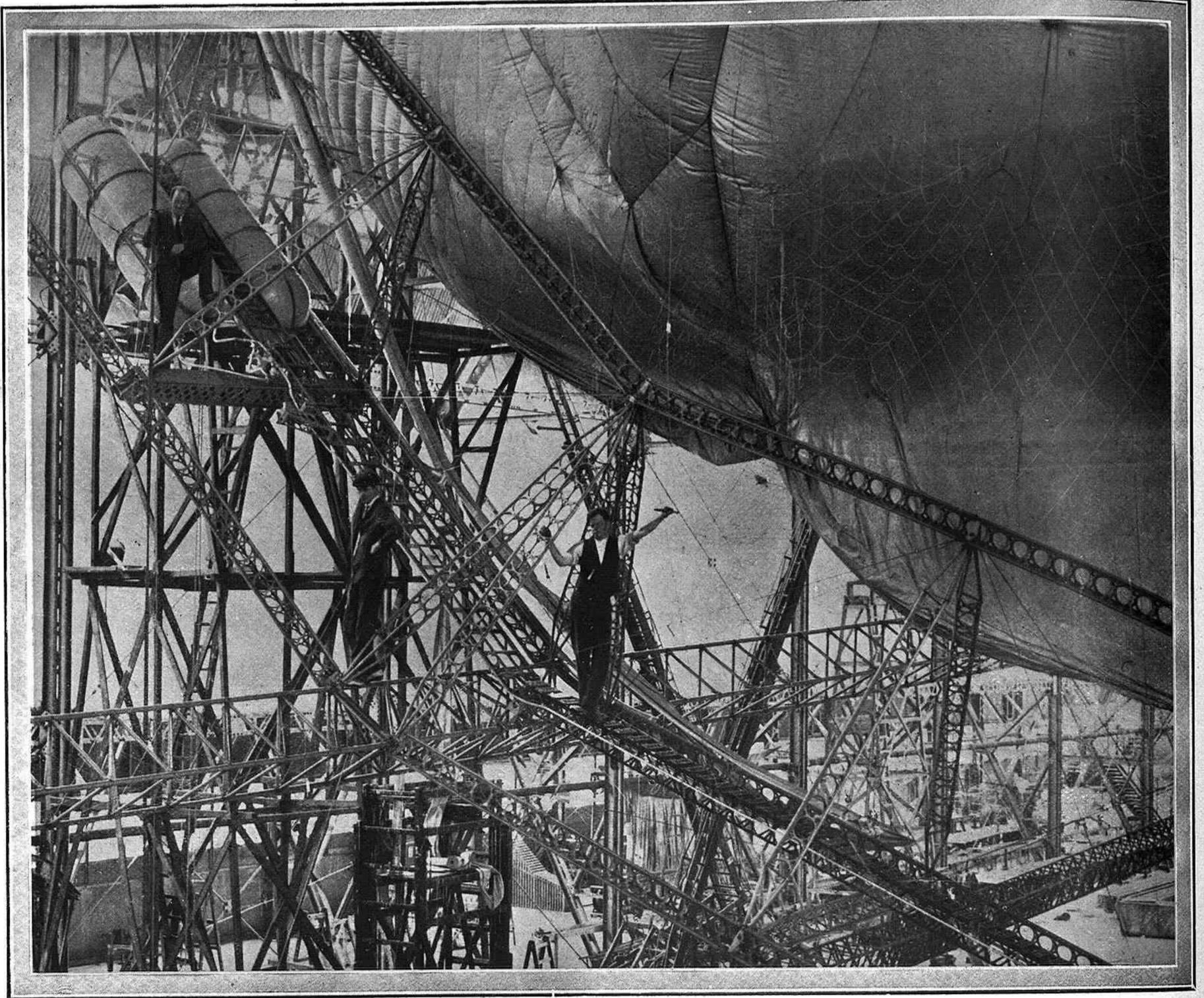
De la monarquía de Zogú I cabe esperar el resurgimiento definitivo de la nación albanesa. Zogú es, ante todo y sobre todo, un convencido en la existencia de esa nacionalidad.

Tiene, además, lo más convincente para entusiasmar á un pueblo y llevarle á las grandes hazañas: los magníficos éxitos que hasta ahora ha conseguido en todas sus campañas.

Esos éxitos le han creado en el espíritu de los albaneses, hondamente fatalistas, aun los que ya no son musulmanes, un convencimiento absoluto de que Zogú es un elegido, y que su bandera irá siempre rectamente al triunfo.

Por eso, sin duda, han sido posibles las sucesivas exaltaciones del nuevo Rey en aquel país, poblado por verdaderas tribus de tan arraigada y firme independencia. Para que Zogú haya sido acogido con tan unánime aquiescencia es necesario que su prestigio tenga la fuerza indispensable para vencer ese espíritu de independencia que fué siempre una característica de los albaneses.

Falta sólo, quizá, para que Albania exista definitivamente, que sus vecinos la dejen existir.

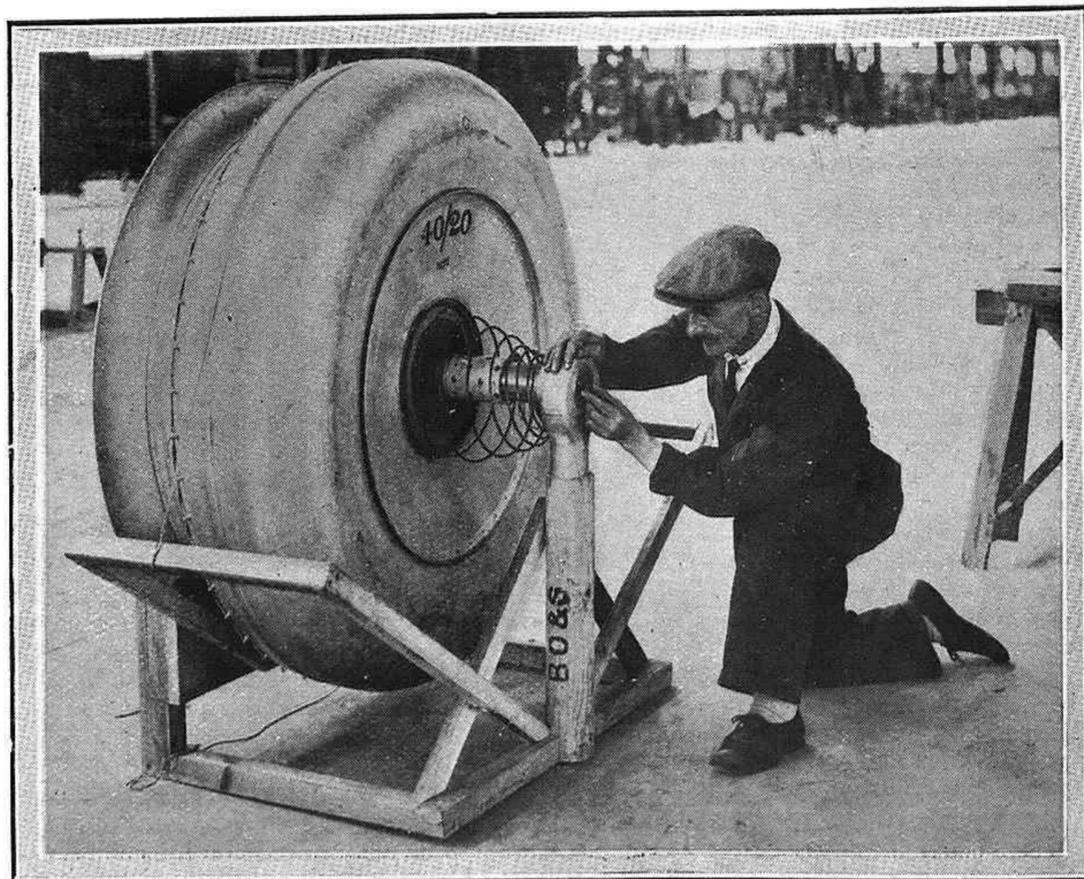


Una sección del dirigible inglés «R. 101», próximo á terminarse en los astilleros de Cardington

## LOS MONSTRUOS DEL AIRE

**I**NGLATERRA construye, en sus famosos astilleros de Cardington, el mayor dirigible conocido hasta ahora.

El nuevo monstruo aéreo es todo metálico y de una capacidad de cinco millones de pies cúbicos de gas, dividido en com-

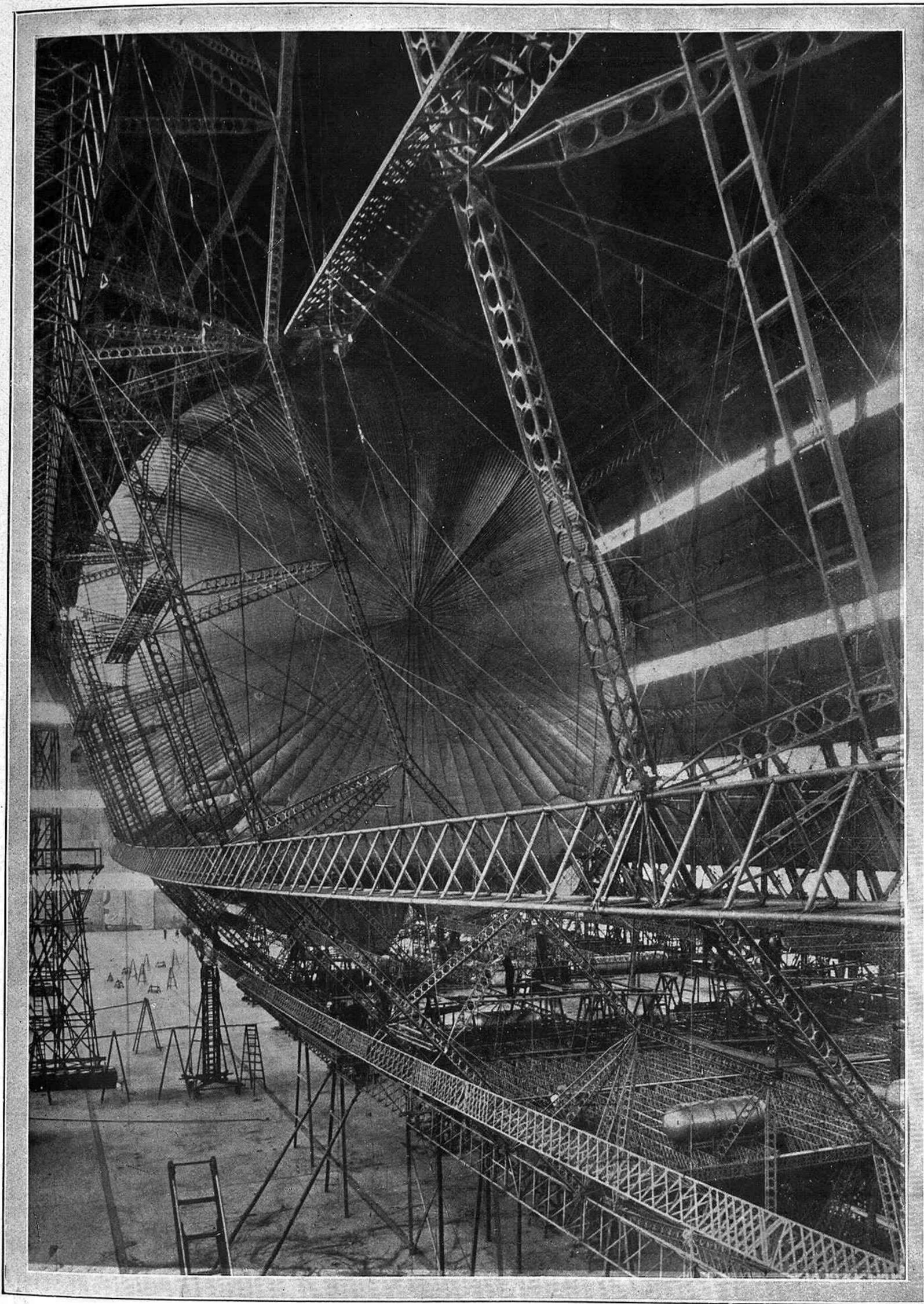


Una de las cámaras extensibles de reserva de gas, que llevará el gigantesco dirigible  
(Fots. Agencia Gráfica)

## EL MAYOR DIRIGIBLE DEL MUNDO

partimientos y dotado de depósitos supletorios contruidos de materia extensible y de un modelo aún no utilizado por nadie.

El entusiasmo y la curiosidad despertados por la construcción de esta gigantesca aeronave es uno de los temas de mayor in-



Otro aspecto del «R. 101», el dirigible que construye Inglaterra, y que es, hasta ahora, el mayor del mundo, con destino á establecer una comunicación regular entre Egipto y la India inglesa

terés de la actualidad inglesa. Inglaterra, una vez más consecuente en su trayectoria de practicismo, no dedicará el «R. 101» á emular ninguna hazaña deportiva, ni á satisfacer con un nuevo *raid* la vanidad nacional.

El «R. 101» estará destinado á establecer una

línea normal de comunicación entre Egipto y la India inglesa.

La confianza de seguridad que merece la nueva aeronave es tal, que ya se han hecho numerosos pedidos de billetes para los primeros viajes del «R. 101», á pesar de que aún no se ha

anunciado la fecha de su terminación... Inglaterra se muestra orgullosa de su titán aéreo; pero más aún de la eficaz política que significa el que sea la Metrópoli la que dote de tal medio de comunicación entre sí á sus dos más ricas y codiciadas naciones protegidas.

# LA CASA DE COLÓN EN SEVILLA



Grabado del siglo XVIII representando una vista general de Sevilla

LA Prensa de estos días ha publicado la noticia de que la República de Santo Domingo figurará en la Exposición de Sevilla, edificando un palacio que será la reproducción del que mandó construir en aquella república el hijo de Cristóbal Colón, D. Diego, palacio del cual se conservan las ruinas, como reliquia y recuerdo del acendrado amor que profesan á nuestra Patria.

Esta noticia da actualidad y hasta completa el interés del trabajo que yo venía ejecutando desde hace tiempo para averiguar la existencia de la casa de Colón en Sevilla.

Estudiando con detenimiento los escritos de los que se han dedicado á narrar la historia de Sevilla, como también la de sus hijos preclaros ó personajes que en ella vivieron, pude apreciar que casi todos prescinden de los hechos históricos de Colón y sus descendientes directos, que fueron, sin duda, actores muy importantes en la historia del siglo XVI en Sevilla, particularmente D. Fernando Colón, hijo de D. Cristóbal, que sentó sus reales en ella; cosa que no hicieron ni su padre ni su hermano D. Diego.

No desesperé por omisión tan importante, y seguí haciendo investigaciones, teniendo la fortuna de encontrar un atlas, editado en Amsterdam el año 1565, denominado «Braam Civitates Orbis Terrarum», que dedica un tomo á España, y en el que reproduce un grabado de una vista general de Sevilla en perspectiva caballera, en el que señala claramente las casas y huerta de Colón. Hallazgo tan importante suponía para mí duplicar el éxito de mi empresa, por cuanto de un golpe corroboraba la existencia de las casas

de Colón y su situación, dato de una gran trascendencia.

Acostumbrado á la fantasía de los dibujantes antiguos, no canté victoria plena hasta obtener más datos; pero la suerte me ha hecho comprobar la exactitud de la obra de aquel artista, trabajo que no discrepa gran cosa de la orientación general que hoy tiene la ciudad, particularmente sus arterias más principales.

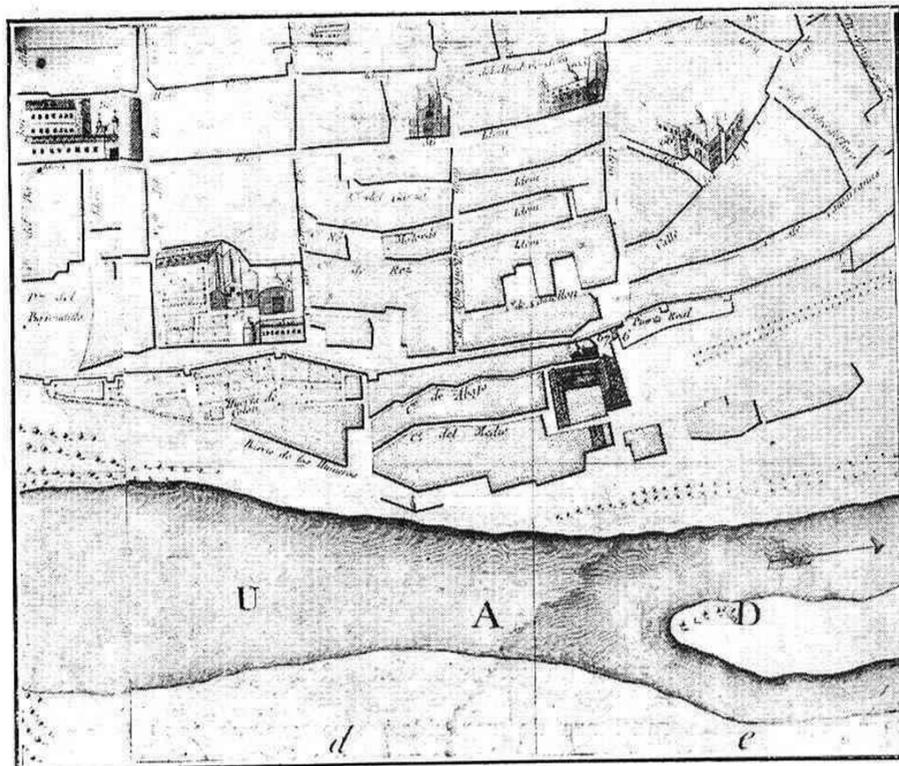
Desde mis primeros estudios deseché la idea de que tales casas fuesen de Cristóbal Colón, teniendo en cuenta que las historias que había leído de su vida, particularmente la escrita por

su hijo Fernando, demuestran que su permanencia en Sevilla fué siempre incidental; de lo que yo he colegido que no iba á malgastar el poco dinero que tenía y su tiempo en cosas de las que no podía disfrutar por sus múltiples ocupaciones, además de que está demostrado que sus permanencias más largas fueron en Burgos, Valladolid y Granada, al lado siempre de los Reyes Católicos, con los que necesitaba estar en contacto para ultimar sus proyectos.

En Sevilla vivió mientras preparaba su segunda expedición desde 1496 hasta 30 de Mayo del 97, y esta vez fué la que más tiempo permaneció en la ciudad, pues preparando la tercera fué muy rápido, de la que salió en 1502 y volvió en 1505, marchando á Valladolid, donde murió en 1506.

Sin embargo, sus hijos D. Diego y D. Fernando, que disfrutaron ya de honores y riquezas, es lógico que pensasen en construirse palacios, y así fué, en efecto; D. Diego fué á las Indias como gobernador, y en Santo Domingo se mandó construir el suyo, que no llegó á habitar, asqueado por la conducta de sus enemigos, que trajeron á España la noticia, por boca de Miguel de Pasamonte, de que estaba construyendo una fortaleza para levantarse contra el Rey y quedarse con los dominios de América.

A su vez, D. Fernando sentó sus reales en Sevilla, y de entonces es la casa que de Colón señala el «Braam Civitates Orbis Terrarum»; afirmación que puede hacerse por la historia de D. Diego Ortiz de Zúñiga, en la que en 1796 reproduce en compendio los datos más importantes de otras mucho más antiguas y de algunos cronicones.



Un fragmento de un plano antiguo, ejecutado en 1788 por D. Tomás López, de la antigua Hispalis, donde se marcan claramente la Huerta y Casa de Colón



Viejo grabado de la Sevilla antigua, donde aparecen los barrios y edificios más notables

Fernando Colón, dice: «Nació en Córdoba el 29 de Agosto de 1487, siendo en su niñez paje de la Reina Católica y del príncipe D. Juan, padeciendo con su padre y hermano en las Indias, adonde les acompañó varias veces grandes infortunios; sin decir fecha añade, dejando una laguna en los hechos que hubieran podido suceder, durante el corto reinado de Felipe y Doña Juana, «acompañó al emperador Carlos V en sus viajes á Italia, Flandes y Alemania, que aprovechó para conocer toda la Europa y mucho del Asia y Africa, enriqueciéndose de noticias y de libros, de los que juntó número de más de 20.000 selectísimos en esta ciudad, adonde asentó los últimos años de su vida, y en ella, con licencia del emperador, deseó establecer una academia, donde ahora está el colegio de San Laureano, de Nuestra Señora de la Merced y preeminente al río».

La pérfida muerte atajó sus deseos, soltero todavía, y fué enterrado en el sitio, elegido por él, en la Santa Iglesia Catedral, en el trascoro, donde tiene su capilla.

Su biblioteca, famosa en número y calidad, la regaló al cabildo, con todos sus documentos, y fué colocada en lo que había servido de capilla real, sobre las capillas de la nave del lagarto en el claustro, adornándola con estantes de caoba de fina traza, y en sus paredes y bóvedas se pintaron al fresco, como dice Zúñiga, «obras de propósito».

Una muralla romana, mandada construir por Julio César, rodeaba la ciudad llamada Hispalis, á la que daban acceso quince puertas, en una de las cuales, llamada de Xerez, decía su inscripción latina:

Hércules me edificó.  
Julio César me cercó  
de muros y torres altas,  
y el Rey Santo me ganó  
con Garci Pérez de Vargas.

Pues bien: al lado de una de estas puertas de la muralla, llamada de Goles, estaba la casa y huerta de Colón.

En la Puerta de Goles comenzaba la calle de las Armas, llamada así porque allí se fabricaban y vendían, y terminaba en la plaza del Duque de Medina.

Aquella calle de las Armas es hoy la calle de Alfonso XII, y la plaza del Duque de Medina, la del Duque de la Victoria.

Por la puerta de Goles es por donde entró Fernando III, *el Santo*, después de conquistar la ciudad, y siguió con este nombre hasta el reinado de Felipe II, que en su primera visita entró por aquella puerta, cambiándosele por el de Puerta Real, sin saber ya con exactitud la fecha de su demolición.

Hoy, después de cuatro siglos, sigue llamándose de Goles, como entonces la calle que arranca de la de Alfonso XII, donde estuvo la Puerta Real, cuya calle coincide con la línea interior de

las murallas. El barrio donde la casa de Colón estaba se llamaba de Los Humeros, con anterioridad de los Pescadores; datos que he podido obtener con el libro de D. Félix González de León, *Por qué se llaman así las calles de Sevilla*.

Ya iba concretando mis noticias por la lectura de las historias escritas, cuando encuentro un plano de 1788, ejecutado por D. Tomás López, en el que categóricamente quedan emplazadas las propiedades de Colón y la situación del Colegio de San Laureano; plano muy interesante, del que reproduzco la parte más esencial, y también encuentro un grabado contemporáneo suyo del siglo XVIII, que también lo reproduce.

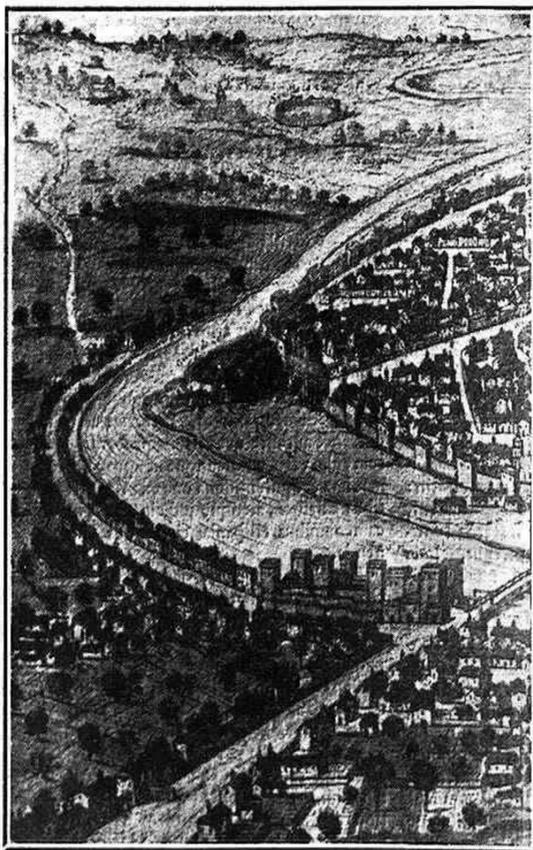
Después de estos datos, es forzoso seguir por el camino de las conjeturas.

¿Se instaló el Colegio de San Laureano en el palacio que mandó edificar D. Fernando para sí y para la academia de ciencias matemáticas? Yo creo que sí.

Desaparecidas las casas de Fernando Colón, parece que con ellas se pierde todo interés; sin embargo, yo no creo imposible que pudiera encontrarse algún plano de la edificación, como se ha encontrado de la casa de su hermano don Diego, en Santo Domingo, ó algún documento en los archivos de la iglesia de San Laureano, si existe hoy.

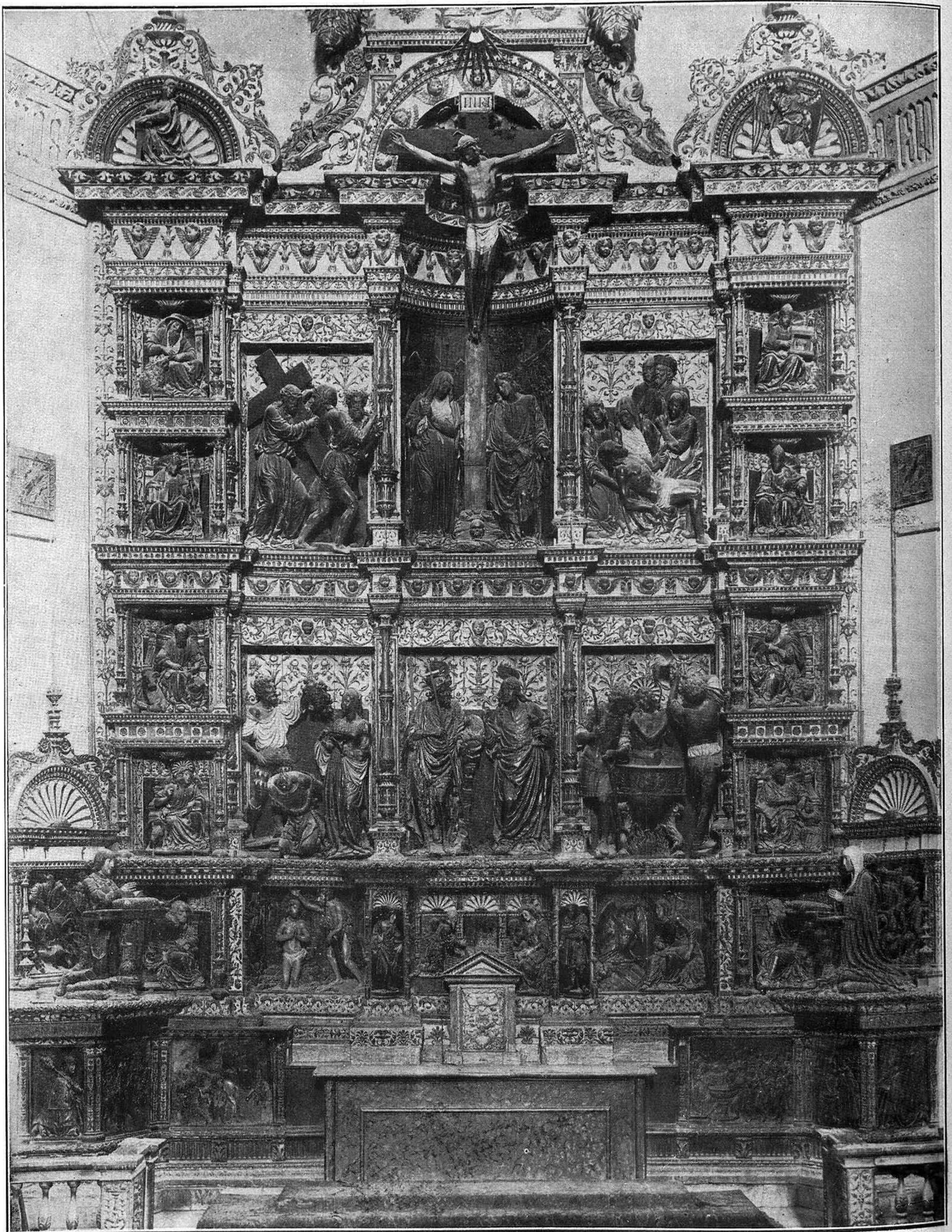
También pudiera servir quizá de alguna orientación el testamento de D. Fernando, que, según creo, se conserva en el archivo de Indias; y habiendo en Sevilla en estos momentos tanto bibliófilo interesado en estas materias, no dejará de haber alguno que encuentre el modo de seguir la investigación, que yo tengo que abandonar, ante la imposibilidad de trasladarme á Sevilla.

Yo me sentiría dichoso de que con estos modestos elementos se pudiera llegar á encontrar documento tan valioso, para que Sevilla pudiera levantar, orgullosa, el palacio de D. Fernando al lado del de D. Diego Colón, que durante la Exposición próxima albergará el corazón de los Dominicanos y en el que ondeará su bandera.

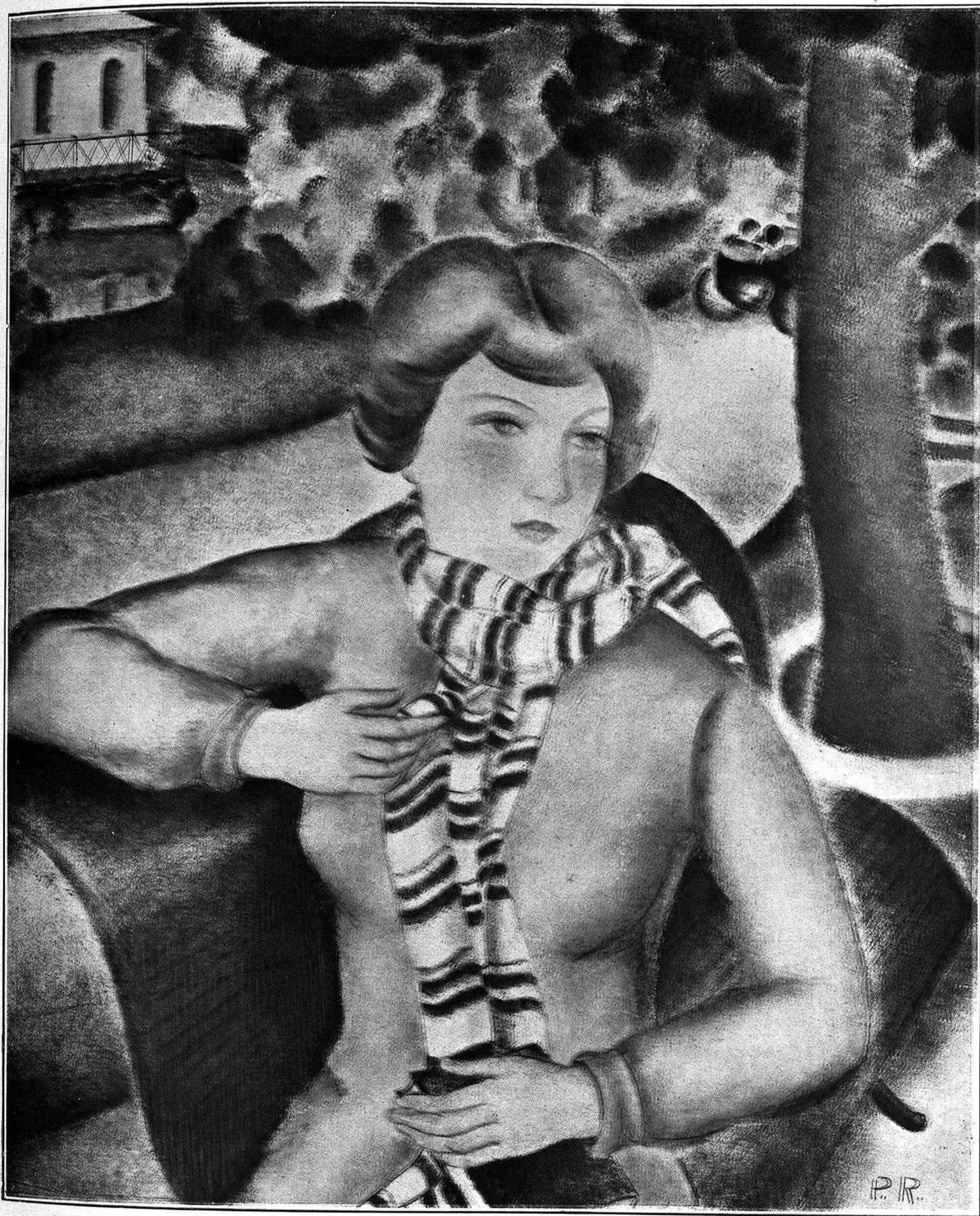


Fragmento de un antiguo grabado del siglo XVI representando una parte de Sevilla

# Las joyas de la arquitectura religiosa española



Magnífico retablo que se conserva en la Capilla de los Reyes Católicos, en Granada



Pan toca su flauta en la umbr'a invitando á los dioses mitológicos al banquete estival. La tierra, bajo la lumbre del sol ofrece ubérrima sus frutos. Se oye en el campo la canción de la trilla, y los graneros y paneras se hinchan del trigo rubio alimento de las criaturas. En las playas y en las montañas la gente de la ciudad goza del placer de sentirse vivir libre de las agobiantes preocupaciones de la urbe. Todo es ligero, alado, superficial y huidizo. Hasta el amor toma por cómplice la época estival para hacer más inestables y tornadizos sus juramentos. He aquí lo que simboliza este dibujo de marcada tendencia moderna, titulado *Estío*, del artista español, ex pensionado en Roma, Sr. Pérez Rubio.

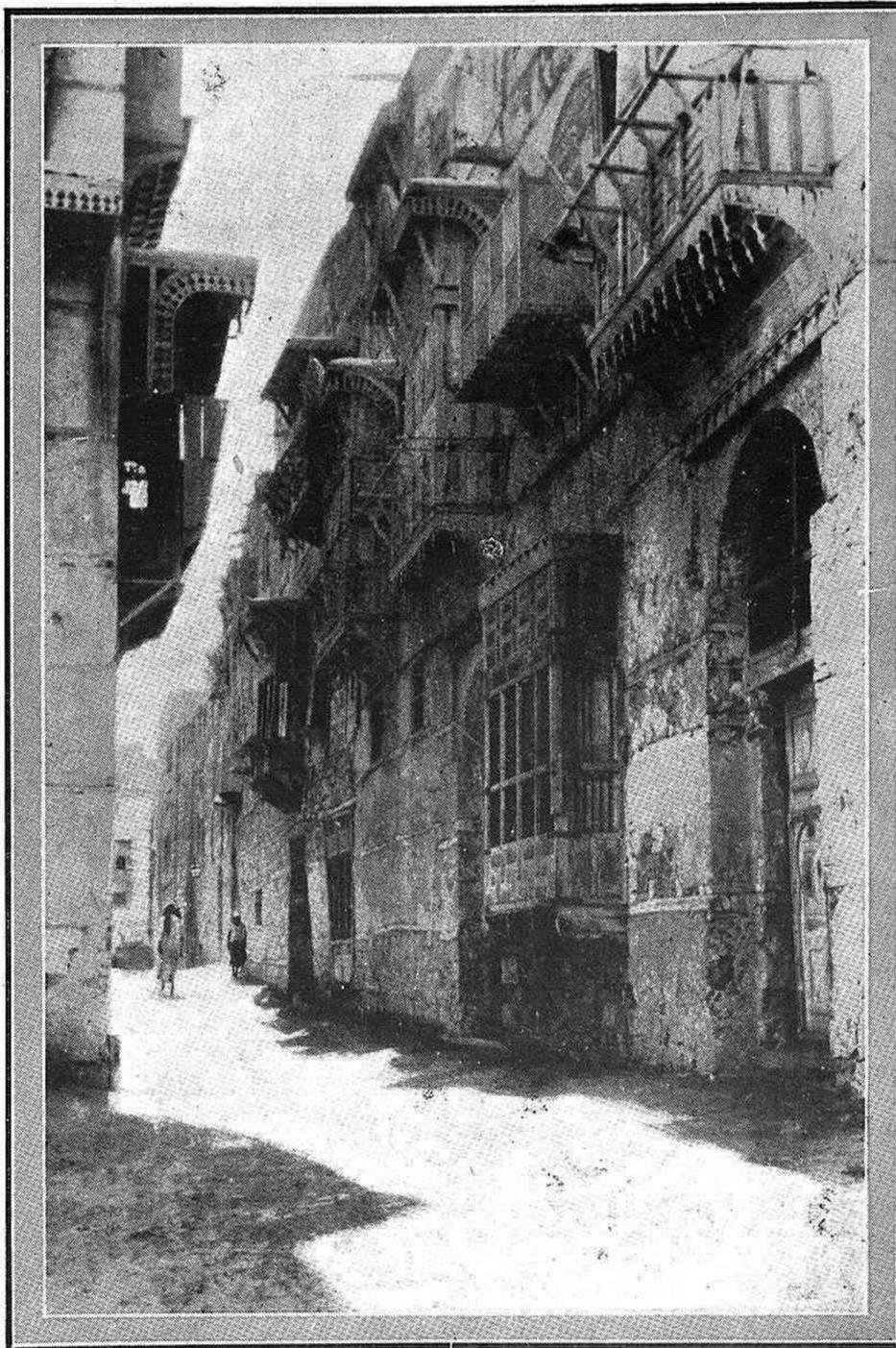
# UNA PEREGRINACION A LA MECA

EN los primeros días de Mayo da comienzo anualmente la famosa peregrinación á la Meca, la ciudad sagrada del mundo musulmán.

Poco divulgados los pintorescos pormenores de esta gran manifestación de fe mahometana, por razón del espeso velo con que el fanatismo musulmán ha querido cubrir siempre sus prácticas religiosas, tiene indudable interés informativo el relato que de la última peregrinación á la Meca publica en una revista inglesa el escritor afgano Sirdar Ikbál Alí Shah, representante de su país en el primer Congreso Universal Musulmán, que formó parte de dicha peregrinación. Traducimos seguidamente lo más saliente de dicho relato:

«La primera y más honda impresión de la gran jornada religiosa á la Meca se experimenta ya en los muelles de Bombay. Es el momento en que los *hadjis* se dirigen á bordo del vapor en que viajan los peregrinos. Hasta donde alcanza la vista es un verdadero hormiguero humano. Hombres y mujeres, agobiados bajo el peso de sus bagajes, avanzan en densa columna hacia el barco. En la compacta muchedumbre se hallan representadas casi todas las razas: desde el blanco y fofo *uzhek* del Turquestán al bronceado bengalí, de cuerpo emaciado y mirada de fuego.

Llega, inexorable, el reconocimiento médico de los peregrinos. Luego, cuando éste finaliza, es como un impetuoso torrente humano que avanza hacia la pasarela del barco, empujándose, atropellándose como rebaño en pleno pánico. Todo el mundo quiere ser el primero á bordo. Las pobres mujeres, envueltas en sus albos mantos, corren enloquecidas, su-



Una de las calles más típicas de la Meca

nes acompañará la bendición en su peregrinar á la Meca, cabeza y fuente del Islam.

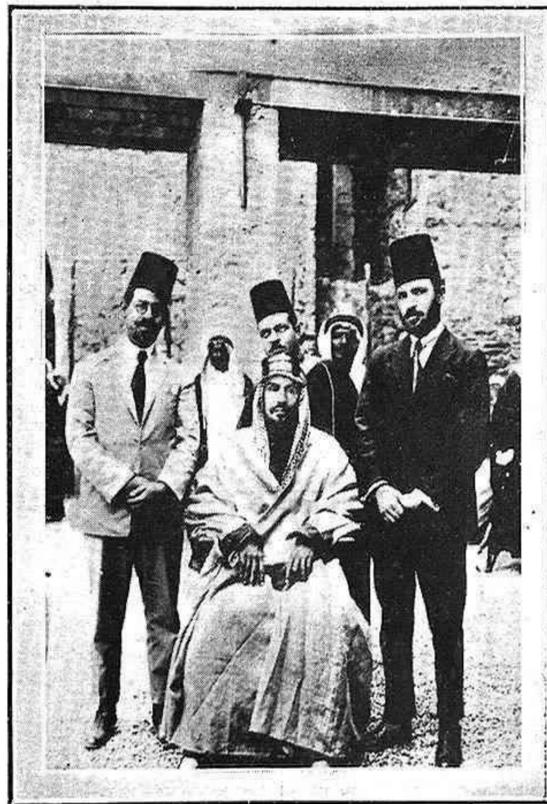
•••••

Tres días de viaje nos llevan á Karachi. Embarcan nuevos peregrinos y se repiten las escenas de Bombay al colmar con sus alborotadas huestes de *hadjis* la ya excesiva carga humana, apolonada como ovejas en todos los departamentos del vapor, sin excluir los de primera clase, que ocupan los mimados de la fortuna. Los sufrimientos, las incomodidades reinan en la entera masa de fieles. Pero ello no es sino un merecimiento más en la gran peregrinación á la Ciudad Sagrada. Como es unánime el sentimiento de gozo inefable que despierta en los corazones el pitazo de la sirena al anunciar una vez y otra que están á la vista las montañas sagradas, que ha llegado el momento de vestir el traje de peregrino impuesto por el Korán.

Así, no bien suena la hora del rezo vespertino, pobres y ricos aparecen ataviados con el *ahram* ritual. Son dos blancos paños que recubren la parte superior e inferior del cuerpo, y que se sujetan con simples nudos, habida cuenta de que la ley koránica prohíbe el empleo en el *ahram* de alfileres, imperdibles ú otra cualquiera forma de prendido. Es una vestimenta sumaria, pobre, humildísima. Pero es con ella, solamente, como el musulmán debe penetrar en el santuario de la Meca. Ella simboliza con su nitida blancura y su pobreza el espíritu de morificación, la igualdad de los hombres ante Alá. Nada puede haber en el *ahram* que señale la posición social; nada que pregone riqueza ó rango.

Al día siguiente nos hallamos ante Yedda, «la Ciudad Blanca de Arabia». Un sol de fuego re-

verbera, cegador, sobre las cúpulas y los alminares. El enjalbegado caserío se esfuma hacia

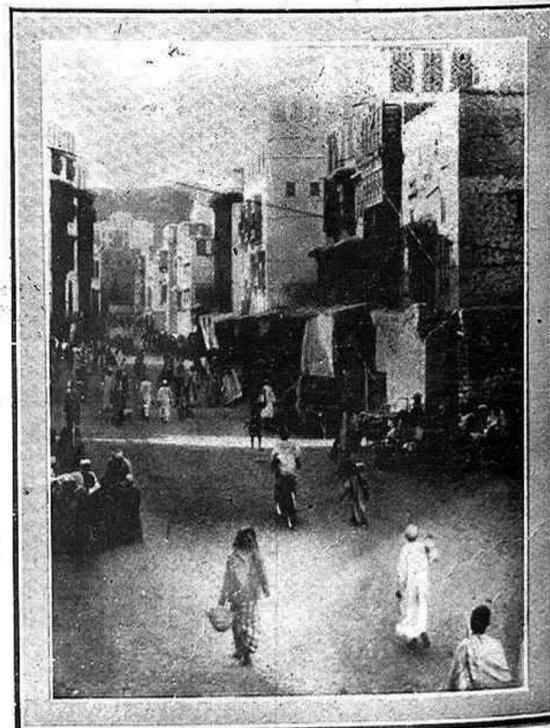


El sultán Ibn Saud, rey del Hedjaz, con sus ministros

friendo con musulmana resignación los empujones de los hombres. Ellas, las infelices, no vieron en su vida un barco, y además embarazan su marcha la impedimenta de los chiquillos confiados á su guarda por el egoísmo masculino y el no menguado bagaje impuesto por la larga estadía en la sagrada ciudad.

El vocerío y la agitación de esta muchedumbre aturde y crispa los nervios. Ella nos arrastra, llevándonos casi en vilo hacia la pasarela del buque. El calor intenso del mediodía contribuye á hacer más penoso el embarque. Luego, una vez sobre cubierta, se apodera de nosotros la amarga decepción de ver ocupados bajo la toldilla todos los espacios disponibles. Y hay que acomodarse en cualquier parte, en el entrepuente ó en los sollados, cuya caliginosa atmósfera es como plomo derretido para los pulmones. Pero el buen musulmán debe dar por bien empleadas todas las molestias. Al término de la penosa jornada contemplará los sagrados lugares de su fe.

El momento de zarpar es emocionante. Elévasse rápidamente la pasarela. Lanza la sirena su ronco bramido y empieza á moverse con lentitud el barco. El vocerío en los muelles y á bordo aturde y desconcierta. Las mayores muestras de entusiasmo las da la muchedumbre apiñada en los muelles, que saluda con sus multicolores pañuelos á los que parten, envidiándolos. Ellos son, en efecto, los elegidos, los privilegiados, «aquellos cuyas plegarias fueron oídas, y á quie-



Un café de barrio en la Ciudad Sagrada

los últimos términos del vasto panorama, confundiendo con el polvoriento horizonte.

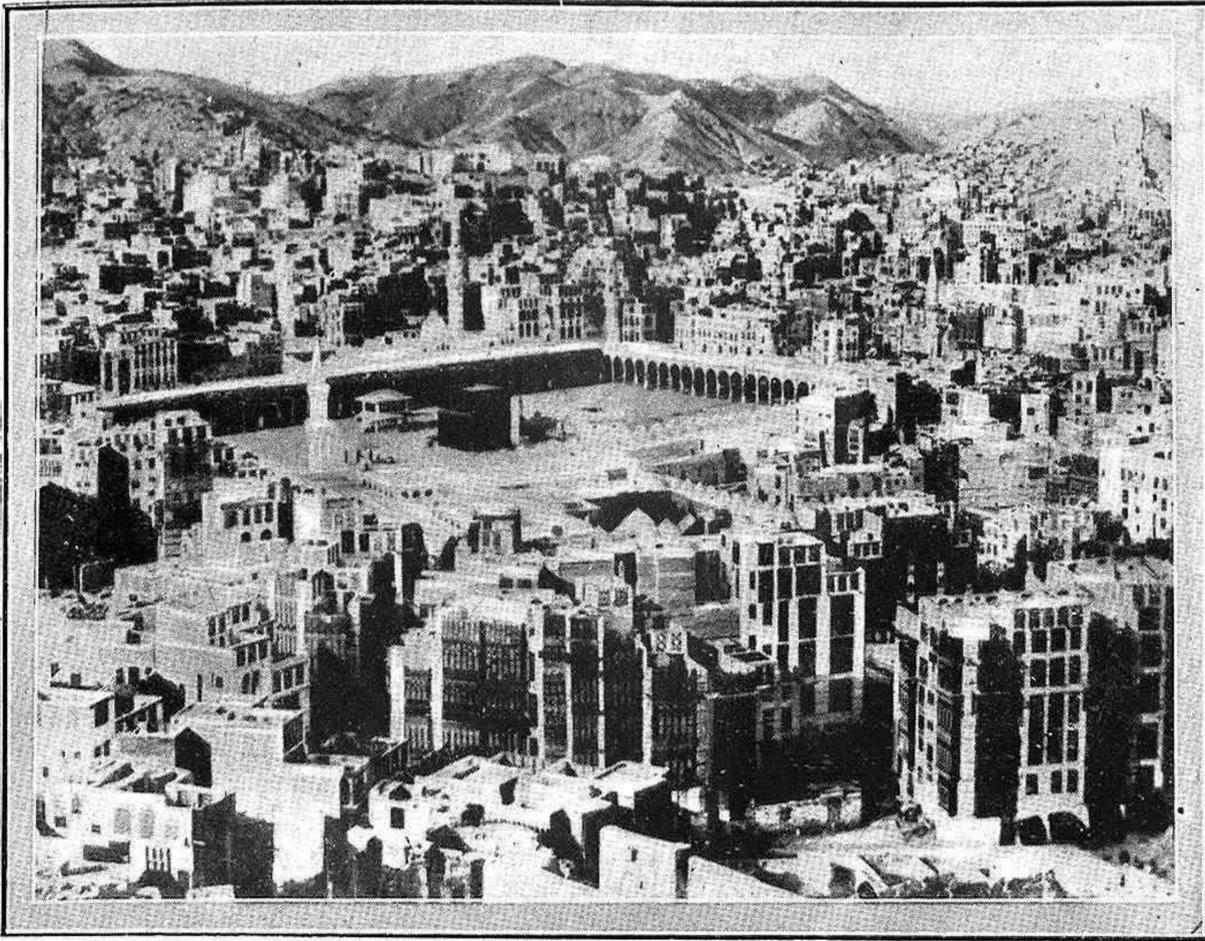
Aun no hemos recogido los equipajes cuando se presenta á bordo el gobernador de Yedda. Serio y solemne, cual corresponde á un funcionario de su rango, nos da la bienvenida en nombre del rey wahabita, Ibn Saud, cuyos huéspedes vamos á ser durante unos días. Y mientras los peregrinos, excitados por el calor y la larga jornada marítima, prorrumpan en interminables aclamaciones á Alá, nos alejamos del vapor *hadji* en la gasolinera del gobernador, rumbo al puerto. Minutos después quedamos confortablemente aposentados en un viejo caserón, propiedad, en tiempos, del príncipe Alí. Nuestra impaciencia nos empuja,

aun á riesgo de una insolación, hacia las pintorescas y á aquellas horas casi desiertas calles de Yedda. Ciertamente, era necesario aprovechar el tiempo. Ya el gobernador nos había advertido lo breve de nuestra estancia, puesto que en las primeras horas del día inmediato nos esperaba en la Meca el monarca wahabita.

¿Merece Yedda las molestias y aun los peligros de una larga caminata á través de sus barrios, bajo los rayos fundentes del sol de mediodía? Sin duda alguna. Acaso es esta ciudad una de las más típicas de Arabia y de las que mejor conservan en sus bazares cubiertos y en sus mezquitas el carácter tradicional. Entre estas últimas se señala, por su magnificencia y gallardía de traza, la atribuida por el historiador árabe andaluz Ibn Zubair al califa Omar, y por otros, á Harun-al-Raschid. En las afueras, un montoncillo de ruinas señala la llamada *Tumba de Eva*. Poco resta, á la verdad, del pretendido sepulcro de la madre común de los humanos. El furor puritano de los primeros wahabitas apenas ha dejado de la tumba sino media docena de ladrillos desplazados y maltrechos en torno de una fosa vacía. Creía, por lo visto, el fanatismo wahabita que el mejor modo de conservar los monumentos sagrados era destruirlos. Desde este pun-

to de vista, la *Tumba de Eva* es un modelo de conservación puritana.

Pocas cosas más dignas de presenciarse que el momento de ponerse en marcha la peregrinación hacia la Meca. Entre un griterío y una agitación indescriptibles, partimos hacia la Ciudad Sagrada, utilizando, ¡progresos de los tiempos!, centenares de autos, la mayoría de ellos camionetas dispuestas á la manera de furgones de la Cruz Roja. Como hemos abandonado á Yedda al amanecer, un airecillo fresco, delicioso, nos compensa del calor agobiante del día



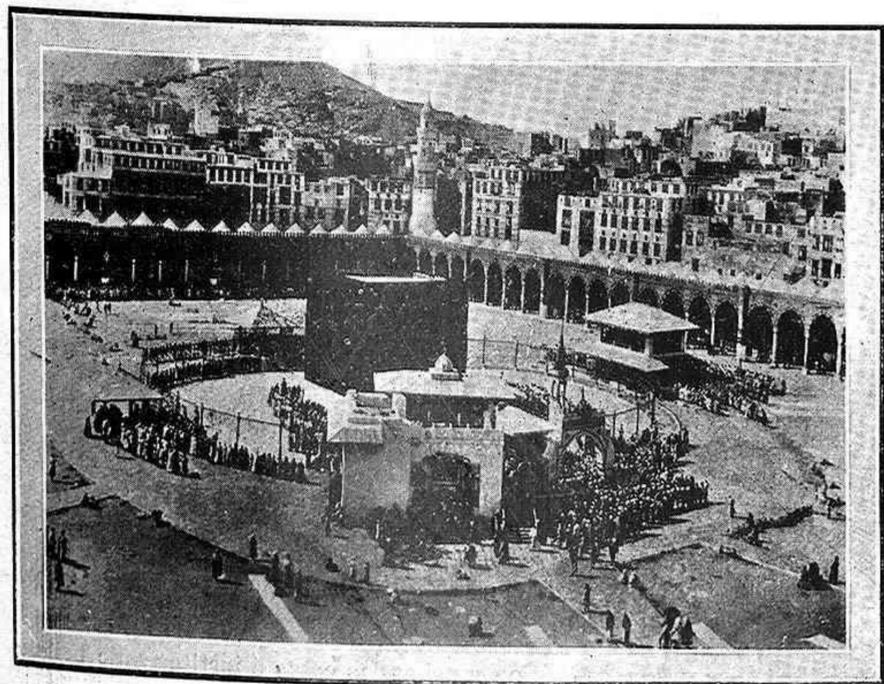
Vista general de la Meca y de la Kaaba

le pedimos paso, nos acompaña durante buen rato el vocerío y las protestas de los que marchan más lentamente, sobre todo cuando algún camello, espantado por el trepidar de los motores, arroja al suelo á su piadoso jinete ó vuelca su pesada carga de agua.

Damos por fin vista á la Meca, hundida casi en una profunda depresión del terreno y rodeada por altas montañas desprovistas de toda vegetación. Una hora más tarde, penetramos en el inmenso cuadrángulo del santuario, cuyo centro ocupa la Kaaba, sagrado recinto, levantado por Ibrahim, y hacia el cual vuelve el rostro cinco veces al día, durante su entera existencia, todo buen musulmán. En el interior de la Kaaba se venera la célebre *pedra negra*,



Estación Victoria de Bombay, la ciudad donde se concentran los peregrinos para ir á la Meca



Interior de la Kaaba, el monumento al que dan siete vueltas los creyentes

anterior. Ello dura poco, infortunadamente. Porque á la hora y media de camino, el astro rey nos tuesta de nuevo, poniendo á prueba nuestra resistencia física.

Avanzan los autos por un estrecho, sinuoso camino, que flanquean aquí y allá, á distancias de unos cien metros, miserables casuchas destinadas á los peregrinos que hacen su jornada á pie ó en camello. Estos, impasibles, nos ven pasar desde la puerta de sus chozas. En cambio, cuando coincidimos con una caravana de camellos y

que, según la tradición árabe, hubo de ser piedra preciosa traída del Paraíso por el arcángel Gabriel, ennegrecida luego por los pecados del hombre que imprimía en ella sus besos.

Nuestra peregrinación hace sus abluciones y con profundo recogimiento da en torno de la Kaaba las siete vueltas rituales. Para el verdadero creyente, es la Kaaba el monumento que nos habla del perdón de los pecados de Adán en Arafat. Nuestra visita á la Kaaba termina con la del cercano pozo *Zemzem*.

Descanso de la piadosa jornada sentándome á la protectora sombra del púlpito que da frente á la Kaaba. Desde allí, veo una compacta muchedumbre de peregrinos que escuchan, inclinada la cabeza, las recitaciones del Korán, mientras otra densa columna de devotos avanza hacia el templo. Otras siete vueltas alrededor de las murallas que circundan el santuario, y luego de hacerme rasurar conienzudamente la cabeza en una barbería cercana, torno á la posada y cambio mi atavío de peregrino por la vestimenta usual, poniendo así término á esta gran manifestación de fe musulmana, que tiene por escenario la Ciudad Sagrada.

SIRDAR IKBAL ALI SHAH

# Elegancias

EL cuidado del rostro es algo difícil y penoso, si se quiere; pero debemos concederle una capital importancia desde los primeros años de nuestra juventud, y mucho más al llegar á mujeres.

El cutis de los nenes es muy sensible y delicado, y si deseamos que se conserve fresco y lozano, tenemos que empezar por emplear un jabón absolutamente puro y neutro, cuidando además que el agua de las abluciones esté á la temperatura del ambiente de nuestras habitaciones.

Unos polvos de almidón ó de arroz son el complemento para después del lavado; pero jamás deben de aplicarse con borla que no sea de pluma de cisne.

Más tarde, cuando los ejercicios deportivos y la vida activa de callejeo, paseo y fiestas nos complica la existencia en un continuo ajetreo, el cuidado de la piel es cosa absolutamente precisa, pues los rigores inevitables del aire libre, los fríos cortantes del invierno, las atmósferas viciadas de los salones y teatros, atacan violen-



Dos vestidos mañaneros en crepón de China con abrigos de popelín de seda



Chaqueta de punto de seda azul y falda de «crêpe» del mismo tono

(Fot. Henri Manuel)

tamente la frágil constitución de nuestra epidermis, y es necesario combatir todos estos peligros.

Por negligencia é ignorancia se ven muchos cutis ajados en jóvenes de tierna edad: es que no han recibido los cuidados propios del caso. Por eso las madres conscientes de sus deberes deben de velar por la belleza del rostro de sus hijas, impidiendo enérgicamente á éstas que utilicen ninguna clase de maquillaje, puesto que la lozanía y la fragancia de los pocos años no tiene rival en los más perfectos aceites.

¿Dónde encontrar una crema que dé á una piel joven y lozana la frescura, el color y el brillo naturales?

Los quince años, é incluso los veinte, dan una brillantez á los ojos, un rojo á los labios y una coloración á la tez que ningún producto químico puede imitar.



Vestido de «crêpe marocain» azul marino con trencilla negra

Abrigo de terciopelo «beige» con guarnición de piel de marta

(Modelos Bernard)



Sombrero de fieltro y seda con cinta de seda

(Fot. Manuel Frères)

A veces contemplamos con pena los rostros de algunas jovencitas adolescentes, casi niñas, maquillados totalmente, y pensamos en las terribles consecuencias del mañana.

Es cierto que, hábilmente retocados, esos rostros adquieren gracia y malicia; pero pasando el tiempo estarán mustios, sin vida; y lo peor es que esto sucederá cuando la mujer sea aún plenamente joven, física y moralmente.

Son muchas las casas é institutos de belleza que trabajan incansablemente buscando un tratamiento perfecto para conservar eternamente



Sombrero de fieltro «renard beige» con «aigrettes» de dos tonos «beige»  
(Modelo Mary Vonne)



Toca de fieltro verde mar con una lazada del mismo material  
(Modelo Robert)



Modelo Drecoll

la juventud y la belleza de las mujeres; y se pretende que esto sea sin afeites ni cosméticos, á fin de no perjudicar en lo más mínimo la salud de la epidermis.

Por medio de compresas bañadas en líquidos ó aceites, bálsamos y cremas absorbentes y nada nocivas, se quiere conseguir que la tez se mantenga tersa, limpia y brillante desde los primeros años de la juventud.

Gracias á estos efectos regeneradores, las mejillas adquirirán un color rosado, más bello que el que dan los coloretos, tan perjudiciales, y los párpados conservarán su finura de pétalo y su color azulado producido por la buena circulación de la sangre.

En los primeros años de la juventud deben rechazarse incluso los polvos, pues éstos son generalmente malos, y no digamos nada del colorete, hecho con sustancias nocivas para el rostro.

Para los ojos cualquier pintura es mala; el *rimmel* debe rechazarse en absoluto, pues ataca á los párpados y quema los pigmentos de las pestañas. Cuando éstas son pobres ó excesivamente cortas, lo mejor es acudir á un oculista para que éste nos dé una receta que active su total desarrollo. Para esto hay infinidad de fórmulas á cuál más acertadas.

ANGELITA NARDI



Dos lindos modelos de trajecitos para bebés



Modelo Drecoll



## LA BUENA VENTURA

# UN DECRETO CONTRA LOS GITANOS

**T**ENDRÁ eficacia el decreto del Gobierno de Hungría contra los gitanos? La nueva ley exige á los gitanos húngaros que abandonen sus costumbres nómadas y se establezcan con vivienda fija. Deberán cambiar los trajes que sus antepasados vistieron durante muchos siglos, para vestir el indumento europeo. Se les prohíbe el uso de su dialecto y se les obliga á hablar la lengua húngara. Los varones quedan sujetos al servicio militar, pero se les concede el derecho de sufragio y el de propiedad.

Este decreto ha suscitado la protesta vehementemente del «Rey de los gitanos», Herzilazci, el cual ha dicho que «los hombres no pueden quitar á otros hombre la libertad que da Dios».

Nuestra simpatía está al lado de esa raza giróvaga, andariega y trashumante, que vive bajo el toldo de todos los cielos y pisando el polvo de todos los caminos.

El gitano—húngaro, español, alemán ó francés—es el espíritu de la inquietud. Su alma nómada no se somete á las prescripciones y decretos de ningún gobierno ni magistratura. Su patria es el mundo; su pueblo el aduar, y su ley la de los *calés*. Y es ésta tan severa, que el *hijo de Egipto* que se separa de ella, paga casi siempre con su vida el desacato.

¿Quién no ha visto por los caminos, trochas y andurriales de nuestra España la horda de *demonios venegrios*, con su recua de borriquillos escuálidos—que cambian el color de su pelaje en cada feria—y á las mujeres con sus faldas vistosas de faralaes y sus greñas al aire? ¿Quién no ha mirado con miedo los ojos negríssimos de estas hembras de ébano, descendientes de aquella Cleopatra que enloqueció a Antonio?

¿Quién no se ha enternecido al verlas portar, colgados de sus cuellos, á los *churumbeles*, negros como tizonas, en las largas caminatas, bajo la cortina de fuego de un día de Julio?

¿Quién no ha entregado sonriente á una de estas sibilas la mano para que la gitana *lea* en ella los misteriosos secretos de su destino?

Esta raza, inquieta y tornadiza como el aire, guarda un tesoro inagotable de gracia y de sabiduría. Es cierto que cuando la tribu clava las estacas para levantar sus chamizos de trapos en las afueras de un pueblo, los buenos campesinos y lugareños tienen que reforzar los cerrojos de las cuadras y las trancas de los corrales; pero también es verdad que la horda trashumante pone en la modorra de la vida sedentaria, plana y chata del terruño, un grito de ensueño, de rebeldía y de inquietud.

Frente á la tiranía de las horas monótonas y agobiantes, ellos pregonan la libertad amplia y sin límites. Junto al pueblo de ladrillos y adobes, levantado por el rebaño sedentario, los gitanos colocan sus chozas volanderas. Durante unos días se miran cara á cara dos interpretaciones distintas de la vida. Una es el lago quieto y manso; otra es el torrente vertiginoso.

La taifa advenediza de la gitanería pone durante unos momentos la zozobra de sus vidas aventureras en la vidas extáticas y uniformes de los campesinos. Y éstos tiemblan, ante una cosa que presienten sin explicársela: la superioridad de sus vecinos adventicios.

Y mientras los hombres de la tribu acicalan sus bestias para llevarlas adobadas y pulidas al ferial, donde el payo carga, inevitablemente, con el borriquillo lleno de macas y viejo, las gitanas de la horda, con sus cestillos al brazo, piden las manos á las mozelas y señoritas para decirlas la *buena ventura*. Y las palabras de la gitana van llenando de ilusión las cabecitas de las mujeres que, aunque al parecer se ríen, sueñan siempre con que hay un *príncipe que está muerto por sus peazos...*

X. X. X.

(Fot. Díaz Casariego)



Será de todos admirada

la blancura de sus bellos  
dientes, si cuida usted de  
usar a diario

## PASTA DENS

Eficaz e inofensiva, limpia  
el esmalte dental con la  
suavidad de una esponja,  
sin atacarlo ni rayarlo.  
Desinfecta y refresca la  
boca. Perfuma el aliento.

Tubo grande, 2 ptas.; pequeño, 1,25  
en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

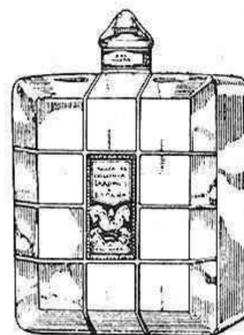
PERFUMERÍA GAL.-MADRID



Algunos de los productos  
más recomendados de la  
Perfumería Gal.



El JABÓN HENO DE PRAVIA  
es el predilecto de la gente "chic".  
Pasta neutra, espuma suave,  
perfume intenso. Pastilla, 1,25.



La COLONIA JARDINES DE  
ESPAÑA es de tipo suave, muy fina  
y de perfume discreto. Frasco, 2,50.



El PETRÓLEO GAL suprime la  
caspa y contiene la caída del pelo,  
vigorizando la raíz. Frasco, 2,50.

VERITAS

ANTE todo, hay que tener en cuenta que, en la Comedia del Arte, las mujeres son, en cuanto á historia, mucho más jóvenes que los hombres. Y no es que se quiten años, como en el padrón municipal.

Todo el mundo sabe la prohibición que pesó sobre el teatro con relación á la aparición de las mujeres en las comedias. Por eso no hallamos mujeres entre los personajes de la farsa italiana hasta mediados del siglo XVI.

Otra circunstancia hay también que tener en cuenta. Nunca tuvieron gran importancia ni demasiada personalidad los personajes femeninos en la Comedia del Arte. Más bien fueron encarnaciones de sentimientos abstractos que jugaban en la farsa á modo de reactivos, con una misión un poco estática y pasiva.

Tan es así, que al contrario de lo ocurrido con los papeles masculinos, bautizados en seguida y que dieron incluso sus nombres á sus propios intérpretes, en éstos, al principio la designación obedecía á la función, puramente episódica ó decorativa, que ejecutaban en la farsa (así hallamos la Cantadora y la Bailarina), y después tomaron nombre, especialmente las amorosas y las sirvientas de las actrices que las interpretaban. Así sucedió con Isabela, Rosaura y otras.

Isabela es el primer nombre propio que registramos entre los papeles femeninos de la farsa italiana. Aunque ya en 1530 se halla una *amorosa*, de nombre Isabela, en la Compañía escénica de los Intronati, el nombre se debe, en realidad, á Isabel Andreini, que alcanzó gran renombre y boga con sus admirables interpretaciones del papel de damita enamorada. Esta Andreini logró las cumbres de la popularidad y de la gloria, y fué gran amiga de María de Médicis y Enrique IV, que la tuvieron en gran estima.

Ella fijó definitivamente las cualidades de la *amorosa* en la Comedia del Arte.

Personaje de esta condición aparece por primera vez con el nombre de Silvia—el mismo que ostenta en *Los intereses creados*—en la comedia de Marivaux *Arlequín poli par l'amour*, que es, como se sabe, la primera que su autor escribió y realizó al modo de las farsas italianas.

Tanto en Marivaux como en sus modelos, llámese Silvia ó Isabela, esta linda dama enamorada se reduce á esto: á sentir el amor y á dejarse ga-



## VI

## Silvia y Colombina

nar dulcemente por él. Tal es también la misión que desempeña, conforme á su inmutable destino, en *Los intereses creados*.

Al lado de la *innamorata* surgió la *servetta*. Fué la *criada confidente*. Se llamó Nina, Gitta, Neva, etc.

Hasta el siglo XVII no aparece, entre linaje de domésticas distinguidas, nuestra amiga Colombina, la misma que hallamos en *Los intereses creados* al servicio de Doña Sirena.

Desde luego, tiene una tradicional cualidad predominante: la coquetería. Ella es su arma y su peligro. Por ella se halla envuelta á veces en aventuras complicadas y en trances difíciles.

Por ella se ve asistida en ocasiones de enamoriscados criados pícaros y rufianes.

En lo que más concretamente podríamos considerar aplicado á su actuación escénica, Colombina ha llegado á nosotros por dos veredas distintas, que en muchas ocasiones se unen, aunque á veces vuelven á bifurcarse.

Por un lado se nos aparece con el exclusivo carácter de *criada confidente* á que hemos aludido. Por otro, como la amiga infiel y casquivana de Arlequín.

Este segundo aspecto ha sido explotado por la literatura contemporánea, que ha llegado á desvirtuar y deformar el verdadero carácter de Colombina, urdiendo verdaderas y lacrimosas tragedias lamentables, en las que la inmiscuían á la fuerza, con la agravante mani-

fiesta de una complicidad sentimental y lunar.

Colombina es, con Arlequín y Pierrot—el descendiente maltratado de «Pedrolino»—, una de las figuras de la Comedia del Arte que más han sufrido por mala obra de falsificadores audaces y autores desaprensivos. Por eso, aun siendo los tres personajes citados los más familiares entre todos los de la comedia italiana, á los oídos del público no puede asegurarse, ni mucho menos, que sean los más conocidos.

Jacinto Benavente, al incluir á Colombina en el reparto y la acción de *Los intereses creados*, ha preferido—yo creo que atinadamente—, desdiciendo la adulteración romántica á que otros se entregaron, conservar las características tradicionales y propias que, al través de todas sus vicisitudes, han dado al tipo su personalidad bien definida.

Por eso la ha hecho sirvienta confidente, que acredita, en breve intervención, algo que la ha hecho famosa y adorable: la agudeza, el vivo desgaire; la lucidez espontánea con que sabe decir á tiempo una réplica justa, y mantener á raya, si llega el caso, á pícaros enamoradizos y criados atrevidos.

En cuanto á las demás mujeres que intervienen en *Los intereses creados*, son, según yo creo, puras invenciones de su autor ilustre.

Algunas de ellas, como Doña Sirena, bastarían para acreditar de una sola vez el ingenio que alcanzó á crearla.

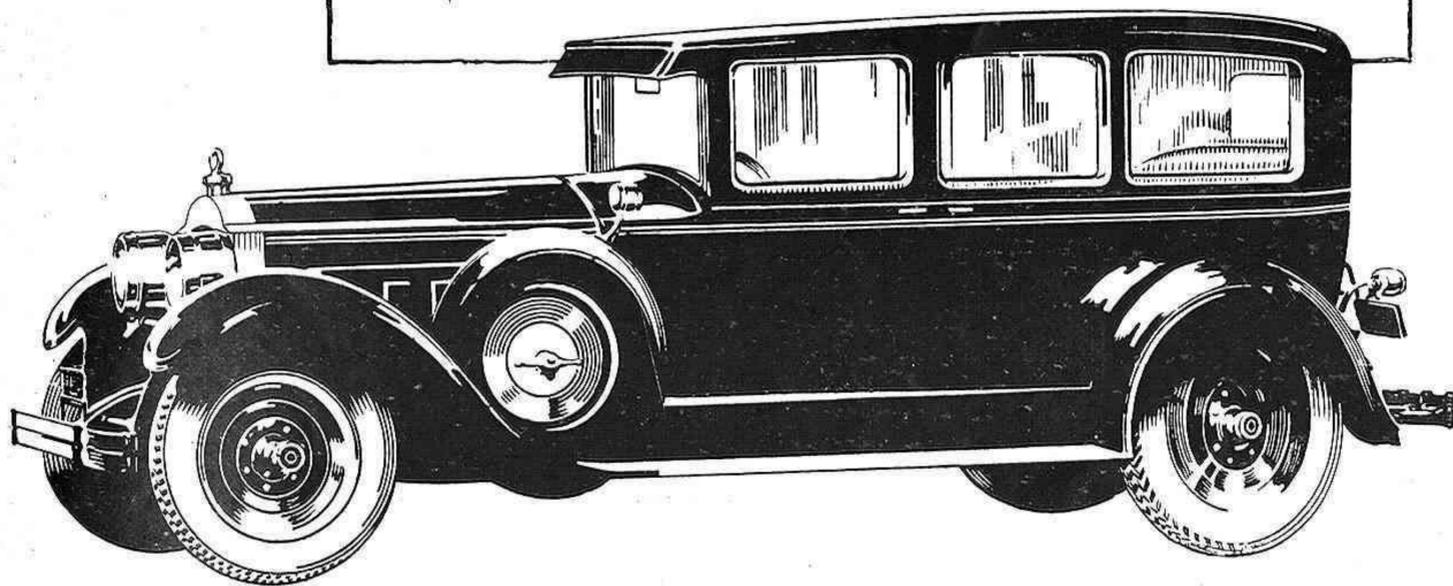
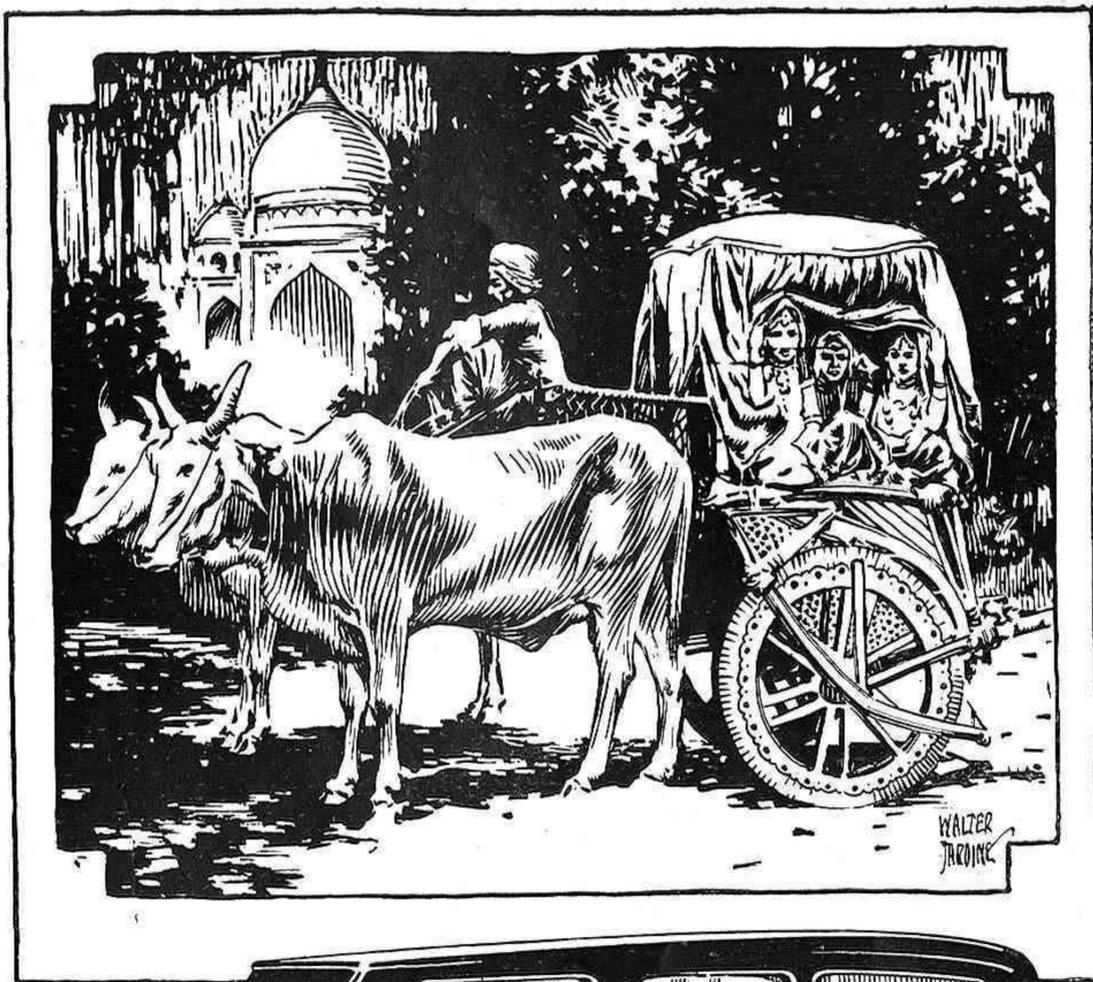
Otras, como la señora de Polichinela, contribuyen, más que ninguna otra cosa, á descubrir aquella aportación de absoluta originalidad con que Benavente ha acrecido el caudal de la comedia italiana. Hay que tener en cuenta que esa originalidad no se detiene en el caso de la señora Polichinela á inventar y crear un tipo, sino que llega á lo hondo: á haberlo creado con tal arte, que puede, como los más auténticos, presumir de cierta autenticidad, debida al modo idóneo y fiel con que se conduce, guiado por el ánimo y la mano de su progenitor.

Las otras dos damas que intervienen en *Los intereses creados*, Laura y Risela, son meras figuras secundarias, sin relieve ni significación.

RAFAEL MARQUINA

(Dibujos de Aristo-Téllez)





LOS VEHÍCULOS DE BUEYES todavía están de moda en algunos rincones de la tierra, como hay también gente resignada a vivir en casas sin agua corriente.

Mas un coche automóvil falto de un sistema perfecto de lubricación es simplemente anti-

cuado—y no satisface ni dura.

Los automovilistas se van convenciendo rápidamente de las ventajas prácticas de la lubricación del chasis por el inyector de una sola vez, de las del aceitador auxiliar de engrase y de las de otros perfeccionamientos exclusivos del Packard.

PREGUNTE A QUIEN TENGA UNO

# P A C K A R D

BARCELONA

DISTRIBUIDORES PARA ESPAÑA

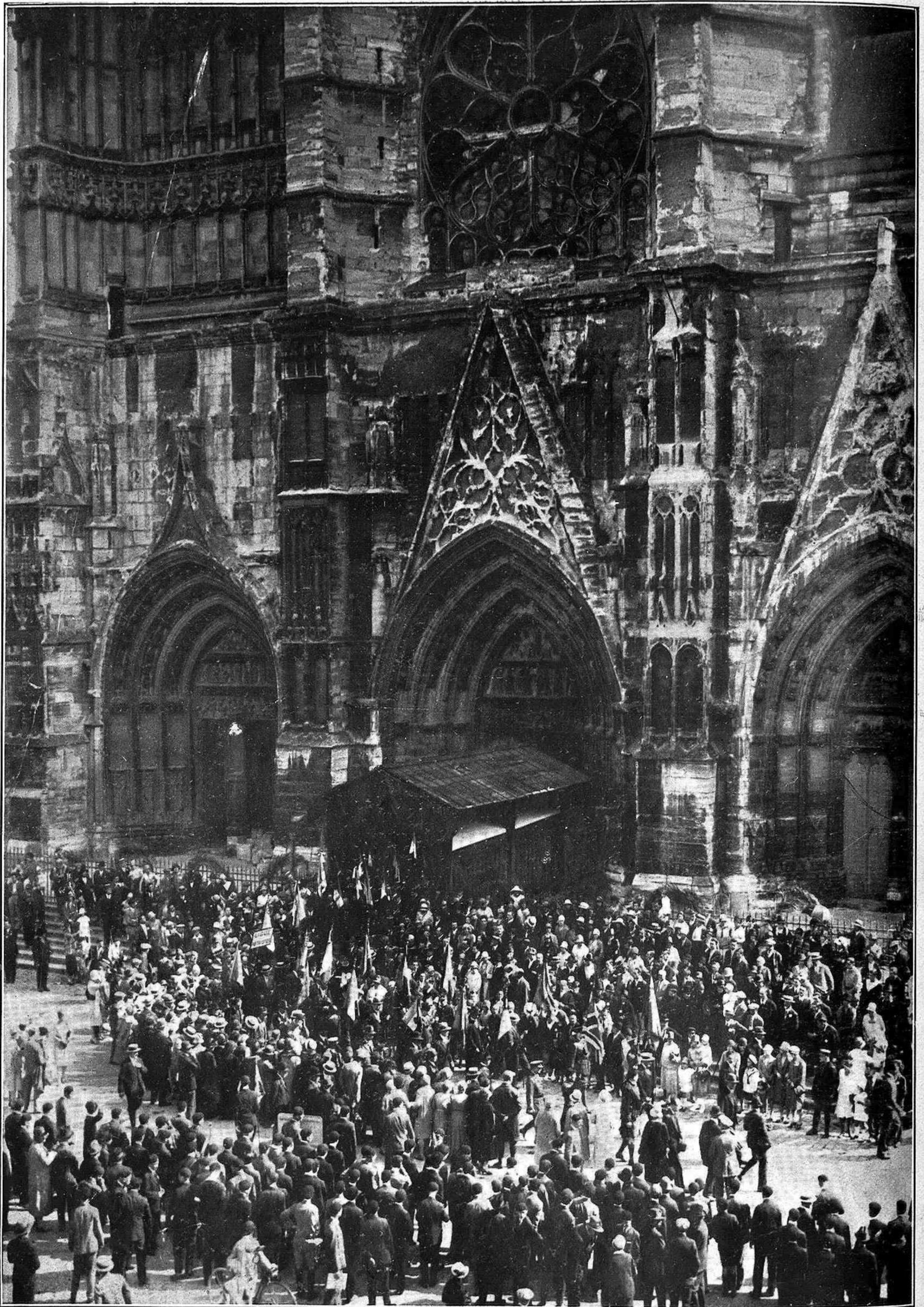
MADRID

PROVENZA, 165-169

COMPANIA ESPAÑOLA DE AUTOMOVILES, S. A.

ALCALA, 62

AGENCIAS: Rafael Fernández, BILBAO; A. M. Capurro & Sons, GIBRALTAR; Roberto G. de Agustina, GIJON; Jose Rubio Márquez, GRANADA; Olasagasti y Peña, SAN SEBASTIAN; Manuel Castellanos, SANTANDER; Luciano Cortés, TRUJILLO (Cáceres); Luis Basset, VALENCIA; Luis López Carrascón, ZARAGOZA.



*La conmemoración del  
décimocuarto aniversario  
de la batalla del Marne*

Hace catorce años, Francia, invadida por el Ejército alemán, tuvo un gesto de supremo heroísmo y ganó la batalla del Marne. La Gran Guerra tuvo en aquel combate formidable su momento culminante, del que salió indemne el espíritu galo. Ahora, al cabo de casi tres lustros, los franceses siguen conmemorando el episodio decisivo de la epopeya europea. Nuestra fotografía reproduce la Catedral de Meaux (donde en la fecha solemne se ha celebrado una misa que escuchó una multitud enorme, llevando banderas y pendones de los Ejércitos aliados), á la terminación de los oficios divinos, durante la manifestación patriótica (Fot. Vidal)

ESTUDIOS  
Auto

la fama  
de

RENAULT

deslumbra  
como  
las  
piedras  
preciosas



VEAN LOS ÚLTIMOS MODELOS DE TURISMO

6 y 10 C. V. (4 cilindros)

8 C. V. (MONASIX), 15 C. V. (VIVASIX), 18 C. V. y 40 C. V. (6 cilindros)

RENAULT HA INAUGURADO LAS VENTAS A PLAZOS

PARA PRUEBAS, PRECIOS Y DETALLES, DIRIGIRSE A LA

**S. A. E. de Automóviles RENAULT**

MADRID } Dirección, Oficinas y Depósito: Avda. de la Plaza de Toros, 7 y 9.  
          } Salón-Exposición: Avda. de Pi y Margall, 16.

Sucursales } SEVILLA: Martín Villa, 8 (En la Campana).  
              } CORDOBA: Concepción, 29.

Y A SUS AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS

## DEL MUNDO DE LA ILUSIÓN ESCRIBIR PARA EL TEATRO

ME he sonreído con una sonrisa de compasión cuando el joven periodista provinciano que ha venido á Madrid para abrirse camino en las Letras y para labrarse un nombre y un bienestar, ha afirmado rotundamente:

—Es que voy á escribir para el teatro. Ya tengo algunas obras que quizá sean deficientes; pero una vez que logre ambientarme trabajaré en otras que seguramente me facilitarán el acceso á la escena.

—Difícil es eso, amigo mío. Estrenar en Madrid sin tener un nombre ya hecho es empresa tan ardua como sacar el premio mayor de la Lotería. Se da ese caso tan raramente como el de hacerse rico de la noche á la mañana por efecto del capricho de la Fortuna. Yo no quiero desilusionarle; pero sí decirle la verdad, que siempre sirve de lección provechosa para los que, por inexperiencia, son demasiado optimistas.

—¿Y esa verdad?...

—El teatro en España es un lujo, cuyo cultivo puede permitirse el que tenga á cubierto las necesidades de vida. En general, ocurre lo mismo con todas las formas de la Literatura. Exceptuando aquellos que después de una lucha tenaz, y siempre teniendo resuelto en otra forma el problema apremiante de las exigencias cotidianas, han logrado imponerse y acaparan los teatros, consiguiendo vivir de sus productos no sin forzar su producción, imponiéndose el sacrificio de escribir tres á cuatro obras cada temporada, los demás, aun siendo estimables los frutos de su ingenio, aun habiendo tenido algunos éxitos, no pueden vivir, si no apelan á otros arbitrios que les aseguren el pan de cada día.

—Me parece que esboza usted el cuadro con tonos demasiado sombríos. Fuera de esa media docena de autores que todos conocemos, porque sus obras se hacen frecuentemente por todas las Compañías del género á que corresponden, ¿los demás no pueden vivir de su producción teatral?

—Exacto. Las comedias podrán proporcionarles algún ingreso que ayude á las necesidades de

la vida; pero granjearles independencia y bienestar, no.

—Es sorprendente. Yo creí que con el teatro se habían enriquecido muchos.

—Pocos.

—Que, por lo menos, los que no consiguieron una fortuna con diez ó doce obras en seis ó siete años, cobraban lo bastante para vivir holgadamente.

—Está usted en un error del que participan muchos. Razonamiento al canto. ¿Usted cree que esos seis ú ocho autores que estrenan cuanto escriben y que acaparan el teatro trabajan tan excesivamente por avaricia?

—Así lo creo.

—Pues no hay tal. Aunque alguno sea avaricioso y poseyendo ya una fortuna continúe produciendo infatigablemente, con exceso y hasta con abuso, los más se ven obligados á ello por necesidad; para sostener una vida cómoda sí, pero no espléndida; para dejar algo á sus deudos, pero no una riqueza. En España el teatro es un devorador de obras, y el que de ellas ha de vivir holgadamente ha de producirlas casi con vértigo. Si ocurriera lo que ocurre en otros países, que una comedia ó un libro es á veces bastante para proporcionar á su autor una considerable fortuna, ó si una serie de obras no muy menudeadas, si no escritas despaciosas y reposadamente, diera lo suficiente para conseguir un bienestar que le permitiera seguir trabajando aun con más sosiego, ni los autores de prestigio se prodigarían tanto, imponiéndose una labor fatigosa y no siempre feliz y digna de su nombre, ni el teatro sería un feudo de esa insaciable minoría que impide que los demás estrenen y que á los nuevos se les abran unas rendijitas de las puertas por donde introducirse.

No se necesita un privilegiado espíritu de observador para convencerse de esto, y usted, con la sutileza que le distingue, no tardará en advertirlo á poco que se ambiente.

Fuera de aquí, las obras de gran éxito, sean ó no maestras, duran en los escenarios muchas temporadas, asegurándole al autor ingresos constantes. Las que en justicia logran aquilatar sus méritos extraordinarios á medida que los años transcurren y los depuran, suelen tener una existencia aun más dilatada que la de su autor, aunque éste traspase el límite corriente de la

La Esfera

vejez. En un caso y en otro no imponen apremios, no obligan á una labor excesiva, á un esfuerzo creciente. El teatro da con abundancia para ellos y para todos. De aquí que surjan con frecuencia nuevos autores y nuevas orientaciones y nuevos rumbos para el arte.

Pero en España la obra de mayor éxito tiene una vida efímera. Rara es la que logra pasar de una á otra temporada, y rarísima la que al cabo de cinco ó seis no se sumió definitivamente en el polvo del olvido.

Los autores que pueden acaparar los teatros imponen toda su producción á las Compañías que les piden sus obras nuevas, y ni en Madrid ni en provincias hay sitio para las de los demás, ni mucho menos para las de los que aspiran á darse á conocer.

Sólo por excepción, por influencia únicamente, sale de vez en cuando alguna, fatalmente condenada á morir apenas nacida.

Esta es la verdad. Ahora considere usted si la victoria es ó no difícil en la lucha que usted ha venido dispuesto á emprender.

—Sí, efectivamente. No se me oculta. Pero yo no desisto, no me arredro. La afrontaré con todas sus consecuencias.



No fué ayer, ni hace pocos días, cuando sostuve este diálogo con el joven escritor de provincia que llegó á Madrid tan pletórico de ilusiones como abundante de talento, de vehemencia y de acometividad, dispuesto á la lucha y esperanzado con el triunfo. Hace más de un año. Y en el transcurso de tantos días, muchas veces le vi optimista y alegre algunas, inquieto y preocupado otras, decaído las más, conforme el tiempo iba pasando.

Hasta que un mal día se despidió de mí, confesándome su derrota, la imposibilidad de sostener una lucha que había destruido su fe á medida que debilitara su organismo, para reintegrarse á su hogar provinciano, donde, por lo menos, según afirmaba con amargura, no le faltaría el cocido diariamente, que tantos días había faltado en Madrid, sirviéndole de único alimento, bien poco nutritivo ciertamente, sus esperanzas, ya en huida.

E. CONTRERAS Y CAMARGO

### Las arqueras de Cincinnati



La Universidad de Cincinnati (Ohio, Estados Unidos) posee una curiosa institución deportiva femenina, el *Archery Club*, constituido por numerosas entusiastas del arco.

Aunque no llevan mucho tiempo practicando el tiro de arco, ya que la adopción de este deporte por las muchachas norteamericanas es de fecha reciente, las estudiantes-arqueras de Cincin-

nati hubieran podido rivalizar en lo certero de la puntería con el mismísimo Guillermo Tell. Dígalo si no la presente fotografía. En ella aparece apoyada en el gran disco de corcho que sirve de blanco á las arqueras, su presidenta é instructora, miss Alice Kern. Su plácida sonrisa indica la absoluta confianza de la bella mujer en la pericia de sus alumnas, que han ido dibujando con sus flechas el contorno de la heroica compañera. Es claro que cabe la posibilidad de que esta original pose no sea más que un truco fotográfico. Pero más vale admitirla como una prueba fehaciente de la habilidad prodigiosa que en el manejo del arco han llegado á adquirir las escolares de la Universidad de Cincinnati.

**BARCELONA - MAJESTIC HOTEL**  
PASEO DE GRACIA. Primer orden.  
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.  
Precios moderados. El más concurrido.

**"CHIPRE, LA ISLA DE LAS BELLAS MUJERES"**  
SALVANDO UNA OMISIÓN

En las premuras de ajuste de nuestro número correspondiente al 11 de Agosto último, olvidamos consignar al pie del artículo titulado *Chipre, la isla de las bellas mujeres*, que tanto las fotografías que lo ilustraban como algunos datos utilizados para dicha información en su parte geográfica, etnográfica é histórica, estaban tomados de una curiosa crónica de viajes publicada en *The National Geographic Magazine* de Washington, en su fascículo correspondiente á Julio anterior.

Lamentando lo ocurrido, hacemoslo constar para conocimiento de la Sociedad editora de dicha revista norteamericana y de nuestros habituales lectores.

### PELUQUERÍA RAMOS DE SEÑORAS



ARTÍSTICOS POSTIZOS PARA SEÑORA  
Y BISOÑES DE CABALLERO  
TINTES, PERFUMERIA, ADORNOS  
MANICURA-MASAGISTA

CASA PERFECCIONADA EN  
Ondulación Marcel y Permanente

Teléfono 10667

Huertas, 7 dpdo. Duque de la Victoria, 4  
MADRID VALLADOLID